

Bookzinga

FINDING KIA

Airicka Phoenix

Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Próximo Libro

Biografía del Autor



Sinopsis

Quizá deberías evitarme esta noche.

—

Su brazo rodeó mi cintura y me atrajo a su pecho.

—Si solo tengo esta noche contigo, lo último que voy a hacer es permanecer alejado.

Kia Valentines siempre había aceptado el hecho de que era una nerd, una don nadie. Era una insignia que llevaba con honor, hasta el día que salvó la vida de Claudia DeLorenzo y se perdió a sí misma.

Cuando se le ofreció la oportunidad de ocultar su identidad por una noche, Kia nunca creyó que eso cambiaría su vida. Era solo una noche. No significaba nada, o no debería. Pero esa noche resultó ser su perdición cuando encontró la pasión en los brazos de la única persona que no puede tener.

Adam Chaves era más que un rostro bonito: él la hacía reír, y más importante que eso, cuando la miraba ella se sentía la chica más hermosa del planeta. Pero Adam no tiene idea de que Kia era la chica detrás de la máscara y ella no tiene intención de decíselo. Pero un secreto solo puede guardarse si nadie más sabe sobre ello. Claudia lo sabe y quiere algo que Kia no está dispuesta a dar con tal de mantenerlo oculto.

¿Kia sucumbirá? ¿Y qué tan lejos está dispuesta a ir Claudia con tal de conseguir lo que quiere?

The Lost Girl #1



Dedicatoria

Para todos aquellos que se han mirado en el espejo y odiaron lo que vieron.

Eres único. Eres hermoso.

Eres tú.



1

¡Nunca salvaré a nadie!

Traducido por flochi

Corregido por Nony_mo

La mañana en que mis padres se sentaron y me dijeron que iban a divorciarse fue probablemente el mejor día de mi vida. Ahora, no me malinterpreten, amo a mis padres, y no era como si ellos fueran un par de lunáticos furiosos que ni siquiera podían estar en la misma habitación sin tratar de matarse el uno al otro, pero lo de ellos era peor.

Eran agradables.

Eran tan agradables, tan enfermiza e inquietantemente agradables que quería apuñalarlos con tenedores solo para conseguir que reaccionaran. Se trataban como dos extraños cuando alcanzan las puertas del supermercado al mismo tiempo, con sonrisas y risas y diciendo: ¡oh, no, tú primero! ¡Ugh! Si hubiera tenido que sentarme en una falsa cena familiar más, me habría divorciado de ellos.

Pero al final, el sentido común prevaleció y se separaron. Papá hizo el gran sacrificio y se mudó de la casa que había comprado antes de conocer y casarse con mamá y crearme. Se escondió en un departamento sobre un restaurante chino que siempre olía extrañamente a comida italiana y que era tan diminuto que si parpadeabas no lo verías, y empezó a salir con una porrista llamada Dallas; la ironía no me pasó desapercibida. Mamá también siguió adelante y se dio cuenta después de varias salidas con sus amigas a discotecas, que le gustaban las mujeres y trajo a casa a Joanne. La pequeña, animada y muy rubia, Joanne. Fue como si mamá hubiera despertado una mañana y decidido que necesitaba un *Golden Retriever*. Aunque siendo sincera, me agradaba ella. Era como tener una hermana mayor. Siendo hija única, eso era realmente agradable.



Nunca fui de juzgar a las personas, no cuando mis padres estaban felices, divorciados y siguiendo adelante, pero ¿tenían que esperar dieciséis años para hacerlo? Mi factura de terapia probablemente era tan alta como yo, y con mi metro ochenta y tres yo era malditamente alta. Todas esas emociones reprimidas no podían ser buenas para ninguno de nosotros.

—¡Kia! —Joanne asomó la cabeza en mi habitación—. ¿Estás despierta?

Yo estaba parada en el centro de mi cuarto, completamente vestida con mis jeans y un suéter enorme.

—No. Estoy caminando dormida otra vez.

Joanne rio.

—Mamá quiere que te apresures o llegarás tarde. —Hizo una pausa, sus delicados rasgos se arrugaron—. Deberías ponerte algo de rubor. Te ves pálida.

Entonces se fue y yo me quedé mirando mi reflejo en el espejo ovalado en la esquina de mi cuarto. Ninguna cantidad de rubor en el mundo tendría el poder de hacerme hermosa. Era irreparable, como uno de esos relojes antiguos del abuelo que ya no funcionaban porque alguien perdió la cuerda, pero tu mamá lo seguía guardando cerca porque tenía valor sentimental cuando en realidad era increíblemente feo. Esa era básicamente la historia de mi vida.

Me encantaban los suéteres, los grandes. Puntos extra si era esponjoso. También era anormalmente alta para mi edad, lo que hacía parecer pequeños a la mayoría de los chicos, haciendo que una cita se volviera un poco incómoda... para mí. Los chicos lo adoraban. La altura de sus ojos quedaba al nivel de mis pechos. Ahora, no es que fuera a ganar un concurso de camisetas mojadas, pero mis niñas estaban bastante bien si podía decirlo. Mi buena apariencia y deslumbrante destello de la moda terminaban allí.

En algún momento durante la concepción, mientras yo luchaba por la dominación del *Huevo* contra otros miles de microscópicos hermanos y hermanas, algo sucedió y terminé con una pizca más de mi padre. Es un hombre apuesto, debo confesar, pero es, sin embargo, un hombre. Por lo que mi rostro tiraba más a ser cuadrado con una mandíbula demasiado fuerte. Mi nariz estaba bien, pero luego estaban mis ojos de color marrón. Nada sofisticado como avellana, miel derretida o cualquier cosa. Eran marrones. Punto. Como el barro o la corteza o... bueno, ya tienes una idea. Mi cabello era castaño corto, hasta



la altura de mis hombros delgaduchos, y rizado con escaso flequillo. Ah, y usaba anteojos. Con todo eso, no era una combinación atractiva para los estándares modernos, pero tampoco tenía planes de competir para *Miss Universo* pronto. De hecho, me gustaba la forma en que era. Funcionaba para mí.

Mamá estaba en la cocina cuando me aventuré abajo, volteando panqueques mientras hacía una muy aterradora interpretación de *Like a Virgin* de Madonna usando una cuchara como micrófono. Joanne estaba rebotando cerca de la isla, ondeando sus brazos y haciendo esta extraña cosa con su cabeza. Estaba casi segura de que intentaba *rockear*, pero también podía ser que estuviera teniendo un derrame cerebral. Decidí quedarme cerca del teléfono. Por si acaso.

—¡Kia! —gritó mamá, dejando su puesto junto a la estufa para correr hacia mí.

Oh. Dios. Mío. No tenía puesto pantalones. Esa factura de terapia se estaba viendo bastante costosa en ese momento, déjame decir.

—¿Mamá, dónde están tus pantalones?

Ella descartó mi pregunta mientras envolvía un brazo alrededor de mis hombros.

—¡Canta conmigo! —exigió, empujando la cuchara casi directamente en mi nariz.

Claro, porque el mundo ya no tenía suficiente sufrimiento. Además, tanto como amaba a *Maddy*, nunca la pondría a ella y *virgen* en la misma frase.

—Tengo una idea mejor. —Me escapé de debajo del brazo de mamá—. ¿Por qué no termino esos panqueques y tú buscas tus pantalones?

Lo juro, uno pensaría que ella estaba borracha. Pero no era así. Esa es la parte que más miedo daba. Los saltos alrededor de la cocina en *nada más* que una camiseta y unos bóxer verde lima... era completamente normal. Mamá hizo un mohín, entregándome la cuchara de la manera en que un niño de cinco años pasaría una barra de chocolate que no se supone que tenga. Entonces se fue moviendo fuera de la cocina en una imitación de cabaret que incluía brazos en el aire, contoneo de caderas y piernas pateando. Las personas tenían que ir a Las Vegas para ver tales cosas. Yo tenía una actuación en vivo todas las mañanas. Joanne se fue detrás como el furgón de cola de un tren. En serio esperaba que eso que estaba haciendo fuera una especie de baile nuevo,



porque estaba empezando a preguntarme si era natural que el cuerpo de alguien convulsionara así.

Los panqueques estaban terminados y echando humo sobre un plato cuando bajaron las escaleras. Fingí no notar el sonrojo contento en sus rostros, porque no importa si tu madre salía con un hombre o una mujer, algunas cosas eran mejor no notarlas.

Me besó en la mejilla cuando pasó para agarrar un plato.

—¿Cómo dormiste, cariño?

—En mi cama, con los ojos cerrados —contenté sagazmente, ganándome que pusiera sus ojos en blanco—. ¿Qué? Tú preguntaste.

—Siempre tan literal —murmuró mamá. Lanzando una pila de panqueques en su plato—. ¿Tienes trabajo después de la escuela?

—Sí, ayudaré a cerrar. —Revisé mi reloj—. Mejor me voy o perderé el autobús.

—¡Pero no has comido! —gritó mamá tras de mí mientras yo salía corriendo hacia la zona de bolsos designada en la esquina del pasillo. Básicamente se trataba de una silla donde todos lanzaban sus carteras. Joanne, quien era una loca por los bolsos, mandaba sobre la silla con puño de hierro. Mi indefensa mochila era rechazada y enviada al suelo debajo. Al parecer, el rojo y negro no concordaban con su sistema. Sí, yo tampoco sabía qué significaba.

—Agarraré algo de las máquinas —grité por encima del hombro a la vez que sacaba mi chaqueta de la clavija de la puerta—. ¡Te quiero! ¡Adiós!

Estuve fuera de la puerta con los sonidos de “te queremos” resonando detrás de mí. Mis pies crujieron sobre la grava mientras corría hasta la parada del autobús al final de la calle de tierra. Mayferd no era una ciudad grande, tenía una población de poco más de cinco mil habitantes, pero casi todos vivían en las afueras. Éramos un pueblo de granjeros. Salvo yo. No me gustaba la granja. Por suerte, tampoco a mamá. Éramos dos personas a las que no querías cerca de objetos afilados. Ella era una vendedora de seguros. Yo era cajera en *Taco-Taco*. Has adivinado: un puesto de tacos, el único en Mayferd, lo cual pensarías que me ha hecho una celebridad, considerando que cada chico de la preparatoria Margaretson comía allí durante el almuerzo. Pero mi uniforme, una camiseta púrpura y pantalones negros, de alguna manera lograban misteriosamente ocultar mi identidad del mundo. Era algo así como cuando Serena no usaba



nada más que una tiara para confundir a los chicos malos cuando se convertía en *Sailor Moon*. Tan pronto como me ponía el sombrero elegante de *Taco-Taco*... ¡poof! ¡Me convertía en *Chica Camarera*! Así que, o era realmente buena siendo invisible o nuestro dinero en impuestos estaba seriamente desperdiciándose al pagar maestros para enseñar.

John, el chofer de nuestro autobús, entrechocó sus encías sin dientes, abrió las puertas para mí y entré corriendo.

—¡Gracias, John!

—Seh —gruñó, ya arrancando mientras manejaba con una sola mano y cerraba la puerta detrás de mí con la otra.

—¡Kia! —Mi amiga de todo un mes, Vanessa Chaves, me ondeó la mano desde el fondo antes de poder siquiera buscar un asiento vacío.

Sonreí, alzando la mochila un poco más y dirigiéndome hacia ella.

—¡Hola!

Se movió en el asiento de cuero, su cabello como una cascada oscura brillando bajo la luz de sol como si flotara alrededor de sus delgados hombros. Vanessa era una de esas chicas que cada chico quería, pero de alguna manera, inexplicablemente, quería ser mi amiga. Los misterios acerca de esto no me habían pasado desapercibidos. Ella era divina. O sea, alguien se tomó un gran tiempo y esfuerzo lanzándola desde la cima del árbol genealógico de la belleza, asegurándose de que pasara por rama hasta llegar al suelo. Tenía una piel que era naturalmente perfecta y bronceada con la cantidad justa de sol. Sus ojos tenían forma de almendras y un sorprendente tono azul tropical y tenía una sonrisa que probablemente costaría más que mi casa. Pero ya que sus padres eran los únicos dentistas de la ciudad, probablemente podía permitirselo.

—Entonces, ¿hiciste ese ensayo de inglés? —preguntó, metiendo su bolso entre medio de sus pies en el suelo.

Mis labios se torcieron.

—No lo hiciste. —No era una pregunta. Nessie era tristemente célebre por no completar sus tareas. En matemática, juraba que hacer la tarea iba en contra de su religión. La profesora podría habérselo creído de no ser porque iban a la misma iglesia cada domingo.



Nessie hizo una mueca.

—La comencé, pero *The Next Top Model* empezó y era un episodio de dos horas... no podía perdérmelo.

Nessie se había mudado a Mayferd hacía ocho años con su familia luego de que un tío muriera y les dejara su casa increíblemente magnífica. Ella solía asistir a la única escuela privada de la ciudad. Luego fue expulsada por cosas que se negaba a decirme y la transfirieron a la preparatoria Margaretson. Creo que era la única persona en la escuela que verdaderamente me agradaba. Nunca entendí de verdad a los chicos de mi edad. Pero Nessie simplemente apareció un día y nunca se fue. No me importaba. Ella era un poco despistada y desorganizada, pero los mendigos no podíamos elegir.

—Puedes copiar mis notas. —*Mis notas de repuesto*, agregué silenciosamente. Había aprendido velozmente que siempre era mejor hacer copias en lo que se refería a Nessie.

—¡Gracias, cariño! —dijo, abrazándome y asaltándome con su aroma floral.

El viaje hacia la escuela terminó quince minutos después cuando John se detuvo en el estacionamiento y nos dejó salir. Nos amontonamos yendo hacia el frente y bajamos en el frío aire de octubre. Nessie alzó el bolso sobre su hombro y miró por encima del panorama de metal brillante. Me acerqué a su lado y miré, también.

—¿Lo ves? —preguntó, poniéndose de puntillas como si eso fuera a ayudar. Ella medía poco más de metro y medio. Necesitaría una escalera o una de esas casetas que las compañías telefónicas usaban para instalar nuevos cables sobre los postes para poder ver por encima de todos los coches.

Pero sabía a quién estaba buscando y divisé el brillante auto *Firebird* de inmediato. Gary Hines estaba de pie junto a él, charlando con sus amigos. Cada tanto miraba hacia la ronda de autobuses como buscando a alguien. Sus ojos marrones se entrecerraron contra el temprano sol de la mañana. La pálida luz brillaba en su sedoso cabello rubio y se filtraba en los perfectamente definidos rasgos de su rostro cincelado. Ciertamente no era el chico más sexy que Nessie hubiera escogido, pero era el que más tiempo había durado manteniendo la posición de novio, lo cual debería por lo menos hacerle ganador de una galleta.

—¡Allí! —dije, señalando.



Nessie hizo un chirrido de emoción que personalmente nunca entendí por qué las chicas hacían y se dio la vuelta para encararme.

—Te pediré esas notas en biología, ¿está bien? —Luego, en un borrón, ella saludó y se marchó.

Suspiré y alcé la mochila en mi espalda.

—Nos vemos.

Sola, me dirigí a través del desfile de estudiantes y autos que se dirigían hacia el edificio marrón. Llegué a medio camino cuando escuché un agudo chillido. *Nessie*, pensé, dándome la vuelta y echándole un vistazo a la multitud en busca del rostro de mi amiga. Pero no.

Tres chicas salían de un hermoso *Ferrari* rojo, cada una llevando un teléfono móvil. Incluso desde la distancia, podía verse el borrón de sus pulgares al volar sobre las teclas. Nunca pude evitar envidiar a las chicas que coordinaban. Yo era una de esas personas que se venía abajo cuando estaba nerviosa. Hace mucho tiempo opté por nunca ser oradora pública. La atención me hacía sentir náuseas. Pero estas chicas habían hecho de todo el asunto de mascar goma, caminar, hablar y mandar mensajes una ciencia. Oh, ¿mencioné que eran supermodelos? Está bien, no eran realmente supermodelos, pero cuando te veías así de bien y tenías dinero para gastar, podrías ser payaso de circo si quisieras y aun así lograrlo.

Empecé a darme la vuelta, ya teniendo escozor por todos los pequeños golpes a mi autoestima, cuando mi inexplicable síndrome de déficit atencional recogió otro ruido proveniente de la dirección opuesta. Me giré hacia el gruñido de la máquina y el rechinar del asfalto.

Déjame hacer una pausa aquí para aclarar que no soy una persona atlética. De hecho, si me vieras correr, sería mejor que me siguieras porque una de dos cosas podían estar sucediendo: uno, el mundo ha acabado y solo queda un rollo de papel higiénico o dos, estaba siendo perseguida por zombis. De lo contrario, ¡este trasero no se iba a apresurar por nada! Pero de alguna manera, mis piernas estaban bombeando y mis pulmones quemaban cuando corrí *hacia* el peligro. Otra primera vez para mí. Yo no era una heroína.

—¡Oye! —grité, moviendo mis brazos para llamar la atención de la chica.



Ella alzó la vista. Vi que sus ojos eran marrones y grandes contra su bonito rostro. Sus brillantes labios se separaron, y después me lancé sobre ella como un jugador de fútbol americano, tacleándola al suelo a la vez que un camión viraba bruscamente en el último segundo, fallando por poco a ambas. El conductor gritó algo que pudo haber sido una disculpa mientras tomaba la siguiente curva a la misma velocidad imprudente, dejando marcas de neumáticos y un caos sonoro a su paso.

Mi víctima y yo aterrizamos en una maraña de extremidades y mochilas. Una de nosotras gruñó. Pudo haber sido ella. Yo podría haber estado aplastándola. No obstante, estaba agradecida de que ella estuviese allí para amortiguar la caída. Me quedan marcas de moretones con facilidad. Quizás era un mal momento para pensar en eso.

—¿Te encuentras bien? —Me levanté e hice una mueca cuando me di cuenta de lo delgada que era. Le rogué a Dios no haberla quebrado.

¿Conoces ese sentimiento cuando sabes que has cometido el mayor error de tu vida? Bueno, mientras me encontraba allí de pie, mirando fijamente el rostro sorprendido de Claudia, así fue exactamente cómo me sentí. Acababa de empujar a la reina de Mayferd al suelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Claudia! —Sus amigas, dos chicas que he visto un millón de veces en los pasillos, pero que nunca puedo diferenciar, cayeron encima de ella en sus increíblemente altos zapatos de tacones. Cada una enganchó sus huesudas manos a los brazos de Claudia y la pusieron de pie.

Nadie me ayudó, me gustaría agregar. Me levanté por mi cuenta, me sacudí el polvo y acomodé mi mochila, todo eso mientras estudiaba al trío que tenía delante con una preocupada sensación de temor. De ninguna manera esto iba a terminar bien.

Entonces, en un movimiento que juro debería haber sido un deporte olímpico, Claudia extendió una mano y un tubo de brillo labial fue empujado en su palma. Extendió la otra mano y le fue dado un espejo. Estuve tentada a intentarlo y ver si conseguía un sándwich.

Sus ojos marrones me estudiaron mientras ella se arreglaba el maquillaje, el cual no tenía nada de malo en primer lugar. Sus amigas le quitaron el polvo, haciendo sonidos de arrullo. ¿Cuáles eran sus nombres? En serio tenía que prestar más atención a mis compañeros de clase.



Claudia DeLorenzo, *la* chica más popular de la escuela, era imposible de no notar cuando estaba por todas partes, y lo digo literalmente. Era verdaderamente difícil olvidarse de una chica después de que has masticado en su rostro. No, eso no fue literal. Acababa de comprar un cupcake el otro día y tuve su cara frunciéndome el ceño con desaprobación desde la cristalera, juzgándome por mi elección poco saludable de aperitivos. De todos modos lo comí, pero hubo un momento vergonzoso allí.

Con el rostro apropiadamente arreglado luego de la caída que aparentemente perturbó el orden de su maquillaje, Claudia me enfrentó:

—¿Quién. Eres. Tú?

Era un mal momento para echarse a reír, pero todo en lo que pude pensar fue: *Alicia, Sr. Ciempiés Drogado. Yo estaba siguiendo al conejo blanco.*

—¿Kia? —Yo sabía mi propio nombre, pero era difícil pensar apropiadamente cuando ella me desafiaba con sus poderes Jedi a estar equivocada. Era el incidente del cupcake otra vez.

—Bueno, *Kia*. —Está bien, sin bromear, ella hizo toda la cosa de lanzar el cabello, levantar la cadera y mover la cabeza de arriba hacia abajo. Juro que pensaba que solo lo hacían en la televisión. La verdad, me impresionó—. ¿Qué crees que estabas haciendo?

Normalmente no respondo a la intimidación, pero un poco de gratitud hubiera sido agradable.

—Uh, ¿salvando tu vida?

Las dos *Barbies* sin nombre detrás de ella jadearon, al unísono, podría agregar. Estaba ansiosa por ver si alguna de ellas diría algo como: *¡Oh, no, ella no acaba de hacer eso!* No sucedió.

—¿Disculpa? —dijo Claudia en un tono horrorizado de “te patearé el culo si no cambias tu respuesta”.

—¡Salvé tu vida! —repetí, esta vez con más firmeza—. Estabas a punto de convertirte en un panqueque de reina de belleza.



Sus clones parecían a punto de desmayarse, pero Claudia inclinó un poco su cara hacia atrás, entrecerró los ojos y me estudió sobre esa nariz perfectamente proporcionada.

—Kia, ¿cierto? —Se movió hacia adelante con tal fluidez que casi salté. Su delgado brazo se enganchó a través del mío y me arrastró a su lado—. Camina conmigo.

¿Uh, no, gracias? Pero ya nos estábamos moviendo, saliendo del estacionamiento y entrando en los repletos corredores de la preparatoria Margaretson.

Nunca había tenido aspiraciones de convertirme en una superestrella. Mi miedo a las personas había obstaculizado cualquier oportunidad de eso. Pero en ese momento comprendí completamente por qué. Era horrible.

Las personas de verdad se detenían para quedarse mirándote. Señalaban y susurraban. Se hacían zancadillas entre sí para quitarse de tu camino. Pero lo peor de todo, no estaban mirando a Claudia. Bueno, sí lo estaban, pero me miraban a mí junto a Claudia y sabía lo que ellos pensaban. Era como esas imágenes que te daban en la primaria donde se suponía que encontraras el elemento que no pertenecía. Yo era ese elemento.

—¡Está bien! —Me liberé de Claudia—. Hasta acá llego. Esta es mi parada. — Empecé a alejarme rápidamente antes de poder hacer algo vergonzoso, como hacerme pis encima.

—No puedes irte todavía. —¿No era esa frase la que normalmente se usaba en las películas de terror justo antes de que la víctima fuera cortada con un cuchillo de carnicero? Me di la vuelta, sin esperar realmente que Claudia tuviera una mirada maliciosa con un cuchillo sangriento en la mano, pero algo parecido. No me estaba mirando maliciosamente y tampoco había un cuchillo, pero el trío me observaba con un brillo desconcertante en sus ojos—. Tienes que dejarme agradecerte.

Las personas pasaban por nosotras en la manera en que un riachuelo se separa alrededor de una roca, o de Moisés. Todos los ojos y oídos estaban apuntados en nuestra conversación. Era difícil no notarlo.

—Ya estamos parejas, ¿sí? ¡Adiós!



—No tan rápido. —Nunca la escuché acercarse. Entonces estuvo justo frente a mí—. No me gusta *deberles* a las personas. Así que, ¿por qué tú y yo no hablamos?

Esto se estaba volviendo demasiado parecido a *El Padrino* para mí gusto.

—En serio, estoy bien. Puedes enviarme una tarjeta de Navidad.

Sus uñas francesas, brillantes y pulidas se estaban clavando en mi brazo.

—Insisto. ¿Qué quieres? ¿Fortuna? ¿Fama? ¿Un chico? ¿Un auto quizás?

—¡No! No quiero... espera, ¿puedes conseguirme un auto? —¡Vaya! ¡No más autobuses! Rápidamente me detuve y sacudí la cabeza. *¡Enfócate, Kia!*—. No, en serio. Estoy bien.

Pero Claudia no había terminado y yo estaba atrapada en el triángulo de la reina de belleza.

—Voy a hacer una fiesta este fin de semana. —Metió la mano en su mini bolso (en serio, ¿cómo cabía algo en esa cosa?) y sacó una tarjeta. Una tarjeta real, como la que los abogados y doctores llevaban con su nombre y dirección perfectamente gravada en la parte delantera. La presionó en mi mano. Me maravillé ante el peso y la textura y... ¿era jazmín eso que olía?—. Vas a venir.

Me puse rígida, mi cabeza levantándose para mirarla.

—¿Sí?

Sonrió de una manera sospechosamente felina.

—Sí. —El ronroneo envió un escalofrío por mi espina dorsal.

—Pero este fin de semana es Halloween.

Claudia evidentemente practicaba esa mierda sana que predicaba, porque su sonrisa era inmaculada. Dientes blancos y parejos brillaron en una sonrisa deslumbrante, sino un poco espeluznante.

—Lo sé.

—Por supuesto que lo sabes. Bueno. —Intenté regresarle la tarjeta—. No puedo ir.



Un fino pliegue se formó entre sus ojos marrón chocolate. Su cabeza se inclinó ligeramente hacia la derecha y me miró de la manera que imaginé que un gato miraría a un ratón si este lo golpeara en la nariz: con una mezcla de confusión, sorpresa y ofensa. No podía imaginarme a muchas personas negándose una de las invitaciones de Claudia DeLorenzo.

—Si estás preocupada por encontrar una cita, no lo estés. Esa invitación es para una sola persona y las chicas vienen solas. —Luego sonrió como si compartiéramos una broma—. Siempre me aseguro de que haya más chicos que chicas. Por lo que tendrás toneladas de dónde elegir.

¿Por qué eso solo me dio más náuseas?

—Piénsalo. —Me sonrió—. No aceptaré un “no” por respuesta.

Estupendo.



—¿Hiciste qué? —siseó Nessie en biología, después de que le terminé de contar mi aventura.

—¡Lo sé! Confía en mí. Nunca más salvaré a nadie —murmuré con el rostro aplastando mi carpeta abierta. Dolió mucha más de lo que debería cuando mis gafas se clavaron en mi cara.

—Entonces, ¿simplemente te invitó a su fiesta? —Hubo un brillo en sus ojos que estaba empezando a encontrar irritante.

—Sí, pero fue como si me chantajeara para asistir, usando mi estúpido heroísmo como ventaja. —Uñas cortas y de color púrpura se clavaron en mi brazo—. ¡Auch!

Ella me ignoró.

—¿Sabes lo que significa?

—¡Sí, estás intentando amputarme el brazo!

Se mofó y me liberó.



—¡Eso no! —Se contoneó más cerca, tan cerca como pudo llegar permaneciendo en su asiento—. ¡No cualquiera es invitado a las fiestas de Claudia DeLorenzo, Kia! ¡Las personas matarían por estar en tus zapatos en este momento!

Miré hacia abajo a mis zapatillas arañadas y sucias.

—Si las quieren tanto, pueden tenerlas. Las conseguí por diez dólares en...

—¡Kia!

—Srta. Chaves, ¿hay un problema? —La voz de la Sra. Pang llegó como un látigo a través del salón.

—No, señora —murmuró Nessie, volviendo a su libro abierto. Esperó hasta que la Sra. Pang se dio la vuelta una vez más antes de abalanzarse sobre mí—. ¡Tienes que ir!

—¡No, no tengo! ¿Qué hará ella? ¿Ignorarme por el resto del año?

—¡No lo entiendes! —gimió Nessie, prácticamente colgándose de mi brazo—. ¡He escuchado cosas! Secretos sobre lo que sucede en sus fiestas...

—¿Lo que sucede? ¿Es una fiesta o una reunión de culto? —Entonces se me ocurrió otra idea—. Has estado aquí un mes, ¿cómo sabes algo acerca de esto?

—Escucho cosas. ¡Kia! —Me apretó con fuerza el brazo—. Por favor, ve. ¿Por mí? ¡Te lo ruego!

Sin entenderla en absoluto, metí la mano en el bolsillo y le lancé la tarjeta.

—Ten. Ve tú.

Ella se abalanzó sobre la tarjeta como un oso hambriento sobre una ardilla. En cualquier momento esperaba que gimiera y la acariciara diciendo: "¡Tesoro! ¡Mi tesoro!" No lo hizo, pero sí la olió, lo cual fue igualmente escalofriante.

—¡Ooooh! —gimió, sus pestañas revolotearon mientras sus ojos se abrían y cerraban. Frotó la tarjeta en su mejilla—. ¡Huele tan bien!

Me moví lejos de ella, gravemente perturbada por ese lado de mi amiga.

—Bueno, deseo que tú y la tarjeta tengan una vida feliz juntas.



Con un último suspiro de júbilo, dejó caer las manos en su regazo.

—No puedo ir. Claudia te invitó a ti. No me dejará entrar.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabría?

La mirada en la cara de Nessie decía muy claramente que yo era estúpida.

—¡Ella lo sabe todo! Incluso yo sé eso.

Me encogí de hombros.

—Bueno, como sea. No voy.

—¡Tienes que ir!

—¿Por qué?

Nessie sorbió por la nariz.

—¡Porque sí! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

—¡Srta. Chaves!

Pero toda la atención de Nessie estaba en mí, sus grandes y enormes ojos más azules que de costumbre.

—¡Por favor!

—¡Srta. Chaves!

Le di un codazo, pero ahora estaba determinada, llegando al extremo de juntar las manos bajo su barbilla y fruncir los labios.

—¡Te quiero mushito, Kiki!

Ugh.

—¡Está bien! Bien. ¡Detente!

Con un grito que hizo que varias personas que nos rodeaban se rieran, Nessie se dio la vuelta para enfrentar la ira de la Sra. Pang.

—¡Aquí!

Con los brazos doblados, la Sra. Pang la fulminó con la mirada.



—Excelente. Puede estar *aquí* después de la escuela en detención.

—Valió completamente la pena —siseó Nessie por la comisura de la boca una vez que la Sra. Pang le dio la espalda.

Personalmente, no podía justificar que algo valiera tanto la pena como para ganar detención, pero yo no era Vanesa Chaves, coleccionista de castigos. Creo que secretamente tenía un fetiche por las detenciones.



Luego de la escuela, evité el autobús y caminé tres cuadras hasta el trabajo. Ángel Fuller, el sobrino del Sr. Fuller, estaba de pie en el mostrador, llenando las botellas de ketchup. Ojos del suave color verde avellana como un bosque iluminado por la luz del sol se alzaron y encontraron los míos.

Sonrió.

—¡Hola, K!

Lo saludé.

—¡Hola, A!

Era una broma estúpida entre nosotros, por la rima entre nuestras iniciales, y no puedo precisar cuándo empezó, pero quedó, así que seguimos con ello.

—¿Cómo estuvo la escuela? —preguntó Ángel mientras enroscaba la tapa de una botella.

Rodeé el mostrador hacia el conjunto de puertas en vaivén en la trastienda.

—Fui invitada a una fiesta súper genial.

Ángel se alegró.

—¡No bromees! Qué bien por ti.

Resoplé.

—Solo está bien si quisiera ir.



Él encogió sus estrechos hombros.

—Entonces no vayas.

—No puedo. Al parecer mi vida depende de ello.

Me presioné a través de las puertas en el sofocante calor que era la cocina. Jerod Ford, nuestro cocinero, alzó la mirada cuando las atravesé. Se limpió las manos en su delantal, añadiendo una gruesa capa de grasa a la tela ya manchada.

—¿Qué tal, chica blanca? —A Jerod le gustaba pensar que era negro. No lo era. Era tan blanco como la nieve recién caída. Pero todos teníamos sueños.

—Hola, Jerod —grité de camino al área de personal.

Me puse rápidamente el uniforme, guardé mi bolso en el casillero y me uní a Ángel en el frente.

—El jefe quiere los estantes limpios —me dijo—. ¿Puedes limpiar los que están debajo de la registradora? Limpiaré los que están en la trastienda.

Concordé y agarré el trapo que me ofreció.

Estaba razonablemente vacío considerando que la escuela acababa de terminar, pero la hora pico pronto comenzaría así que siempre tratábamos de limpiar tanto como fuera posible antes del cierre. Arrodillada, empecé a sacar todo el contenido de los estantes debajo de la registradora.

—¿Hola? ¿Disculpe?

—¡Un segundo! —grité y empujé todo a un lado, fuera del camino. Me puse de pie y me coloqué en frente de la caja registradora—. ¿Sí? ¿Cómo puedo...?

Las palabras se evaporaron y se convirtieron en ráfagas de aire que escaparon de mi garganta. Mi mandíbula se abrió. Sabía que lo hizo. Podía sentirlo. Mis ojos estaban abiertos de par en par, llenos de pánico. Buscaron, en un rápido parpadeo, una ruta de escape y me di cuenta que no había ninguna forma elegante de hacerlo. Así que me puse de pie, rígida, atemorizada y completamente alterada por dentro, mientras me quedaba mirando a unos ojos del color de las aguas de las Bahamas. Bucles brillantes y negros caían sobre una frente prominente. Había matices de azul que revoloteaban dentro y fuera de las hebras, instando a mirar, a tocar. Mis dedos temblaron con el deseo



imprudente de enredarse a través de esa hermosa masa. Mortificada, intenté enfocarme en otra cosa. Bajé la mirada y me encontré delineando sus afilados pómulos, su fuerte mandíbula y barbilla cuadrada. Sus labios estaban arqueados, una inclinación pecaminosa que me hizo olvidar de tomar aire.

Estaba tan jodida.

Muy bien, tres cosas. Primero, chicos como él nunca sonrían a chicas como yo. Segundo, chicos como él no residen en Mayferd a menos que fueran secuestrados de Hollywood por alguna cultivadora de patatas. Y tres, de todos los restaurantes de tacos del mundo, ¿por qué tuvo que entrar en el mío mientras estaba usando un uniforme ridículo? Vida, eres una perra. No es que importara, observa el primer punto.

Frente a mí, despreocupado, ajeno al tormento que estaba causándome, el chico que nunca antes había conocido sonrió con toda la belleza y gracia de un ángel. ¿Era demasiado tarde para agacharme bajo la registradora?

—¡Hola!

Mierda. ¿Cómo se hacía esa cosa cuando abres la boca y las palabras salen?

—Uh... —Nop. No me refería a eso exactamente, pero era un sonido por lo que seguí con eso—. Hoooola, ¿qué tal?

Me morí de la vergüenza. *Dios, soy una perdedora.* Bajé la mirada, dejando que el ala de mi gorro ocultara el rubor que podía sentir hirviendo debajo de la delgada piel en mi cara, transformándose en un molesto y probablemente aterrador tono de rojo. Me puse a jugar con una factura, metí mechones perdidos de cabello detrás de mis orejas, tocando mi cola de caballo. Cualquier cosa con tal de no mirarlo.

Miré las teclas perfectamente marcadas en frente de mí.

—¿Qué es lo que quieres? —Hice una mueca, apretando los ojos con fuerza. *Vaya. Qué manera de ser una perdedora, Valentines*—. Quiero decir, ¿qué puedo servirte?

Él se rio, el sonido sonando ridículamente pecaminoso.

—Llevaré el paquete familiar.



Golpeé las teclas rápidamente, ni una sola vez mirándolo, esperando que si trabajaba con la suficiente rapidez, se iría pronto. Le dije el total y me di la vuelta hacia el refrigerador a mi izquierda. Tan determinada a deshacerme de él, olvidé el desastre que había alrededor de mis pies. Pateé un contenedor de metal con paquetes de ketchup. La cosa se dispersó, golpeando el dispensador de servilletas, el cual se dio la vuelta cayendo en la caja de pajillas, desparramando todo y haciendo un estruendo. Maldiciendo, me abalancé para salvar lo que pudiera, al mismo tiempo aliviada de tener una excusa para apartarme de esos paralizantes ojos.

—¿Qué sucedió? —Ángel salió corriendo de la trastienda, sus ojos mirando ansiosamente la escena. Bueno, al menos él no llevaba el bate de béisbol. Eso habría sido realmente incómodo.

—¡Todo está bien! —murmuré, recogiendo los paquetes de ketchup de nuevo en el tazón—. Tuve un accidente. ¿Puedes...? —Señalé vagamente hacia la registradora, indicando que se hiciera cargo mientras yo me acobardaba como una completa, bueno, cobarde, debajo de la registradora.

Este se estaba convirtiendo rápidamente en un día que quería borrar de la historia.



2

Un viaje con el diablo

Traducido por flochi, Isa 229 y Gigi D

Corregido por beatrix85

— ¿Has decidido? —
No fue la pregunta lo que causó que el sándwich de atún cayera por el agujero equivocado, sino la figura amenazante cerniéndose sobre mí en toda su gloria de modelo a la moda. Detrás de ella, Barbie Uno y Barbie Dos permanecían como cantantes de acompañamiento en todas las bandas de chicas. Incluso combinaban, noté. Era sutil. La Barbie Uno tenía un bolso azul que hacía juego con los zapatos de Barbie Dos, y ambas tenían remeras cortas estilo campesino que eran diferentes solo porque una tenía un bordado sobre la blusa y el otro no. Lo que también noté era que ninguna de las dos llevaba ninguno de los colores que Claudia estaba usando.

Claudia, reina del mundo, estaba parada encima de mí con los poderes irradiantes de una diosa en su cuerpo acicalado y un conjunto negro ceñido. Relucía y se veía perfecta, recordándome el comercial de un champú. En cualquier momento esperaba que moviera su cabello y dijera algo como “¡Porque yo lo valgo!”. Pero no lo hizo.

—Uh, ¿qué? —jadeé una vez que controlé mi ataque de tos. Las personas estaban mirando fijamente otra vez. Yo no miraba, pero sentía sus ojos incinerando hoyos en mí. ¿Dos veces en dos días? Sí, no eran lo bastante estúpidos para no creerse que algo estaba pasando.

Claudia resopló.

—¡Mi invitación! ¿Perdiste la tarjeta?



—¡No! —dije rápidamente cuando empezó a hurgar dentro de la cartuchera en su bolso—. Todavía la tengo. Gracias. La enmarqué. —No lo había hecho. Sinceramente, no tenía idea qué había hecho con la cosa, pero eso hizo que dejara de buscar.

—Oh —dijo, como si tuviera sentido—. Bueno, ¿has decidido? Es grosero no haber confirmado todavía.

—¿Eso es atún? —Barbie Dos arrugó su bella nariz.

Bajé los ojos hacia el sándwich que tenía en las manos.

—Y lechuga.

—¡Puaj! —Su chillido casi me hizo reír. Solo por ella di un gigantesco mordisco, el cual, tuve que admitir, fue algo asqueroso.

Barbie Uno y Barbie Dos hicieron ruidos de repugnancia y apartaron sus ojos. Mi boca se curvó alrededor del enorme mordisco de mi boca y me reí solo para que se desvaneciera cuando atrapé la mirada plana e impertérrita de Claudia. Tragar sin morir se volvió un desafío.

—¿Entonces? —presionó.

¡Dios, lo juro, no rescataré a nadie nunca jamás por tanto tiempo como viva si me sacas de esto!

—¡Bien! —gruñí cuando se volvió evidente que ninguna intervención divina iba a suceder. Bajé mi sándwich y quedé mirándolo con el ceño fruncido. Cosa estúpida. ¿Por qué no repelía a Claudia tan fácilmente como a sus clones?—. Iré a tu estúpida fiesta.

—¿Estúpida? —Barbie Dos jadeó—. Son las más fantásticas...

Claudia alzó una mano con perfecta manicura, silenciando la diatriba.

—Excelente. Tienes que estar a las ocho. Ahí es cuando la diversión comienza. Oh, y usa algo bonito.

—¡Sí! —Barbie Uno saltó ante eso—. Nada de suéteres feos.

Eso fue todo. ¡Nadie hablaba de mis suéteres y se salía con la suya! Abrí la boca, completamente preparada para golpear su cara bonita, verbalmente, claro, en el suelo.



—Es una fiesta tipo baile de máscaras, es lo que Leanna estaba intentando decir —intervino Claudia suavemente.

Así que Barbie Uno era Leanna. Era bueno saber qué poner en su lápida cuando la matara.

—Así que usa un disfraz con máscara —terminó Claudia, porque ese punto no había quedado claro con lo de *baile de máscaras*.

—¡Pero no un ángel! —dijo Leanna con una pizca de pánico.

—¡Sí! —intervino Barbie Dos—. Ni una diablita, porque esos son nuestros disfraces.

Vaya. ¿Muy cliché?

—No te preocupes. Los evitaré.

Eso pareció dejarlas satisfechas. Las tres sonrieron. Esperé una ráfaga musical de harpa angelical o luces destellando. Nunca nada fantástico sucedía cerca de mí.

—Nos vemos a las ocho.

Entonces se marcharon ostentosamente y me quedé sola en la mesa. Ya me arrepentía de mi decisión y las reinas de belleza ni siquiera habían salido de la cafetería.



—Me vas a ayudar a buscar un disfraz dado que esta brillante idea fue toda tuya —le dije a Nessie un poco más tarde durante biología.

—¡Oh, sí! Adoro las fiestas de disfraces. Deberías ir de Cleopatra. —Claro, porque yo era hermosa, egipcia y me quedaban bien los vestidos egipcios. Tenía sentido.

—Sí, vayamos por algo sencillo —ofrecí—. Quiero entrar y salir.

—¡Podemos ir de compras! —Su emocionado grito me hizo estremecer de miedo.

—O no.

Nessie hizo un mohín.



—¿Por qué no? Necesitas un disfraz.

—Tengo sábanas. Iré como un...

El disgusto en su cara hubiese sido invaluable de no ser insultante.

—No digas fantasma. Es lamentable. ¿Qué tienes, cuatro años?

Me encogí de hombros.

—Nadie sabrá que soy yo.

—Vas a ir a una de las fiestas más exclusivas *jamás* y quieres ir como Casper. ¿En serio?

Puesto así, cualquier cosa sonaba estúpida.

—Bueno, ¿qué entonces?

Nessie sonrió.

—Revisaremos mi armario. Estoy segura de que encontraremos algo.

¿Por qué simplemente no acepté ir de compras? ¿Por qué siempre tenía que complicar las cosas? Nada en el armario de Nessie me quedaría bien. Sus vestidos eran muy cortos para mí. Sus faldas, vinchas. Era como vestir a un *rottweiler* con ropa de un *chihuahua*. Además, aunque fuéramos del mismo tamaño, sus ropas eran brillantes, salvajes y audaces. Con su personalidad y adorables rasgos, ella podía lucirlos. Yo era más de tonos tenues, inclinándome hacia los grises, negros y azules oscuros. Ser llamativa no era lo mío.

—Tal vez pueda ponerme alguno de los trajes viejos de mi padre e ir como un empleado de funeraria. —ofrecí mientras caminábamos hacia su casa luego de la escuela. Lo dije como una broma.

—Voy a hacer de cuenta que no dijiste eso.

Qué manera de callar a una chica.

Llegamos a su casa victoriana de dos pisos y subimos los escalones hasta la puerta. Esperé mientras deslizaba la llave en la cerradura y nos dejaba entrar. El recibidor se abría en tres direcciones diferentes. A la izquierda había una zona de estar, a la derecha el comedor y yendo de frente estaba la cocina y la escalera hacia el segundo piso. Cada trozo de madera a la vista estaba hecho



a mano en un hermoso color caoba que combinaba con las paredes y el suelo. Siempre envidié a Nessie por vivir en un lugar tan fantástico. Había estado en su familia por generaciones y estaba lleno de pasadizos secretos y escondites viejos. Habría dado cualquier cosa por explorar el lugar de punta a punta. Pero al parecer era de malos modales deambular por la casa de otra persona moviendo pinturas y tirando de los veladores.

En cambio, seguí a Nessie a través del recibidor hacia la cocina. Dejó su bolso y chaqueta en las escaleras al pasar y siguió adelante. Mantuve mis cosas conmigo, no porque no confiara en ella sino porque estaba incómoda al estar en la casa de otra persona. Dejar mis cosas en cualquier parte no se sentía correcto.

—¿Quieres estudiar aquí? —preguntó por encima de su hombro, señalando a la mesa distraídamente mientras se acercaba a la nevera—. Nos ahorrará tiempo al no tener que bajar por aperitivos.

—Sí, claro. —Me dirigí hacia allí y dejé mis cosas en el piso.

Nos trajo una botella de agua para cada una y un cuenco gigante con papas fritas. No tomé la mía, pero ella se bebió la mitad de la suya antes de tomar asiento a mi lado.

La miré y al lugar vacío frente a ella.

—Necesitas tus libros para estudiar.

Gruñendo y golpeando su cabeza contra la mesa con una fuerza que me hizo hacer una mueca de dolor, Nessie gimió:

—¡No me obligues!

Le di un codazo.

—¡Ve!

Lloriqueando, se deslizó de su asiento y fue arrastrando los pies hacia las escaleras. Pude escucharla dando pisotones todo el camino de ida y de vuelta antes de desplomarse en la silla una vez más.

—¿Contenta? —Bajó su bolso sobre la mesa con un fuerte chasquido.



Sabiamente, mantuve la boca cerrada mientras abría mis propios libros y los organizaba.

—Odio álgebra —murmuró Nessie tres horas más tarde, bajando su lápiz con un golpe—. ¿Cuándo lo usaremos en la vida?

Riéndome, alcé la mirada de mis notas de química ante su tono de disgusto.

—Nunca, pero eso no significa que no deberías aprenderlo.

Parpadeantes ojos azules se giraron en mi dirección.

—¡Eres una chupamedias!

Estaba consternada. No era mi culpa que les agradara a los profesores.

—No soy...

Fue el sonido de pasos cortos resonando en el suelo de madera lo que nos dejó sobresaltadas y en silencio. Ambas alzamos los ojos cuando una sombra cubrió la madera un segundo antes de que la figura oscureciera la puerta. Solo había estado en la residencia de los Chaves unas cuantas veces en el último mes, pero aún no había conocido a ninguno de los otros ocupantes. Nessie afirmaba tener una madre y un padre, así como un hermano mayor, pero nunca había visto a ninguno de ellos. Una parte de mí se preguntaba si eran imaginarios. De manera inesperada, mi curiosidad quedó satisfecha cuando un chico de diecisiete o dieciocho años entró en la sala pareciendo listo para dominar el mundo en su uniforme almidonado de Vina. Mi mundo se detuvo en seco.

¡De ninguna maldita manera! Hombre, el cosmos tenía un enfermizo sentido del humor. ¿Era muy tarde para arrastrarme debajo de la mesa?

—Hola, perdedor —dijo Nessie, apoyando una mejilla contra su palma y el codo en la mesa.

Era sorprendentemente alto, tendría fácilmente un metro noventa y dos, lo cual era impresionante, con una contextura de mariscal de campo envuelto en pantalones negros y una camisa blanca. Su ondulada cabellera de bucles negros estaba prolijamente corta y brillaba con un tinte azul que aparecía entre medio de los gruesos mechones. Tenía la misma tez bronceada que su hermana y unos intensos ojos azules que bailaban con alguna broma silenciosa privada. Por más que me desplomara, no me haría invisible mientras aquellos ojos azules



pasaban rápidamente sobre su hermana y se centraban en mí como si hubiera un cartel de neón gigantesco apuntándome, parpadeando un: ¡Mira! ¡Mira!

¡Doble maldición!

—¡Hola! —dijo, pareciendo casi... ¿contento? De verme—. Tú de nuevo.

Nessie reaccionó.

—¿De nuevo? ¿Se conocen? ¿Cómo? ¿Cuándo? —Su rostro se arrugó en lo que solo podía interpretar como disgusto—. ¿Por qué?

No estaba segura de cómo tomarme la última pregunta. No estaba segura si ella estaba intentando ser insultante o curiosa. En cambio, conseguí torcer mis labios en lo que esperaba fuera una sonrisa deslumbrante, pero sin duda se veía dolorosa. Bajé mi mirada a la mesa y la pluma giró ansiosamente entre mis dedos. Algo en la manera en que me estaba estudiando me puso nerviosa, me hizo querer arrastrarme debajo de la mesa y esconderme. Me aterrorizaba.

—Trabajas en ese restaurant de tacos, ¿cierto? —Pero parecía vacilante, como si no estuviera seguro. Pude haberlo contradicho, como si la perdedora de ayer no hubiese sido yo. Nooo. Esta Kia Valentines era estupenda y agradable y... ¿a quién engañaba?

Empecé a asentir, pero Nessie se me adelantó.

—¡Oh! La cena de anoche. Estaba completamente distraída. Sí, esta es mi amiga, Kia Valentines. Kia, el perdedor de mi hermano, Adam. Adam va a Vina.

—Hola —murmuré... a mis libros, porque era demasiado cobarde para mirarlo a los ojos.

—¿En qué trabajan chicas? —preguntó, acercándose. ¿No podría haberse quedado allí y preguntar? ¿Por qué necesitaba acercarse? Me desplomé en mi asiento, prácticamente al mismo nivel de la mesa.

—Álgebra —murmuró Nessie, poniendo sus ojos en blanco—. Es tan estúpido.

Ella empujó sus libros como si la visión de ellos la ofendiera. Adam rio disimuladamente mientras se detenía al otro lado de la mesa. Plantó las manos en la superficie brillante y se inclinó más cerca para ver el trabajo de su hermana.



—Aprendí este tipo de cosas en cuarto grado. —Evadió el borrador que ella le lanzó a la cabeza un segundo más tarde.

—¡Vete a lamer una pared! —murmuró Nessie, cruzando sus brazos y frunciendo el ceño.

Adam silbó a través de sus dientes.

—¡Ouch! Con respuestas como esa, es una maravilla que no seas un genio. — Esquivó ágilmente la caja de lápices que ella apuntó a su cabeza. Esta golpeó la madera con un ruidoso alboroto y golpeó la parte inferior de la isla. Todavía riéndose disimuladamente, giró aquellos preciosos ojos hacía mí y quise quemarme en ese momento, vaporizarme y escaparme.

—¿Estás bien, Kia?

Mi nombre nunca había sido tan interesante para mí, pero en sus labios sonaba hermoso y sexy. El chico tenía un serio talento.

Me moví un poco más alto en mi silla, tratando de dar la ilusión de estar en control de mí misma.

—Suro.

Silencio. Completo y total silencio... en el exterior. Por dentro, mi cerebro estaba gritando *¿Qué Rayos? ¡Qué. Rayos, Kia!*

—¿Qué demonios es un suro? —Nessie fue tan amable de preguntar, porque habría sido demasiado difícil aparentar como que yo no había hablado.

Aclaré mi garganta.

—¿El hijo ilegítimo de sí y seguro?

Adam soltó un profundo sonido áspero que circuló por la cocina como una onda magnética de risa profunda, deslizándose por mi columna en una estela de seda y terciopelo. Suspiré sin pensar y rápidamente eché un vistazo a Nessie para ver si ella lo había captado. Lo hizo. Ella me miró como diciendo: *¿Qué te sucede?*

—¡Lindo! ¡Choca esos cinco! —Se inclinó sobre la mesa con el brazo extendido, la palma abierta hacia mí en un viejo gesto que no estoy completamente segura de quien lo inventó, pero debe de haber sido un chico hace muchos eones. Creo que se deriva de la era cavernícola cuando solían golpearse el uno al otro con



palos. Con el paso de los milenios, se redujo a chocar las manos en lugar de las caras cuando estuvieran celebrando. ¿Estaba analizando el chocar los cinco? Tal vez. Pero era mejor que estar sentada aquí, viéndolo como un ciervo ante los faros mientras se acercaba.

Luego ocurrió algo que estaba segura que nunca había ocurrido en la historia de la humanidad. Mis rodillas saltaron. Un minuto estaba sentada allí, petrificada, y al siguiente aparecieron resortes invisibles donde mis rótulas deberían haber estado y me disparé de mi asiento con suficiente fuerza como para tirarlo al suelo con un golpe fuerte. El sonido hizo burlonamente un eco como el disparo de un arma de fuego por toda la silenciosa habitación.

—¡Oh, Dios mío! —grité, agachándome frenéticamente para recoger la silla, solo para golpear la mesa con mi cadera, volcando la botella con agua de Nessie sobre su cuaderno abierto, empapando todo el trabajo que habíamos hecho en las últimas tres horas.

Nessie chilló. La habitación se llenó con el chirrido de su silla siendo arrastrada hacia atrás desde la mesa mientras el agua se derramaba sobre el borde hacia su regazo, empapando sus pantalones. Olvidé la silla, me lancé hacia la botella, tirando mi torre de libros al suelo en una avalancha.

—¡Mierda! —Dejando a Nessie salvar sus papeles, me lancé debajo de la mesa para recuperar mis libros caídos antes de que estuvieran empapados por el goteo constante del agua desde la parte superior de la mesa.

Reuniendo desesperadamente cada libro contra mi pecho, no me había dado cuenta de la oscura figura agachándose junto a mí hasta que me giré para agarrar el último y casi me salí de mi piel ante la aparición inesperada de Adam. La mesa colisionó con la parte superior de mi cabeza, enviando destellos de chispas a través de mi visión y mis dientes chasquearon con fuerza, atrapando mi lengua. El sabor de cobre llenó mi boca mientras los libros se dispersaban por segunda vez en todo el piso. Me caí hacia atrás. El dolor se disparó hasta mis codos mientras descendía con un choque contra el parqué.

—¿Estás bien? —Él no se rio, pero la risa estaba en sus ojos, en la curva de esos deliciosos labios.

—El piso parecía necesitar un abrazo. —Hice una mueca de dolor, dándome cuenta de que era una broma interna. Él nunca lo entendería. Empecé a explicar mientras reajustaba mis gafas en mi nariz, pero para mi sorpresa, se rio.



Sacudió su cabeza como si se tratara de la peor cosa que jamás había oído hablar, pero se rio.

Lanzó una mirada divertida hacia mi dirección antes de que ágilmente juntara los libros y se pusiera de pie. Refugiada bajo la mesa, mi rostro ardió en mortificación. Apreté los ojos y recé que si la tierra fuera a abrirse espontáneamente, *ahora* sería el momento perfecto. Por supuesto, eso habría sido demasiado fácil.

—¿Qué demonios fue todo eso? —chilló Nessie—. ¡Nunca había visto tanto caos!

Gemí y obligué a mis extremidades a impulsarse desde debajo de la mesa para enfrentar mis pesadillas.

—Lo siento tanto.

Descartando mis disculpas, Nessie vertió sus libros en el fregadero y sacudió la cabeza.

—No creo que pudiera haber encontrado una mejor excusa para no terminar la tarea.

Deseando que Adam se hubiera ido así podría salvar el resto de mi destrozada dignidad, me puse de pie.

—La terminaré por ti.

Nessie resopló.

—No te preocupes, no es como si me importara.

—¡Vanessa! —La voz de Adam ya no era divertida.

Nessie se encogió de hombros y soltó un suspiro exasperado.

—¡Muy bien! Lo que sea.

—Creo que debería irme —murmuré mientras apresuradamente juntaba mis cosas y las metía en mi mochila—. Mamá probablemente tiene la cena lista.

Nessie hizo un puchero.

—¿Por qué no te quedas a cenar? Mamá y papá están en una conferencia en Toronto. Solo somos Adam y yo.



Porque me he avergonzado lo suficiente como para una vida. ¡Muchas gracias!

—No podría...

Determinada, Nessie me agarró del brazo, acabando con mi apresurado intento de escape.

—Claro que puedes. Llama a tu mamá y dile que cenarás en nuestra casa y que te llevaremos más tarde.

Moviéndose rápidamente a la largo de la cocina conmigo acompañándola, Nessie agarró el teléfono inalámbrico y lo metió en mi mano. Luego, simplemente se quedó parada ahí observándome. Evidentemente no se iría hasta que yo hubiera hecho la transferencia.

Suspiré y presioné el número de mi casa, rezando con todas mis fuerzas para que mamá y Joanne estuvieran demasiado ocupadas como para contestar. No sé por qué me molesté. Con la suerte que estaba teniendo, era un milagro que estuviera viva.

Mamá respondió al segundo timbre y, cuando le expliqué la situación, me dijo muy alegremente:

—¡Por supuesto que te puedes quedar para la cena!

¡Maldita sea!

Chillando de júbilo, Nessie salió corriendo, gritando algo sobre irse a cambiar. Me dejó abandonada en medio de la cocina.

—Mierda —murmuré, colgando el teléfono.

Eso pasaba con los pequeños favores.

—No le gusta que le digan no.

Chillando de miedo ante la repentina voz, dejé caer el teléfono al suelo con un fuerte ruido mientras me giraba para hacer frente a la figura sonriente detrás de mí.

—Oh... uh... —tartamudeé muy elocuentemente. Mi rostro explotó de calor.

¿Cómo diablos se me olvidó que él estaba allí? Tachen eso. ¿Cómo no me di cuenta de que estaba completamente sola con él? Dejada completamente a



la deriva con un chico que me hacía balbucear como una idiota. Lo que habría dado para ser más como Nessie: valiente, confiada, genial. Solo en el mes desde la transferencia a la preparatoria Margaretson, Nessie había salido por lo menos con ocho chicos, le habían propuesto salir más de una docena y aun así se las había arreglado para romper corazones sin intentarlo. Y yo ni siquiera podía formular una coherente cadena de palabras.

—¿Así que vas a la escuela con Van?

—Uh... Sí... —Hice una mueca y bajé la mirada hacia mis pies. *Genial. Piensa que soy una completa idiota.*

—Ella habla de ti, pero nunca me advirtió de lo peligrosa que eras.

Por alguna razón, dudé que se refiriera a peligrosa en un estilo chica sexy en calzas como los *Ángeles de Charlie*.

—¡No soy peligrosa!

Su ceja se levantó mientras que su mirada se movía hacia el goteante cuaderno secándose en el lavabo.

—Podrías haberme engañado.

Ese no era el modo en que quería que me recordara, como alguna torpe con problemas de equilibrio.

—Fueron accidentes.

—¿Y en el restaurante?

—¡Accidente! —Me apegaría a esa historia aunque me matara.

Las comisuras de su boca se movieron.

—Claro, *nena*¹.

—Kia —corregí—. Mi nombre...

—Lo sé —dijo—. No lo he olvidado.

Correcto.

¹ **Nena:** lo dice en español original.



—Acabas de llamarme Nena. —Sí, no estaba para nada impresionada.

Él pasó la lengua sobre sus labios.

—Es castellano.

Arqueé una ceja.

—¿Para el nombre de otra chica?

Se rio, negando con la cabeza.

—Para bebé.

¿Bebé? ¿Me llamó bebé? Espera, ¿qué clase de bebé? ¿Del tipo caliente, seductor o del tipo que necesita un cambio de pañal y biberón?

Él rio disimuladamente.

—¿Siempre piensas tanto?

—Sí —dije automáticamente—. Creo. Soy una pensadora.

—Interesante.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —Mejor aún... —. ¿Cómo?

—Soy un realizador. —Ignorando mi ceño fruncido, se paseó desenvueltamente hacia mí, sus manos metidas casualmente en sus bolsillos—. Y en mi experiencia, solo las personas culpables o nerviosas, tienen tantos... accidentes. Así que, o robaste un banco o te gusto.

Una alfombra de fuego rugió en mi rostro.

—¡Es una locura! No te conozco —declaré y di un paso atrevido hacia delante, totalmente preparada para demostrarle que yo podía funcionar sin destruir algo.

El receptor que había dejado caer crujió bajo mi pie, enviando a mis piernas a deslizarse debajo de mí. Un mortificante chillido se me escapó mientras me lanzaba hacia atrás. La gravedad me agarró con sus dedos fríos y me arrastró a lo que seguramente sería una colisión muy dolorosa en el suelo. Pero nunca hice contacto.



—¿Cómo diablos lograste sobrevivir tanto tiempo sin matarte? —me preguntó una voz desde arriba mientras que los brazos que rodeaban mi cintura me levantaban sobre mis pies.

Mis ojos, los cuales no recordaba haber cerrado, se abrieron y me encontré mirando la expresión sombría de Adam. Por supuesto que él sería el único al que podría agarrar. Por supuesto que me humillaría delante de él... otra vez. Me agarré a su solapa en mi prisa por permanecer de pie y ahora me aferraba a él como un mono a una banana.

Rápidamente lo solté, haciendo una mueca ante las feas arrugas en la camisa de su uniforme.

—¡Lo siento! —Apresuradamente intenté alisar las arrugas y luché por ignorar la piel cálida y tensa debajo del fino material—. Pagaré por esto... y por el teléfono.

Sus cejas oscuras se juntaron.

—Es solo una camisa. ¿Cómo estás? ¿Te lastimaste?

En mi momento de horror, siquiera me había detenido a considerar mi propio bienestar.

—Oh... —Hice un rápido inventario—. No, creo que estoy bien.

—Vas a matarte uno de estos días —decidió.

—¡Generalmente no soy así!

Una ceja se arqueó escépticamente.

—¿Y hoy es especial porque...?

¡Porque me pones nerviosa!, pensé miserablemente.

—No lo sé —mentí.

Sentí la lenta compresión de su abrazo aplastarme más contra sus brazos mientras su aliento mentolado acariciaba mis mejillas.

—¿Podría ser que te pongo nerviosa, *nena*? —Su mirada recorrió mi ruborizado rostro y se fijó en mis labios. Los muy traidores se abrieron, prácticamente rogando que hiciera algo que me atemorizaba mucho pensar—. No es que me esté quejando. Es halagador tener una chica hermosa loca por mí.



No podía decidir si emocionarme porque me dijo hermosa o sentirme insultada porque creía que estaba loca por él, lo cual supongo era cierto.

Afortunadamente, Nessie entró en ese momento y me salvó de responder.

—¡Volví! —Su sonrisa se desvaneció al vernos—. ¿Qué está sucediendo?

No tenía dudas de lo que estaba pensando mi amiga y no sabía cómo explicar lo sucedido mientras apresuradamente me desenvolvía del increíblemente cálido abrazo de su hermano.

—Solo salvaba a tu amiga de decapitarse a sí misma —dijo Adam con naturalidad—. ¿Cómo la mantienes con vida cuando están juntas?

Ofendida, me agaché para levantar el teléfono roto.

—¡No me iba a decapitar a mí misma!

Adam lo agarró de mis manos.

—Creo que deberías estar adentro de una burbuja.

Era un descarado, considerando que era el culpable de que estuviera en este estado. Ningún otro ejemplar me había hecho perder la cordura como él. Se la pasaba haciendo cortocircuito en mi sistema, logrando que pareciera una idiota cuando no lo era. Sí, me desmoronaba bajo la atención, pero nunca en ese extremo. Él hacía que todo explotara.

—Creo que tendremos que mantenerlos separados —decidió Nessie mientras fruncía el ceño.

Metiendo las manos en sus bolsillos, Adam sonrió.

—No me parece. Me gusta la distracción.



Por algún milagro, me las arreglé para sobrevivir durante la cena solo dejando caer mi tenedor y casi volcando el agua. Nessie llevó adelante la mayor parte de la conversación, para mi alivio, salvándome de parlotear algo vergonzoso. Adam habló poco, solo cuando le preguntaban algo, por lo que mantuvo su



atención en la comida, y en mí. Nunca lo atrapé realmente, pero pude sentir sus ojos en mí más de una vez.

Eran casi las once cuando Nessie me dio permiso de ir a casa. Estaba en el vestíbulo, poniéndome la chaqueta cuando Adam apareció y me dio una mirada que debilitó mis piernas.

—Está lloviendo —anunció.

Abrí la puerta, no porque no le creyera sino porque de repente necesitaba aire. Mucho, mucho aire. El suave murmullo de la lluvia me envolvió mientras inspiraba hondo, agradecida.

—Diablos —murmuré, levantando mi mochila del suelo junto a mis pies. Estaba más ligera dado que le dejé mis libros a Nessie para copiar, lo que sin dudas fue una mala idea ya que estaba segura de que no volvería a verlos. Solo la culpa me motivó a ofrecérselos en primer lugar.

—Deja que te lleve.

Sobre mi hombro, vi a Adam de pie observándome solemnemente.

—No tienes que hacerlo. La parada del autobús está colina abajo.

Su expresión no cambió mientras sacaba su mano izquierda del bolsillo para mostrar un juego de llaves.

—Ya tengo mis llaves.

No tuve posibilidad de discutir mientras pasaba a mi lado y salía, obligándome a seguirlo.

El atractivo Mercedes plateado brillaba en la oscuridad, viéndose poderoso y peligroso cuando las puertas se abrieron hacia arriba como alas.

—No muerde —bromeó Adam cuando me quedé de pie bajo la lluvia mirando el auto con temor.

No me preocupaba la máquina. Me preocupaba estar en un auto, a solas, con Adam Chaves. Un auto con solo dos asientos y muy poco espacio entre ellos. Mordiéndome el labio, me subí en el suave asiento de cuero y observé cómo la puerta se cerraba.



El mundo se apagó automáticamente. La calidez de la calefacción acarició mis mejillas sonrosadas y me dio escalofríos. Adam no dijo nada mientras nos conducía por la noche. Los diez minutos que solía llevarme ir a la parada se acortaron a cinco, pero en lugar de parar, siguió su camino.

—Te pasaste la parada —señalé, apuntando con el pulgar sobre mi hombro.

Me miró de reojo.

—No dije que iba a llevarte a la parada.

Fruncí los labios.

—¿Debería preocuparme?

Sonrió levemente.

—Te estoy llevando a casa.

Sacudí la cabeza.

—¡No tienes que hacerlo!

Simplemente se encogió de hombros.

—Está lindo para dar un paseo.

Intenté contener mi culpa, pero me pesaba en el estómago.

—Gracias.

Asintió, golpeteando con sus largos dedos el volante.

—Van dijo que tu cumpleaños es la semana próxima. —Asentí, manteniendo los ojos en mi regazo—. ¿Puedo preguntar tu edad o vas a arrojarme un secador de cabello?

Bufé, alzando una ceja.

—¿Parezco tener un secador de cabello conmigo?

Sus hermosos ojos bajaron a la mochila acomodada entre mis pies.

—¿Significa que no tienes toda tu casa ahí dentro? Porque eso parecía.

Lo miré seria.



—Muy gracioso. Nunca oí esa antes. Solo me gusta estar preparada.

Se pasó la lengua por los labios.

—¿Para el Armagedón? —bromeó.

No pude evitarlo, me reí.

—Nunca sabes cuándo necesitarás algo.

Asintió lentamente, considerando mis palabras.

—¿Y cuándo piensas que vas a necesitar unos alicates de bolsillo?

Me encogí de hombros.

—Esos bancos que al parecer robé no me abrieron sus puertas por voluntad propia.

Adam rio, llenando el ambiente.

—Me agradas, Kia. Eres graciosa.

Lo miré, intentando contener mi sonrisa.

—No bromeaba. Planeo hacer una fortuna robando bancos.

Me sorprendió con qué facilidad él tranquilizaba mis nervios después de lo de la cocina. Quizás fuera el aire fresco, pero no dije nada raro ni tartamudeé. Incluso estaba sentada quieta sin moverme mucho. Un milagro.

El camino siguió tranquilamente con una ida y vuelta de chistes hasta que llegó a mi casa y frenó. Me estaba divirtiendo tanto hablando con él que no noté que llegamos y tuve que ocultar mi decepción.

—Gracias por traerme —murmuré mientras juntaba mis cosas, con toda mi incomodidad de regreso.

—Te veré de nuevo. —Sonaba tanto como una promesa que no pude evitar mirarlo sorprendida—. Vas a volver por mi casa, ¿verdad?

Asentí lentamente.

—Eso creo...



—Me aseguraré de dejarla a prueba de Kia —bromeó con una gran sonrisa y ojos brillantes.

Con el ceño fruncido, busqué la manija con una mano.

—Debes saber que yo... —Me detuve en mitad de la frase después de seguir sin encontrarla—. ¿Acaso tu puerta no tiene perilla? —pregunté, tanteando.

Sonriendo, se estiró y sujetó la barra que yo pasé por alto. Pero en lugar de abrir la puerta, giró la cabeza y me paralizó con sus ojos azules.

Sentí mi respiración detenerse y mi cuerpo tensarse cuando mi nariz rozó la suya. Presionada contra el asiento, vi con fascinación mientras su mirada bajaba a mis labios. Su aliento cálido bañó mis mejillas mientras seguía mirándome la boca.

Estaba atrapada entre él, el asiento y la puerta, pero los dos últimos objetos no me preocupaban tanto como la posibilidad de que Adam me besara. No estaba segura de que sabría qué hacer si lo hacía, o si no lo hacía. Era algo fascinante. Quería inclinarme, cerrar el espacio entre los dos. También quería retroceder y desaparecer. La guerra no terminaba ahí. Mi mente era un nudo de indecisión y conflictos. La parte más fuerte estaba aterrada, gritando que no quería, que absolutamente no quería que Adam me besara, mientras que una más débil debatía la posibilidad, la tentación de que lo hiciera.

—Puedo ver los engranajes a toda velocidad ahí dentro —murmuró—. ¿Qué estás pensando, Kia Valentines?

Tragué saliva.

—Mis libros —solté estúpidamente—. Nessie nunca me los va a devolver.

Adam rio.

—¿Así que por eso te ves tan dividida?

Me lamí los labios.

—¿Qué... qué más podría ser? —Oh sí. Yo realmente era una experta.

Su sonrisa era devastadora mientras bajaba la mirada, liberándome del agarre de sus ojos.

—No creo que me creerías si te lo dijera.



No sabía que responder, por lo que no dije nada.

—¿Así que tu novio va a llevarte a algún lado por tu cumpleaños? —preguntó de la nada, aún sin ceder un ápice.

Sacudí la cabeza, con la lengua pegada a mi paladar.

Sus ojos azules se volvieron a fijar en mi boca.

—Debe ser un idiota.

—Yo no... —Me aclaré la garganta—. No tengo novio.

Algo se movió en su sonrisa. No podía estar segura en la oscuridad, pero parecía satisfacción, como si le agradara la falta de un novio en mi vida.

—Supongo que eso me ahorra el problema de buscar dónde enterrar un cadáver.

No me dio oportunidad de preguntar, porque abrió la puerta y retrocedió. Confundida, aunque ansiosa por dejarlo antes de hacer algo más vergonzoso, salté como si el asiento quemara, pero me detuve antes de cerrar la puerta.

—Cumpliré diecisiete —murmuré, contestando su anterior pregunta—. Por si aún querías saber.

Sonrió lentamente, pero no dijo nada mientras yo me apresuraba a entrar, agradecida por no tropezar en el camino.

En la seguridad del vestíbulo, me apoyé contra la puerta y cerré los ojos. Me llevé una temblorosa mano a mi corazón e intenté calmarlo antes de que me diera un infarto.

¿Qué. Fue. Eso?



3

Las reglas intactas

Traducido por flochi, MaEx e Isa 229

Corregido por Lexie'

Me sentía estúpida. Deja a un lado el estúpido vestido de tirantes, la sofocante máscara, el maquillaje y los apretados zapatos y en cambio enfócate en mi madre corriendo a mi alrededor, sacando suficientes fotos como para empapelar las paredes de la casa. Uno pensaría que nunca me ha visto usando un vestido antes.

—¡Mamá, suficiente! —chillé, bajando las escaleras a pisotones, esperando romper los tacones de esos estúpidos zapatos para así no tener que ir.

—¡Oh, vamos, cariño! Nunca antes te he visto vestida así. —Revoloteó de arriba a abajo frente a mí, cegándome con una rápida sucesión de fotos—. ¡Jo-Jo hizo un trabajo increíble!

Estaba usando un vestido negro que fue sacado directamente de la época victoriana gótica, con una falda acampanada, un corsé apretado con delicadas mangas desde los hombros. Encaje negro caía en cascada en la parte delantera, mientras que el resto brillaba con metros de seda negra. Alguien, supongo que Joanne, había cosido un lazo rojo debajo del corpiño, atrayendo los ojos a esa zona en general. Entre nosotras dos, sus pechos eran más grandes y le gustaba llamar la atención. Era lindo, para un disfraz de Halloween. No sabría dónde más usarlo, pero si era mordida por un vampiro en algún momento durante la noche, me despertaría viéndome completamente fabulosa y ya en personaje.

Además, Joanne le había dado vida a mi cabello al ponerle una peluca. Era pesada y picaba, y con la cantidad de pasadores que la mantenían en su lugar, no habría logrado pasar por la seguridad de un aeropuerto. La cosa era



realmente linda, muy gótica con mechones de un brillante rojo pasando a través del reluciente negro. Tenía flequillo con puntas rojas y una gruesa cinta carmín en la cima. El motivo rojo y negro llegaba hasta la máscara. Era de un diseño elegante con los extremos curvados hacia arriba alrededor de mis ojos. Cubría mi frente, nariz y mejillas, pero incluso con todo lo que cubría, Joanne me había pintado el rostro en una manera que intensificaba mis ojos, resaltando el marrón debajo de mis lentes de contacto. Mis labios tenían un tono rojo sangre y cada centímetro de mi piel que se veía estaba cubierto con polvo blanco. No estaba segura exactamente de qué estaba disfrazada, pero me veía sexy.

A pesar de eso, no quería ir. No estaba ansiosa por codearme con Claudia y su pandilla de supermodelos enojadas. No quería conocer a sus amigos. No quería saber lo que *sucedía* en su fiesta. Quería quedarme en casa y repartir caramelos. Quería quedarme y ver la maratón de *Alfred Hitchcock* en la tele. Pero ahora no había vuelta atrás.

Joanne me llevó. Me dio su teléfono celular y me dijo que llamara en el minuto en que estuviera lista para ir a casa.

—¿Así que como en dos minutos?

Se echó a reír. Me encantaba que pensara que bromeaba.

—¡Diviértete! ¿Y Kia? —Esperó hasta que la miré antes de continuar—: No hagas nada que lamente en la mañana.

Entonces... ¿no voy? Porque sabía que iba a lamentar eso en la mañana. Pero lo prometí y salí del auto.

La casa de Claudia DeLorenzo era algo sacado de un cuento de hadas. Lo digo literalmente. Había luces navideñas por todas partes, linternas flotaban en los árboles y diferentes colores de luces brillaban en las columnas de agua que subían y bajaban en una gigante fuente de piedra. El camino empedrado estaba cubierto con pétalos de rosa y delineado con cables cortos que se enroscaban, serpenteaban y daban vueltas por todo el camino hasta las puertas principales. El suave tamboreo de la música fluía en la noche cuando levanté la mano y llamé suavemente.

Un hombre usando un esmoquin respondió. Incluyó su cabeza calva y con un acento muy británico, dijo:

—Buenas noches.



—Ey... ¡hola! —dije estúpidamente—. Estoy aquí por...

—¿Tiene su invitación?

Parpadeé.

—¿Mi qué?

—Su invitación —repitió en el mismo tono de voz.

—¿Se refiere a la tarjeta? Sí, tengo una, pero la dejé en casa.

—Entonces lo siento. Sin invitación no hay asistencia.

¡Genial!

—Oh bueno, qué mal. ¡Nos vemos! —Giré sobre mis talones con mis dedos ya pasando velozmente sobre el teléfono de Joanne cuando estrellé mi cara contra un muro de colonia especiada y calor masculino. Dolor estalló en mi cavidad nasal, pinchando mis ojos con lágrimas—. ¡Auch!

Manos firmes y suaves se apoyaron suavemente en mis hombros, estabilizándome.

—Lo siento. ¿Te encuentras bien?

¡Esa voz!

Mi cabeza se alzó de golpe, mi corazón se atoró en mi garganta.

—¿Adam? —solté abruptamente.

Irónico que antes haya estado pensando en vampiros, porque de forma completamente inesperada, eso era exactamente de lo que estaba vestido Adam. Con capa y todo. Usaba un traje oscuro debajo, una corbata roja y tenía el cabello peinado hacia atrás, dejando su maravilloso rostro expuesto, por lo que no me perdí la confusión arrugando su frente.

—¿Te conozco?

Agaché rápidamente la cabeza.

—Uh... *yo no hablo inglés. ¡Adiós!*² —Rápidamente intenté pasar junto a él

² **Yo no hablo inglés. ¡Adiós!**: Lo dice en español original.



cuando...

—¡Adam! Pudiste venir.

¿Cómo demonios Claudia DeLorenzo conocía a Adam? ¿Cómo sus círculos se tocaban? Oh, espera. Dos personas divinas en el mismo vecindario debían ser como dos imanes. Del tipo que gravitan uno hacia el otro.

—¿Quién es tu amiga? Conoces las reglas. Sin citas.

Mal momento para quedarme inmóvil.

—Uh... acabamos de chocarnos —dijo Adam—. No estoy seguro de quién es.

—¿Bueno? ¿Quién eres?

Me di la vuelta muy lentamente hasta que estuve enfrentando al trío de ojos observándome: Adam, Claudia y el portero.

—¡Oh! —El rostro de Claudia se animó con interés—. Viniste. Encantador. Pasa. ¡Entra!

Toqué mi máscara. ¿Cómo demonios supo que era yo? Quizá Nessie tenía razón. Quizá Claudia sí sabía todo. No sabía si me gustaba ese hecho. Pero la reina en cuestión estaba cubierta de un glorioso vestido dorado brillante que complementaba su tez bronceada y resaltaba las chispas de dorado en sus ojos. Su melena estaba enrollada en un elegante nudo en la parte posterior de su cabeza con rulos que caían sueltos alrededor de sus hombros desnudos. Me recordó a Bella de *La Bella y la Bestia*, menos, ya saben, el asunto de ser *agradable*.

—Señorita —siseó el portero en un murmullo bajo—. No tiene invitación.

Tomó toda mi fuerza de voluntad no besar al tipo.

—Sí, mi culpa. Sin rencores. ¡Adiós!

—No tan rápido. —¡Maldición! Necesitaba trabajar en esa salida rápida—. Puedes venir.

No había marcha atrás. A regañadientes, deslicé mi teléfono en el corpiño de mi vestido (otra prueba de que había pertenecido a Joanne... había mucho espacio para usar como bolsillo), y crucé el umbral a la tierra sin retorno.



Con respecto a las expectativas, no tenía ninguna. Nunca antes había estado en una fiesta, así que me basaba en lo visto en la tele, pero lo que me esperaba del otro lado de las puertas no era lo que había previsto.

El suave rasgueo de arpas flotaba en el aire, a un nivel perfecto para solo complementar el suave murmullo de la conversación. Había unas treinta personas moviéndose a través del lugar, principalmente hombres. Había un extraño fluir de tela brillante que indicaba la presencia de una chica, pero se ocultaba entre un mar de esmóquines. Todo el mundo se encontraba conversando y parado por ahí, bebiendo lo que juraría era champagne. No era lo que esperaba de una fiesta de adolescentes. Estaba decepcionada. Había deseado ver a Claudia bebiendo cerveza de un barril.

—Mézclate, pero no te quites la máscara —me dijo Claudia sin alzar la voz, porque no había necesidad de hacerlo. Podía escucharla perfectamente en el prácticamente silencio—. La barra se encuentra allí. —Señaló con la barbilla hacia el fondo de la sala—. Si vas a beber, deja tus llaves en el cuenco.

No tenía idea de lo que estaba hablando, pero hice lo que sugirió... me mezclé. Bueno, no exactamente. Más bien me perdí entre la multitud, bordeando la sala a lo largo de la pared hacia el fondo, donde esperaba fundirme en las sombras hasta el fin de la noche.

La casa era algo sacado de una foto del Palacio de Buckingham. Todos los tonos eran dorados y carmesí, los cuales se veían increíbles con las gotas de cristal bailoteando desde los candelabros de techo. Cada luz en el lugar estaba encendida, lanzando una tonalidad surreal en el salón. Noté que era la única chica vistiendo de negro. Todos las demás usaban deslumbrantes rojos y brillantes azules o magníficos verdes. Algunas usaban elaborados tocados que también funcionaban como máscaras. Algunas usaban máscaras con la forma de la mía. Otras tenían plumas o pedrería. También noté unas cabezas voltearse en mi dirección. De verdad intenté no notar cuando los susurros comenzaron.

Encontré la mesa de las bebidas. En realidad, era una franja de caoba como mesa, cargada de cuencos de cristal con ponche y bandejas de plata con pastelitos. Ninguna mesa plegable para Claudia. Estaba casi segura de que incluso la tela era seda real. En el otro extremo, un cuenco de cristal se asentaba con pequeños juegos de llaves en su interior. Un camarero estaba parado atrás de ellas, sosteniendo unas pequeñas etiquetas en una cadena y un bolígrafo. Cada vez que alguien le daba sus llaves, él escribía su nombre, giraba el cordón



alrededor de estas y las dejaba caer en el cuenco.

Ingenioso.

—¿Hola?

Pegué un salto y me giré sobre mis tacones puntiagudos, algo que uno nunca debería hacerse cuando no se es coordinado. La gravedad me traicionó. Clavó sus garras en mí y me propulsó hacia atrás en lo que estaba segura iba a ser un doloroso choque. Pero no sucedió. Algo no estaba bien. Abrí los ojos y parpadeé para ver el rostro de Adam. Dos veces en cuestión de una semana, me encontré atrapada entre sus brazos. Estuve rodeada por el aroma de especias exóticas y cuero y ahogada en su calor. ¿Destino, dirían? Claramente han estado leyendo la historia equivocada.

—¿Te encuentras bien?

Me aparté rápidamente.

—Me sorprendiste.

Me ofreció una pequeña sonrisa.

—Lo siento. No intentaba acecharte. Solo... pareces tan familiar.

¡Oh, mira, el suelo! Miré atentamente hacia abajo.

Podía decir que sí. Podía quitarme la máscara y mostrarle. Podía tenerlo mirándome como la amiga de su hermana y la chica que vende tacos. Podía avergonzarme al probarle que yo era la chica más sencilla y fuera de lugar de la fiesta. O podía dejarlo adivinar. Podía, por esa sola noche, ser alguien más, alguien hermosa, divertida y misteriosa. Podía interpretar el papel y luego, en la mañana, regresar al mundo del otro lado de las puertas, deslizarme en mis mullidos suéteres y ser la simple y vieja Kia Valentines sin que nadie saliera lastimado.

—Tal vez —me escuché decir, sonriendo como si tuviera un sucio secreto. Sentí un cosquilleo de emoción atravesarme. Tal vez podría hacer esto.

Sus labios se curvaron en una brillante sonrisa.

—Vas a hacerme adivinar.

Me mordí el labio inferior.



—Tal vez —dije nuevamente, girando sobre mis talones en una manera que debería haberme hecho ganar un *Emmy* y me alejé como si me dedicara a coquetear constantemente.

Estaba lista para chocar los cinco conmigo misma.

—¡Ey! —Su mano se cerró alrededor de la mía, cálida y agradable, y casi me quedé sin aliento cuando me hizo dar la vuelta bajo su brazo y me acercó a su pecho en un movimiento suave—. Debería tener permitida una pista.

El tipo estaba pidiendo milagros. Ni siquiera sabía mi propio nombre en ese momento mientras me encontraba acunada en sus brazos, mi cabeza dando vueltas por el giro, su abrazo y la vertiginosa emoción.

—Dime tu nombre —dijo cuando me llevó mucho responder.

—¿Qué tal un juego? —Empecé a darme la vuelta para ver quién se había entrometido entre nosotros usando mi voz para hablar, pero me cautivó la belleza de su cara. Ningún mortal debería poseer tal gloriosa estructura ósea, profundos ojos, labios cincelados y... Dios, olía tan bien.

La cara de Adam se animó.

—¿Qué clase de juego?

Esperé a que el balde de vergüenza hirviente cayera sobre mí. Esperé a que mi lengua se tropezara sobre sí misma en su prisa por buscar un razonamiento a mi locura temporal. Esperé, y cuando abrí la boca las palabras ya se encontraban posadas en mi lengua, listas para salir flotando en un solo suspiro.

—Tienes permitido tres preguntas, pero tienes que ganártelas.

Con una diabólica, poderosa y cuidadosa sonrisa me deslicé con agilidad de su abrazo y entre la multitud. No miré hacia atrás, pero sabía que me había seguido. Podía sentir sus ojos acariciar la curva de mi columna vertebral, la anchura de mis hombros, la longitud de mis brazos. Podía sentir su toque en las brillantes hebras del pelo artificial. No me gustaban los juegos, pero este era uno que yo quería jugar, aunque sea por una noche.

Él me alcanzó en lo que supuse era la pista de baile. Había otros allí, moviéndose al compás de la tosca música. Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca y fui atraída hacia sus brazos, tan cerca que mi nariz rozó su hombro mientras se



inclinaba para susurrar en mi oído.

—Creo que deberías permitirme una gratis.

Mis labios se curvaron.

—¿Y eso por qué?

—Porque me lo debes.

Eché mi cabeza hacia atrás, un error. Al instante estuve cayendo, sin chaleco salvavidas, en las infinitas piscinas de sus ojos.

—¿Por?

—Por no dejarte caer —respondió, examinando mis ojos tan a fondo que por un momento estuve paralizada por el pánico de que pudiera ver la verdad detrás de la máscara.

—Pero tú eres la causa detrás de que casi me cayera en primer lugar —le recordé.

—Muy bien, por chocar conmigo en la puerta.

—Me disculpé. —¿No lo había hecho?

—No, señora.

Sentí sus dedos deslizarse por mi espalda. Fue una tarea difícil no reaccionar con otra cosa que el aleteo de mis pestañas y el taimado parpadeo de mi lengua sobre mis labios, que no podía controlar.

—Bien. Una pregunta de regalo.

Se quedó en silencio durante un largo momento, posiblemente meditando sobre su pregunta. Contuve la respiración, segura de que me preguntaría algo que no podría responder, como mi nombre o dónde nos habíamos conocido. Se me ocurrió que podría mentir y él nunca lo sabría, pero sabía que no lo conseguiría y eso me aterrorizaba.

—¿Vas a la Academia Vina?

El alivio se apoderó de mí. Sentí mis hombros caer con ello.

—No.



—Bueno, ¿dónde...?

Sus labios eran cálidos, firmes y suaves debajo de los tres dedos que presioné contra ellos. Dios, en realidad se sentía tan firmes y suaves como parecían.

—Conseguiste tu pregunta gratis.

Esperaba molestia o frustración, así que me sorprendió cuando se echó a reír.

—Entonces, ¿cómo hago para ganar más?

Abrí la boca para decirle cuando la música se detuvo y una voz familiar sonó en la habitación.

—¡Atención! —Claudia sonrió desde el improvisado escenario en la parte delantera—. Los juegos están a punto de comenzar. Todo el mundo, por favor, síganme a la habitación de al lado.

Era increíble cómo todo el mundo se movió fluidamente, como una especie de coreografía. Todos dejaron lo que estaban haciendo y corrieron como una ola tras la atractiva Claudia, una pared de emocionada charla viajaba detrás de ellos.

—En serio es impresionante —dije.

Adam se rio entre dientes, recordándome que seguía de pie en el círculo de sus brazos, apretada demasiado cerca de su cuerpo duro como una roca. Ignoré mis intentos de desengancharme.

—Parece como si ella pudiera partir el agua.

Mis dedos se deslizaron sobre la pendiente de su hombro y a lo largo de su bíceps hacia su antebrazo. El audaz estado de ánimo era estimulante, excitante. Olvida el juego de Claudia, yo quería quedarme allí y toquetear a Adam.

—¿Cuál es el juego? —pregunté en vez de eso, intentando determinar si merecía la pena desprenderme de donde yo quería estar.

Mirándome fijamente, Adam se encogió de hombros.

—Ni idea. Esta también es mi primera vez.

Me mordí el labio inferior.



—Entonces deberíamos seguirlos. —La habitación estaba casi vacía, convirtiéndonos en las únicas dos personas atrás.

Adam se encogió de hombros.

—No lo sé. Me gusta donde estoy ahora.

Sentí que mis mejillas dolían bajo la presión de mi amplia sonrisa.

—Puedes encontrarme después.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Y mantenerte?

Extendí la mano y tiré ligeramente de su corbata.

—Si eres bueno. —Con una sonrisa, di un paso atrás—. ¿Vienes?

Él hizo un gruñido profundo en la parte de atrás de su garganta, pero caminó junto a mí. Manteniendo una mano en la parte baja de mi espalda, me guió detrás de los demás. Caminamos a través del vestíbulo a la sala adyacente. Era otra sala de estar y me pregunté cuántas necesita una persona en su casa. Los muebles habían sido empujados desde el centro de la habitación, dejando espacio suficiente para que todo el mundo entrara. Claudia se puso de pie en la parte frontal, con las manos apretadas delicadamente frente a ella mientras sonreía maliciosamente a todos.

—¿Todo el mundo puede verme? —Ante las inclinaciones de cabeza y bajos murmullos, Claudia sonrió. Dio una palmada una vez antes de reanudar—. Excelente. Ahora, la mayoría de ustedes están volviendo como invitados, pero algunos son nuevos, así que voy a explicarles el juego. —Se hizo a un lado para revelar una silla. Era una silla normal. Bueno, normal para alguien como Claudia. Nunca encontrarías una como esa en mi casa. Era caoba brillante con un almohadón de seda rojo brillante. No podía estar segura, pero parecía cara. Al lado de la silla había un pequeño podio de madera con un gran vaso de cristal y un hombre muy rígido—. Chicos, espero que todos se hayan acordado de usar corbata esta noche, porque necesito que se la quiten ahora y se la den a Joffrey. Él fijará sus nombres en ellas y las pondrá en el cuenco.

A mi lado, Adam levantó las cejas, pero sus manos tiraron del nudo de la corbata hacia abajo. La deslizó por su cabeza, mientras me miraba todo el tiempo de



una manera que hizo que todo el calor se subiera a mi cara y que mis dedos de los pies hormiguaran. Otros alrededor de nosotros hicieron lo mismo. Pero ellos no eran tan seductores en desnudarse como Adam. Incluso si no era nada más que la corbata.

—Por favor, formen una línea en este lado. —Claudia hizo un gesto hacia la izquierda.

Adam me lanzó una mirada antes de seguir a los demás.

—Uno a la vez vengan hacia adelante y coloquen la corbata en el cuenco. Luego, por favor, salgan de la habitación.

En el momento que cada persona hizo lo que se les dijo, la multitud se había vuelto considerablemente más pequeña. Su Alteza permanecía en el lugar, mirando ahora a las chicas. No estaba segura sobre todas las demás, pero me sentí estúpida ahí. Una gran parte de mí quería cruzar los brazos e inclinarme contra una pared con postura desgarbada.

—Damas, las llamaré una por una. Se sentarán en la silla. —Ella tocó la parte posterior de la silla en cuestión porque claramente éramos demasiado estúpidas para darnos cuenta de a cuál se refería—. Y se les vendará los ojos. Sacarán una corbata del tazón. A quien le pertenezca la corbata que saque será su cita para la noche. ¡Reglas! No puedes cambiar tu corbata con nadie más. No podrás revelar tu identidad al chico. No puedes besarlo. No puedes irte. No puedes robar la cita de otra persona. Si te atrapan diciéndole quien eres, serás echada y no se te permitirá regresar. Esto se trata de ser misteriosos y de divertirse.

—¿Qué pasa si ellos adivinan quiénes somos? —preguntó una chica con un Kimono. Había dos espadas fijas en su espalda. Parecían reales.

—Si juegas bien tus cartas, nunca lo harán —dijo Claudia simplemente—. Si lo hacen, finjan que están equivocados. Manténgalos adivinando. Los ganadores recibirán una sorpresa al final de la noche.

—¿Cuál es la sorpresa? —preguntó alguien.

Claudia arqueó una ceja.

—No sería una sorpresa si lo dijera. —Ella miró al resto del grupo—. Damas, ¿están listas?



Nop. No me gustaba para nada la idea de este juego. Ni un poco. Yo odiaba los juegos de azar, porque significaba que había la posibilidad de que no estaría con Adam. Sí, las probabilidades no eran buenas para mí.

—Vamos a divertirnos.

Fui la última. No porque estuviera nerviosa o tuviera miedo, sino porque no estaba dispuesta a meter la mano en el jarrón y sacar una corbata que no perteneciera a Adam. Había más de treinta enrolladas en el fondo transparente, un colorido nudo de serpientes, pero solo uno era de él. No contaba con mi suerte para asegurarme de que eligiera la indicada. Las probabilidades eran que elegiría a alguien con quien sería totalmente miserable, alguien torpe y raro o alguien arrogante y molesto. Eso sería la cereza en mi postre.

Cuando finalmente llegó mi turno, me senté en la silla. Joffrey deslizó la tira negra de seda sobre mis ojos y suavemente lo anudó en la parte posterior de mi cabeza. Él agarró mi muñeca en su enguantada mano y la llevó hacia adelante. Mis dedos tocaron el vidrio liso y se deslizó hacia el interior a través de la abertura. Alcancé el interior hasta que sentí la tela. Saqué la primera que toqué. Me quitó la venda. Enfoqué mis ojos en el color carmesí contrastando contra el material de mi vestido. Mi lengua se deslizó sobre mis labios mientras le daba la vuelta a la corbata en busca de la etiqueta.

Mi corazón se detuvo por un segundo antes de reanudar a una velocidad que debería haber sido alarmante. Mi estómago se agitó y mi pecho se estrechó con una inmensa necesidad de reírse. Finalmente entendí por qué las chicas chillaban como cerdos siendo sacrificados. Finalmente tenía sentido. Yo quería bailar y gritar por mi entusiasmo.

Pero mi frenesí no duró.

Una pálida mano me arrebató la corbata antes de que pudiera disfrutar plenamente de mi nueva suerte. Salté sobre mis pies.

—¡Oye!

Claudia pestañó ante mí por detrás de su bonita máscara de oro.

—Lo siento, pero esta corbata ya fue pedida.

Mi mandíbula se abrió.



—Qué... ¡no! La saqué del cuenco.

Claudia se encogió de hombros con delicadeza.

—Lo siento. —Pero ella no parecía remotamente arrepentida. Estaba satisfecha.

Negándome a ser emboscada, no cuando Adam era el único con quien deseaba estar en un evento en el que yo no quería estar presente, me estiré y le arrebaté la corbata.

—Eso no es justo. De hecho, estoy segura de que hay un término para eso: ¡mentira! Saqué esta corbata y no voy a dejarla.

Los ojos de Claudia se entrecerraron, sus oscuras profundidades crepitando con un infierno que podía desollar la piel de un toro.

—Cometes un error grande, Kia. No me quieres como tu enemiga.

Mis ojos se entrecerraron.

—Si nos convertimos en enemigas por una corbata, entonces realmente no quiero ser tu amiga.

Alzó la barbilla.

—Bien. Como quieras.

Aferré la corbata hacia mi palpitante pecho y le fruncí el ceño a la Bella, retándola a tratar de quitármela otra vez. No estaba por debajo de mí romperle su bonita nariz.

Cuando nadie se movió, levanté mi falda y entré en la habitación contigua.

Sus malditos nervios, pensé, la furia flotando a través de mí. No podía creer que simplemente cambiara sus propias reglas sin pensar en nadie. La corbata era mía. Adam era mío. Bueno, quizás no lo era. Pero por esa noche sí, y no dejaría que nadie interfiera con eso.

En el umbral, escondí la corbata atrás de mi espalda.

La mayoría de los chicos se habían ido, habiendo sido ya elegidos por sus citas. Había unos diez y me estaban mirando. La esperanza en sus rostros me traspasó con culpa. No estaba segura en qué había estado pensando Claudia al invitar a tantos chicos sin tener suficientes chicas para ellos. ¿Qué se suponía que iban



hacer ahora sin una cita? No parecía justo.

—Um, hola —dije en voz baja, mirando por encima de sus rostros en busca de uno.

Él estaba parado al fondo, las manos casualmente dentro de los bolsillos de su blazer. Pero sus hombros estaban tensos, su mandíbula endurecida aunque su expresión era natural. Sus ojos estaban sobre mí, deseando que yo avanzara, deseando que yo lo eligiera.

Mantuve su mirada mientras deslizaba la corbata alrededor de mi cuello, dejándola caer como una barra brillante sobre mí. Algo oscuro estalló detrás de sus ojos y sonrió. Mis tacones hicieron un suave y constante golpeteo mientras me acercaba lentamente a él. Su pecho se levantó y bajó rápidamente.

—¿Decepcionado? —Solo bromeé a medias, jugando con la punta de su corbata que descansaba ligeramente a lo largo de mi abdomen.

Su respuesta llegó en un solo aliento estrangulado:

—Dios, no.



4

Preguntas y errores

Traducido por Selene

Corregido por Nony_mo

—**D**ime tu nombre.
Con mi espalda contra la pared, sonreí mientras retorcí la corbata alrededor de mis dedos.

—No puedo. Es contra las reglas. Se supone que tienes que adivinar.

Se acercó tanto a mí que su pecho rozó mi brazo.

—¿Siempre juegas siguiendo las reglas?

Me eché a reír.

—Sí. —Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos—. Por lo general, pero si te lo digo me echaran de la casa del árbol y no creo que esté lista para irme.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos con avidez.

—Hmm, no, no podemos permitir eso. —Sus dedos se deslizaron sobre los míos, desenredándolos de la corbata para que él pudiera entrelazarlos entre los suyos—. Pero no soy lo suficientemente paciente para las adivinanzas.

—Apuesto a que eres una de esas personas que lee el último capítulo de un libro primero.

—¡Lo soy, en realidad! —me dijo sonriendo—. No me gusta el suspenso.

Miré hacia abajo.

—¿Y si la fantasía es mejor que la realidad?



—Realmente lo dudo.

No pude decir nada.

—Oye. —Él se apartó de la pared y se movió para pararse frente a mí—. ¿Por qué estamos parados en esta esquina?

Miré más allá de él al baile y la alegría de las personas que nos rodeaban. Había gente sentada, parada, otros se movían por todo el lujoso espacio. Solo bastaría que uno de ellos me reconociera y el juego habría terminado.

—Me gusta estar aquí —le mentí—. Es tranquilo.

—Así que —Agarró mi mano y me llevó lejos de la pared en que me sostenía—, te gusta el silencio, te gustan las reglas. ¿Qué otra cosa?

No podía dejar de reírme mientras me llevaba a la pista y me daba vueltas entre sus brazos.

—No sé bailar.

—Nada de baile —confirmó cuando le pisé un pie, pero seguía moviéndose a mí alrededor lentamente—. ¿Algo más?

—Esto casi parece un interrogatorio. ¿Qué tal si nos turnamos? Tú haces una pregunta y después yo hago otra.

Él asintió con la cabeza lentamente.

—Me parece justo. Bueno. Pregúntame algo.

—¿Color favorito?

—Verde bosque.

Detrás de la máscara, mis cejas se levantaron.

—Eso es muy específico.

Sus hombros se movían bajo mis manos con un encogimiento.

—Los otros verdes son muy falsos y llenos de drama.

—Y el verde bosque no lo es.

Él negó con la cabeza.



—Es un color muy serio.

—¿Eres una persona seria?

—¡Ah! —Él me apunto con un dedo—. Ya tuviste tu turno para hacer una pregunta. Ahora es el mío. ¿Día de la semana favorito?

—Lunes.

La expresión de sorpresa en su rostro era cómica.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Los lunes reciben muchas críticas, pero honestamente, si los martes fueran los primeros, odiaríamos los martes. Por lo tanto, no creo que nadie realmente odie los lunes, solo lo que significan: que la semana comienza.

La punta de su lengua asomó y se movió por encima de su labio inferior.

—Esa es una teoría interesante.

—Novia. ¿Tienes una? —añadí cuando se me quedó mirando.

—No. —Él se rio ligeramente—. Nunca pensé que iba a ser tan feliz de estar soltero.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—¡Mi turno! —Sonrió mirando mis labios.

—Eso no debería contar como otra pregunta ya que se refiere a la anterior.

Su ceja se arqueó de una manera muy sexy que nunca podría igualar.

—No cuando lleva a respuestas separadas. Preguntar si tengo novia es la primera pregunta. Preguntarme por qué estoy feliz de estar soltero es otra. Ves, son dos preguntas.

—Pero la segunda pregunta es un resultado directo de tu respuesta.

Él se echó a reír.



—Serías una fantástica abogada, pero aun así es mi turno. —Él se puso serio—.
¿Novio?

Me eché a reír a punto de recordarle que ya me había preguntado eso en su auto la noche que me llevó a casa, pero me sorprendí a mí misma en el último segundo, apretando mis labios.

Algo parecido a la decepción brilló detrás de sus ojos.

—Tienes uno.

Sacudí mi cabeza rápidamente con mis ojos muy abiertos.

—¡No! No tengo.

Buscó algo en mi cara, aunque era poco lo que podía ver.

—¿Eso significa que te puedo ver de nuevo, sin la máscara?

Me tensé. Mi cerebro se enredó con varias ideas tratando de encontrar una excusa viable para que lo de esta noche fuera cosa de una sola vez. En su lugar, le espeté:

—¡Mira quien está rompiendo las reglas de solo una pregunta!

Su sonrisa era devastadoramente hermosa.

—Está bien.

Fue un pequeño alivio que no me presionara. Me humedecí los labios para otra pregunta trivial, algo divertido y que no fuera serio. Era algo que si me tocaba responder, no tendría que mentir.

—¿Has ido alguna vez al carnaval del muelle?

—No, no he estado allí —respondió Adam.

Suspiré.

—Me encanta el carnaval. Es mi evento favorito de todo el año.

Él tarareó silenciosamente.

—Voy a tener que verlo por mí mismo.



Apenas había hablado cuando todas las luces se apagaron, lanzando a la habitación en la absoluta oscuridad. Voces interrogantes invadieron la sala. Telas crujendo. Volví la cabeza hacia Adam, con mis palabras en la lengua. Pero nunca llegaron a salir. Las luces se encendieron, no tan brillantes como antes. El resplandor era sutil, suficiente para pintar un trazo dorado sobre el hermoso rostro de Adam. Manchas de luz brillaban en la superficie pálida de sus ojos, recordándome a un lago en la noche cuando ondulaba bajo la luz de la luna. Ellos me miraron directamente, buscando algo que yo rezaba no pudiera encontrar. Todo lo que necesitaba era una pequeña pista para darse cuenta y la noche se rompería como vidrio coloreado. Tragué saliva.

—Creo que necesito un trago —balbuceé, necesitando una excusa para desenredarme de la telaraña profunda y pegajosa que él estaba tejiendo a mi alrededor. Si me quedaba más tiempo, sabía que nunca sería capaz de terminar esta fantasía.

Hice el camino hasta la mesa de las bebidas antes de que él me alcanzara.

—¿Algo está mal?

¡Sí! Yo.

Forcé una sonrisa cuando le eché un vistazo.

—No, es que...

Un solo dedo suyo rozó mi brazo, quitándome el aire restante de mis pulmones apretados. Casi gemí.

—Oye.

¡Cálmate, Valentines! Me regañé. ¡Tienes una noche con él y no la vas a desperdiciar pensando demasiado! Mi conciencia estaba en lo cierto. Solo tenía una noche con Adam y tenía que dejar de analizar cada pequeña cosa.

—Entonces, ¿cómo es que no tienes novia? —demandé, manteniendo la sonrisa más grande que pude en mi cara—. Eres divertido, dulce y razonablemente guapo.

Adam se rio.

—¿Razonablemente? —Le di un encogimiento de hombros tímido y él negó con la cabeza, sin dejar de reír—. Gracias, creo. Y no tengo novia porque... —Se



encogió de hombros—. Nadie me ha llamado la atención realmente. Quiero decir, hay una chica... —Se calló mientras mi corazón se hundía—. Pero nunca va a suceder.

—¿Por qué?

Él se pasó una mano por la mandíbula.

—Es complicado. Y solo la he visto un par de veces, y ambas veces fueron... Ni siquiera puedo explicarlo.

De pronto me costó respirar. No sé por qué no había considerado la posibilidad de que le podría gustar alguien más. Por supuesto que no era la amiga nerd de su hermana, que se tropezaba con él cada vez que podía. ¿Cómo podría considerar eso sexy? Tierno, tal vez, pero definitivamente no soy el tipo de chica que Adam Chaves quería. Odiaba que él quisiera más a esta Kia que a la otra. Esta Kia no era real. Ella era un préstamo por la noche. Sabía que una vez que la máscara cayera volvería a ser yo, alguien que nadie notaría de nuevo.

—Deberías invitarla a salir —le dije decididamente.

Él parpadeó y me miró tan sorprendido como yo me sentía.

—¿En serio?

Tragué la amargura en mi garganta y asentí.

—Sí, quiero decir, si te gusta. Debes hacerlo... —Dejé la frase sin terminar ya que no podía seguir enterrando más profundo el cuchillo en mi pecho.

Él tenía la cabeza inclinada hacia un lado, con una expresión pensativa.

—Me gustas. Tal vez te invite a salir.

Mi corazón se agitó y se dejó caer como un pez fuera del agua.

—Eso no sería una buena idea —le dije con sinceridad. Tomé una respiración profunda—. No te puedo ver otra vez después de esta noche.

No había un atisbo de nada en sus ojos esta vez.

—¿Por qué?

Miré hacia abajo a nuestros pies, reuniendo tanto valor como me fue posible antes de volver a hablar.

—Debido a que esta persona —Hice un gesto hacia mi vestido—, no existe. Ella no es real.

Su piel estaba caliente contra la mía cuando tocó mi brazo.

—Se siente real.

Negué con la cabeza, frenando la vocecita en mi interior.

—No lo es. La verdadera yo no es interesante. No es divertida o... sexy. Nunca te darías cuenta de ella si pasara por la calle. Después de esta noche, esta... —Le di un manotazo a la ligera a mi falda—, nunca verá la luz del día de nuevo. Por lo tanto, deberías pedirle a la otra persona una cita. De hecho —Me quité la corbata de mi cuello y se la pase a él—, tal vez deberías evitarme esta noche, también.

Su mano se cerró sobre la mía, empujándola. Él agarró la corbata y, sin perder el tiempo, la puso alrededor de mi cuello.

—Mmm, no, no me gusta esa idea. —Su brazo se deslizó alrededor de mi cintura y me atrajo hacia su pecho, donde felizmente me apoyé contra él—. Si solo tengo esta noche contigo, la última cosa que voy a hacer es permanecer alejado.

Me obligué a tragar el nudo en mi garganta.

—Estás cometiendo un error.

Él se encogió de hombros.

—Esa es una cuestión de percepción. Creo que tú estás cometiendo un error al pensar que simplemente voy a renunciar a buscarte. No lo haré.



5

Corbata por un beso

Traducido por flochi

Corregido por Lexie'

Por el resto de la noche, estuve en sus brazos. Estaba ahogada en su aroma. Cubierta en su calor. Completamente sumergida en las promesas que me había susurrado al oído. Hizo imposible no querer lo que ofrecía. Era una noción de tal belleza imaginar que él se sentiría de la misma manera si supiese quién era. Pero seguí el juego. Me permití esa única noche. Me reí, bailé y me permití ahogarme en él en todo momento. Le hice un millón de preguntas y respondí un millón más. Cada segundo fue mágico.

Pero incluso la magia tenía un tiempo limitado.

La noche era fría con apenas una pisca de invierno en el aire. No había luna esa noche en el cielo, pero el dosel de lucecitas ensartadas sobre nuestras cabezas titilaba alrededor de nosotros a medida que serpenteábamos por del patio trasero de Claudia. Adam se quitó el blazer y envolvió suavemente mis hombros con él, cubriéndome con el calor residual que había dejado su cuerpo. El olor especiado de su colonia flotó a través de mis sentidos y me quedé mareada con él.

—Dame un nombre —dijo mientras seguíamos el camino sinuoso hacia la incierta oscuridad por delante—. Cualquier nombre. Tu segundo nombre.

Dudé por un momento.

—Marie.

Hizo un sonido como de bufido.

—¿Es inventado o realmente es tu nombre?



Me reí, mirando nuestros pies.

—Segundo nombre.

Su mano se deslizó en la mía. Sus dedos se entrelazaron con los míos. Nuestras palmas encajaron. Nos hizo detener y se giró para mirarme.

—Desearía que me dijeras quién eres.

Estaba en la punta de mi lengua decírselo, simplemente confesar y terminar con el sufrimiento que ambos sentíamos. Quise tanto acabar con la guerra librándose en mi interior. Quizá me sentiría menos sofocada si él lo supiera. Entonces dejaría de mirarme como si fuera la octava maravilla y podría volver a desvanecerme para ser nada. El secreto estaba equilibrado sobre una valla, sin pertenecer a ninguno de los lados. Pero la expectativa me mantenía arraigada en el lugar.

—Lo siento.

Sus dedos fueron muy gentiles, moviéndose por la curva de mi mandíbula y hacia mi barbilla. Incluyó mi cara.

—¿Cómo puedo convencerte de que nada puede hacerme cambiar de idea respecto a ti?

Mis labios se curvaron en una triste sonrisa.

—No puedes.

Suspiró, bajando su cabeza hacia adelante.

—Entonces al menos deberías dejarme probarlo. Sal conmigo, solo una noche.

Negué con la cabeza.

—No puedo.

Se alejó unos pocos centímetros.

—¿Por qué? ¿Qué sucede contigo que no puedes dejarme verte debajo de esa máscara? ¿O soy yo?

Saboreé sangre y me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio. Me alejé, pero él no me dejó ir muy lejos.

—¡No! Espera. No te vayas. Lo siento. —Me atrajo hacia él—. Lo siento —volvió a



decir—. No te obligaré.

Mis pestañas se cerraron cuando me atrajo completamente en sus brazos. Apoyé mi mejilla contra su hombro e inhalé profundamente, grabándolo en mi memoria. Permanecimos de esa manera por tanto tiempo que perdí la cuenta. Él se apartó primero, pero solo para tomar mi rostro entre sus manos.

—Normalmente no beso en la primera cita, pero teniendo en cuenta que puede que nunca te vuelva a ver...

No lo detuve cuando tocó con sus labios tímidamente los míos. No me moví. No respiré. Me quedé allí con los ojos cerrados, escuchando el errático golpe de mi corazón. Pero se detuvo tan rápidamente como había empezado y me quedé decepcionada. No fue la clase de beso que imaginé tener mi primera vez. No sacudió mi piso ni fue excitante. Ni siquiera nos movimos. Nuestros labios se habían tocado y luego separado.

—Gracias —murmuré, sin estar segura de cuál era el protocolo para algo así.

Se rio entre dientes.

—Fue horrible.

Mi cabeza se alzó de golpe, mis ojos abiertos de par en par detrás de la máscara. El dolor hinchó mi pecho, seguido por la ira que inmediatamente trajo el escozor de las lágrimas a mis ojos. Me sacudí fuera de sus brazos.

—¡No me refería a eso! —Su mano se cerró alrededor de mi muñeca antes de que pudiera irme echando chispas de regreso a la casa—. Estaba nervioso. No lo hice muy bien. Mi culpa, no la tuya. —Fui arrastrada de vuelta a sus brazos—. ¿Puedo volver a intentar?

No esperó a que respondiera. Su boca reclamó la mía por una segunda vez con una firmeza que disparó voltes de electricidad a través de mi sistema. Los dedos en mis pies se curvaron dentro de mis zapatos y me olvidé el propósito de mis rodillas mientras ellas se deshacían. Me derretí en él, encajando perfectamente en el molde de su pecho. Mis brazos se enrollaron alrededor de su cuello mientras mis dedos se enredaban en su cabello. Me esforcé por igualar su fervor y la pasión de su hambre. El sabor de su lengua dentro de mi boca, el sabor de él con un toque de pasta dental mentolada, posiblemente fuera la cosa más deliciosa que jamás había probado.



Cuando se retiró esta vez, a ambos nos faltaba el aire. Estábamos tan cerca que podía sentir su corazón latiendo contra el mío.

—¿Mejor? —dijo con voz áspera.

—Definitivamente no fue horrible —dije con voz ronca.

Su risa fue áspera mientras se acercaba para otro beso.

—No, definitivamente no.

Nuestras bocas se encontraron nuevamente, demasiado ansiosas para estar separadas después de haberse encontrado entre sí. Cuando su lengua exigió entrada, fui feliz de dejarla. Separé mis labios y lo dejé devorarme. Uno de nosotros gimió, larga y profundamente. Vibró entre nosotros y me estremecí. Los brazos de Adam se apretaron a mí alrededor, aplastándome posesivamente. Los músculos duros de su pecho se flexionaron debajo de mis manos. Curvé los dedos en el material de su camisa, manteniéndolo prisionero mientras correspondía cada beso hambriento. Probablemente nos habríamos quedado allí besándonos por siempre de no haber sido por el discreto carraspeo que nos alertó del intruso. Nos separamos y dimos la vuelta.

—Perdón por mi interrupción, pero la señorita Claudia solicita que todos sus invitados se presenten adentro —dijo el hombre larguirucho en tono muy apropiado.

—Gracias —dije, apenas en control de mi respiración. Estaba casi segura de que me veía concienzudamente besada y no había nada que pudiera hacer al respecto.

El hombre inclinó la cabeza y nos dejó encontrar nuestro propio camino de regreso.

Le eché un vistazo a Adam, mis mejillas ardiendo. Mis labios se sentían hinchados cuando intenté hablar:

—Deberíamos volver.

En lugar de estar de acuerdo, me volvió a atraer hacia él. Sus manos se movieron incansablemente sobre mi espalda y a lo largo de mi cintura. Me mordí el labio mientras su caricia enviaba hormigueos cálidos por mis extremidades.

—No quiero ir adentro —murmuró.



—Pero tenemos que...

Sus dedos se apretaron alrededor de mi cintura.

—Lo sé, pero también sé que una vez que regresemos, no te volveré a ver.

Sentí un picor detrás de mis ojos.

—Me verás de nuevo —prometí. *Sólo que no sabrás que soy yo*, agregué en silencio.

Algo como esperanza brilló detrás de sus ojos.

—¿Has cambiado de idea respecto a decirme quién eres?

La culpa hizo un nudo en mi garganta.

—No, lo siento.

Exhaló.

—Nunca he querido nada tanto como te quiero a ti. No tienes idea... No hay nada que puedas decirme ahora mismo que pueda cambiar como me siento.

Cegada por las lágrimas que estaba desesperadamente intentando contener, lo alcancé. Mis manos se apoyaron suavemente sobre sus hombros y acaricié sus brazos.

—¿Me prometes algo? —No esperé a que respondiera—. Esa chica que te gusta, dale una oportunidad. Ella podría sorprenderte.

Resopló lo que probablemente quiso que fuera una risita.

—Eres la única chica que conozco que estaría dispuesta a decirle al chico que le gusta que vaya tras otra.

Mi risa salió ahogada y llena de emociones que fallé miserablemente en contener.

—Y me está matando, pero sé que no puedo competir con quien quiera que sea.

¿Cómo podría? Adam había visto su cara y la quería. Ella tenía que ser divina, quien sea que fuera. Ella claramente no tenía que esconder quién era detrás de una máscara. Dios, me sentía un fraude.



—No hay comparación. —Sus manos enmarcaron mi rostro, inclinándolo hacia atrás para no tener otra opción más que mirarlo a los ojos—. Ya te elegí.

—No...

Me besó, de manera lenta y persuadiéndome con una pasión tan dulce y cálida que quise acurrucarme en él y llorar. Estaba hecha un lío cuando finalmente se apartó.

—No te alejes de esto —murmuró—. De mí.

—Adam... —Mi voz se rompió.

Puso un dedo sobre mis labios, silenciándome.

—Ven. La reina espera. Hablaremos más una vez que haya terminado. —Adam agarró mi mano y me llevó adentro.

Las luces estaban encendidas nuevamente y todos estaban reunidos en la sala principal. Tomamos un lugar en el fondo. Claudia estaba parada en el escenario improvisado con su deslumbrante sonrisa perfectamente en su lugar. ¿Se estaba postulando para *Miss Universo* o algo así?

—Espero que todos se hayan divertido —dijo, sonriendo incluso más cuando todos vitorearon—. Aw, me alegra tanto. Desafortunadamente, la noche ha llegado a su fin. —Hizo un mohín cuando varias personas expresaron su decepción—. Lo sé, pero ¡habrá otra fiesta pronto! ¡Por esta noche, creo que las chicas tienen que devolver sus corbatas a los dueños originales mientras finalizamos nuestros juegos al revelar a nuestras damas!

Los músculos de mi estómago dieron un vuelco. Una fría sensación de hundimiento me atravesó mientras las palabras de ella lentamente se filtraban en mí. Lancé una mirada de pánico en dirección a Adam, pero él no me estaba mirando. Estaba observando a Claudia dar su discurso. Con cuidado de no llamar la atención, me agaché y quité hábilmente mis zapatos y los enganché en mis dedos a través de las correas. Le eché un vistazo a la multitud, buscando a alguien que me estuviera viendo, pero no había nadie. Claudia tenía a todos hipnotizados. Agradecida, me di la vuelta en las puntas de los pies y salí corriendo en todo el completo silencio que pude, en una habitación llena de personas sin ser atrapada. El sujeto que había pedido a Adam y a mí que entráramos me miró cuando pasé disparada alrededor de la mesa de refrescos. No dijo nada mientras yo me apresuraba hacia la puerta del fondo.



La puerta llevaba a una muy concurrida cocina. Las cabezas se dieron vuelta cuando corrí dentro, pero ya estaba corriendo más allá de las mesas de acero inoxidable hacia el conjunto de puertas abiertas al otro lado. Un camión de reparto estaba estacionado más adelante. Lo esquivé y me apresuré abajo por el serpenteante camino de entrada en la parte inferior de la colina, sacando el teléfono de Joanne del interior de mi vestido.



6

Mentiras. Mentiras. Mentiras. Yogurt helado

Traducido por flochi

Corregido por beatrix85

Evité a Nessie todo el fin de semana. Evité a mamá, a Joanne e incluso a papá cuando llamó. Me quedé en mi habitación, acurrucada en mi cama, escuchando el lento canturreo de Adele diciéndome que deseaba lo mejor para mí. Encontré eso difícil de creer, porque incluso los impresionantes poderes de Adele no se extendían a arreglar mis problemas. Sin embargo, dejé que calmara el dolor en mi pecho con su voz de sirena porque, ¿qué más podía hacer? Lo había arruinado por completo. Nunca debería haber ido. Debería haberme quedado apartada de Adam. Debería haber dejado que Claudia fuera atropellada por la camioneta. Está bien, quizás no tanto la última, pero ciertamente había cosas que pude haber hecho diferente. En cuanto a decisiones, necesitaba tener mi tarjeta de opciones revocada.

—¿Kia? —Mamá asomó la cabeza en mi habitación—. ¿Estás despierta?

—No.

Se deslizó dentro y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué sucede? Has estado desanimada desde que regresaste el viernes a la noche. ¿Pasó algo?

Sí, arruiné mi vida.

—No, estoy bien.

La cama se hundió cuando se sentó en el borde del colchón. Su piel era cálida y olía a vainilla cuando acarició mi cabello.



—No puedes mentirme. Dime qué pasó. —No tenía sentido ocultárselo. No era un secreto que yo era una nerd, y normalmente era algo que abrazaba, algo que llevaba como una medalla de honor, así que odié que de pronto estuviera avergonzada de eso—. Si este chico tiene una pizca de sentido común en la cabeza, le gustarás sin importar cómo te veas.

Oh, las palabras de una madre.

—No lo entiendes —murmuré en mi almohada—. Es divino y popular y todo lo que yo no soy. ¿Por qué me querría cuando puede tener a alguien como a Claudia?

—Bueno, si quisiera a Claudia no habría estado contigo durante toda la noche.

Resoplé en mi almohada.

—No estaba conmigo. Estaba con la persona que fingí ser.

—En el exterior. Por dentro eras la misma.

—Cierto, porque a los chicos les importa lo que hay en el interior.

Por un momento pensé que había ganado la discusión cuando se rindió silenciosamente. Luego hizo un incierto sonido de tarareo y chasqueó la lengua.

—No sé de eso. O sea, no pudo verte la cara. Si solo se preocupara por eso, hubiese querido ver a la chica que había debajo.

—Lo intentó, pero era en contra de las reglas.

Mamá suspiró, palmeándome la pierna.

—Bueno, no puedes quedarte por siempre en la cama. Levántate. Vístete. Sal.

—No quiero...

—Hay una rebaja de otoño en el centro comercial. Suéteres a mitad de precio.

Me animé al instante.

—¿En serio?

Mamá asintió, haciendo un mal trabajo en contener su risa.

—Te llevaré.



En una hora, estuve duchada, vestida y en camino al centro comercial. Sí, amaba los libros, pero seguía siendo una chica. Adoraba ir de compras, en especial por suéteres.

Mamá me dejó con un puñado de billetes arrugados. Me dio su teléfono y me dijo que llamara cuando estuviera lista para irme. Metí ambos en el bolsillo de mis anchos jean mientras corría hacia el interior.

El lugar estaba repleto, una cacofonía de emoción mientras las personas corrían de tienda en tienda en busca de descuentos de otoño. Me dirigí directamente a mis tiendas favoritas sin mirar ninguna otra. Tanto como me encantaba comprar, no era del tipo de intentar cosas o explorar. Entraba, agarraba lo que me gustaba y salía. Pero me encontré mirando vestidos, remeras lindas con estampados graciosos en el frente y jeans ajustados, preguntándome por cosas que nunca antes en mi vida había considerado.

¿Qué ropas me harían verme mejor? ¿Me ayudarían a encajar? ¿Tendría más amigos si me vestía como las chicas que acudían en manada alrededor de las mesas repletas y estantes coloridos? Nunca me había molestado eso. Nunca noté lo contentas y abiertas que eran otras personas. ¿Me veía así? ¿Siquiera sabía cómo sonreír solo porque sí? Era feliz, ¿cierto?

Sí, ¡tenía que serlo! Tenía fantásticos padres. Tenía a Nessie. Tenía a mis libros. Tenía los mejores promedios. Tenía la elección de cualquier universidad. Tenía más que la mayoría de las personas.

Una carcajada en un cubículo cercano llamó mi atención. Me di la vuelta para ver a un pequeño grupo de chicas apretadas alrededor de los cambiadores, posando en los espejos y sacando fotos con sus teléfonos. Algo en mi pecho dolió. Aparté la vista.

No estaba sola. No podía estarlo. Nada había cambiado. Seguía siendo yo. Dejé el bulto de suéteres que había recogido en la mesa de las mallas y salí apresurada de la tienda.

Compré un yogurt helado para calmar el ardor en mi pecho. Lo llevé conmigo mientras caminaba sin rumbo por el centro comercial, mi mente repleta de nada más que preguntas, dudas e inseguridades. Me detuve en frente de una vidriera brillante mostrando un hermoso vestido verde esmeralda. Las gemas a lo largo del corpiño brillaban bajo las luces colocadas discretamente. El vestido no me impresionaba. El modelo sin tirantes parecía incómodo, pero dos chicas lo



estaban viendo desde dentro, señalándolo y asintiendo apreciativamente. Así que me paré y lo estudié, intentando ver lo que veían.

—Se vería hermoso con tus ojos.

La voz destrozó toda la conciencia que poseía. Abrió un agujero a través del tiempo y el espacio, arrancando un chillido de mí cuando me di vuelta para mirar a la cara del propietario. Adam me sonrió y de repente todo pensamiento se fue.

—Hola —dijo, viéndose impresionante en su jeans gris y suéter negro.

Encontré un punto en mis zapatillas y lo quedé mirando con fijeza.

—Hola.

—¿De compras? —preguntó.

Inconscientemente, miré a la única cosa en mis manos: el yogurt helado.

—Sí.

—Yo también. Estoy buscando una corbata. Perdí la única que tenía. —*No, no la perdiste.* Quise decirle. Estaba debajo de mi almohada, cuidadosamente doblada. No dije eso tampoco—. Van dijo que ha estado intentando llamarte.

Froté el sudor que picaba en mi palma sobre mi cadera.

—Estuve ocupada.

Dios, esto no estaba funcionando. No podía mirarlo por temor a que reconociera mis ojos. No podía hablar en caso de que reconociera mi voz. No podía respirar porque él estaba demasiado cerca. No podía respirar porque olía tan bien y todo en lo que podía pensar era en cuánto quería besarlo.

—Tengo que irme.

Casi lo conseguí. Di unos veinte pasos completos antes de que me alcanzara.

—Kia, espera. —Sus largos dedos se curvaron alrededor de mi muñeca y el toque familiar de su piel movió el suelo debajo de mis pies. Me sacudí, casi tropezándome en el apuro por mantener la cordura y la distancia.

—¿Qué? —dije con voz ronca, volviéndome hacia él.



Se frotó la nuca.

—¿Te encuentras bien?

¿En serio? ¿Esa era su pregunta? Claro que no estaba bien. Nada se sentía como si fuera a estar bien otra vez.

—Bien.

Sus manos desaparecieron dentro de los bolsillos.

—Estaba a punto de comer algo. ¿Quieres venir?

—¡No! —dije demasiado rápido—. No puedo. Yo...

Su ceño se frunció. Sus ojos se entrecerraron.

—Últimamente estoy escuchando mucho esas palabras. Estoy empezando a preguntarme si soy yo.

La culpa me perforó. Mis hombros se hundieron.

—Lo siento.

No le di la oportunidad de responder o detenerme. Esta vez corrí, sin parar hasta que crucé el centro comercial, tan lejos de él como pude conseguir. Saqué el teléfono de mamá y la llamé para que viniera a buscarme.



7

Enojando al flautista

Traducido por flochi y Shilo

Corregido por flochi

—**R**ompiste las reglas.
Perdida en el delirio de mi propia existencia, no me molesté en alzar la vista del emparedado en mi mano.

—¿Qué reglas?

Frente a mi mesa, Claudia resopló, o quizás fue una de sus sombras.

—Esa corbata no era tuya y aunque lo hubiera sido, no se suponía que te fueras de la fiesta hasta que yo lo dijera. Ciertamente no debías besarlo.

—Eres una tramposa. —Ignoré los horrorizados jadeos de las Barbies gemelas—. Además, dijiste que la fiesta había terminado. Asumí que esa era la señal.

No me molesté en defender el beso. No iba a hablarle sobre mi beso con Adam. Era personal. Eso era mío.

—No lo era.

—Demándame. —Regresé mi atención al sándwich en mis manos.

Varios segundos en silencio pasaron, estirándose a minutos, y habría pensado que se fueron, pero sabía que no era así. Sentí su mirada ardiendo sobre mí como rayos laser.

—Me faltaste el respeto.

Bajé el sándwich y la miré a la cara.

—¿Por no dejarte conseguir lo que no te pertenecía? ¿O porirme?



—¡Por no seguir las reglas!

—Bueno, ¡eran unas reglas estúpidas! —disparé, fusionando todo mi enojo e ira en cada palabra—. Todo el asunto fue estúpido. Invitaste a todas esas personas y solo la mitad de ellas tenían cita mientras que el resto no tenía permitido irse. Además de eso, las personas que no estaban contentas con las citas que consiguieron no tenían permitido buscar una nueva. ¿Llamas a eso diversión?

Sus brazos se cruzaron sobre su pecho.

—No te vi llorando en una esquina. Si recuerdo correctamente, parecía que la estabas pasando bien con la cita de Gena.

No sabía quién era Gena hasta que la Barbie número dos cruzó sus brazos y me fulminó con una mirada con solo un toque de veneno más del normal. Entonces tuvo sentido.

Me giré hacia Claudia, mi rostro caliente por la ira.

—Adam no era la cita de Gena —contrarresté firmemente—. Él era mi cita, la que gané justamente siguiendo las estúpidas reglas que hiciste. Entonces no, no creo que te falté el respeto, o que haya roto alguna regla cuando ni siquiera ustedes mismas las siguen.

A diferencia de sus compinches, las que parecían listas para sacarme los ojos con sus garras, Claudia sonrió fríamente.

—Adam —ronroneó su nombre en un tono que hizo que quisiera lanzarme a través de la mesa y golpearla—. Hermoso, ¿verdad? ¿Es por eso que te fuiste? ¿Por qué sabías que él no te querría una vez que te quitaras la máscara? —Inclinó su cabeza muy ligeramente a un lado, dando la ilusión del gato que tenía arrinconado al canario—. Apuesto a que ni siquiera sabe quién eres. Es una pena. Tal vez fue mejor que te hayas ido. Apuesto a que el Príncipe Encantador no estaría tan contento con su Cenicienta si supiera el fenómeno de cuatro ojos que es. Ahora, Gena —Hizo un gesto con una mano con manicura hacia la descarada morena a su derecha—, hubiera sido justa para él. Ella es la razón por la que invité a Adam en primer lugar. Fue desafortunado que Joffrey te dejara quitar esa corbata durante el sorteo. Pero... —Se encogió de hombros delicadamente—. Si no tienes éxito al principio... Solo tendremos que trabajar más duro para que Adam se fije en nuestra encantadora Gena a la antigua.



Tomó que una gruesa alfombra de silencio cayera sobre la cafetería para que me diera cuenta de mis acciones inesperadas e inconscientes. No tenía ningún recuerdo de haberme levantado, pero ahí estaba, enfrentándome a las reinas de belleza de la preparatoria Margaretson... por Adam.

Como mencioné anteriormente, no era una heroína. No era valiente u osada. No salvaba a la gente o causaba peleas por chicos. Pero estaba lista para volver a arreglar la cara bonita de Claudia si siquiera se atrevía a mirar en la dirección de Adam. Esa nueva yo, esa nueva malhumorada, loca por los chicos y lunática, era solo otro clavo en el ataúd que me encerraba con mi certeza de que ir a la fiesta de Claudia había sido una mala idea. Odiaba realmente a la persona en la que me había convertido literalmente durante la noche. Y la culpaba. Culpaba a esta criatura hermosa e intocable que me miraba maliciosamente con todos los placeres enfermos de una serpiente jugando con su comida.

—¿Tenías algo que agregar? —ronroneó, batiendo pestañas imposiblemente largas. Sonríó placentemente—. No lo creo. —Se quitó un rizo de ébano de su hombro delgado—. De hecho, no hablaría para nada. Sería trágico si le llegara accidentalmente una palabra a Adam sobre tu identidad. Imagina la vergüenza que le causarías. —Con la fluidez de una modelo de pasarela, se alejó, solo para llegar a los dos metros antes de detenerse y mirar hacia atrás—. Oh, y Kyra, no serás invitada a otra fiesta, por si te lo estabas preguntando.

Luego ella y sus dos sombras se habían ido, dejándome sola frunciendo el entrecejo en mi mesa.



—¿Dónde has estado? —Nessie se arrojó hacia mí en el momento que entró a biología y me vio—. ¡Te he estado llamando como a cada hora! Tu mamá estaba lista para conseguir una orden de restricción. Luego, escucho por Adam que saliste de compras... ¿sin mí? ¿Qué pasa?

—Lo siento —murmuré hacia mi cuaderno.

—¿Cuál es el problema contigo? —Arrojó sus libros y se desplomó en su taburete—. Te dije que me llamaras en...



La Sra. Pang entró a la clase entonces, salvándome de tener que mentir, de tener que dejar escapar la verdad. Nessie hizo una mueca a su espalda y me advirtió que nuestra conversación no se había acabado.

Maravilloso.

Afortunadamente, terminó en detención y yo tenía que trabajar, lo que me salvó de tener que ir a casa y deprimirme en mi cuarto o ir a la casa de Nessie y correr el riesgo de toparme con Adam. Además, después de ofrecerme a limpiar la trastienda, lejos de los clientes y potenciales visitantes indeseados, en realidad tuve mucho tiempo para pensar acerca de lo que necesitaba hacer, porque no podía seguir evitando a Adam para siempre. O sea, probablemente podía. Era así de buena. Pero era mejor para todos los involucrados si tan solo terminaba con las cosas de una vez por todas. Un rompimiento limpio.

Fui a casa más tarde esa noche y caminé con dificultad hacia mi cuarto. Tiré mi bolso en la cama y busqué debajo de mi almohada por la corbata carmesí. Se extendió cuando la saqué.

Era de un rojo ininterrumpido y, si recordaba bien, se veía hermosa con su cabello oscuro y complexión bronceada. Era lógico que la cosa tuviera que ser devuelta, pero eso levantó preguntas de cómo hacerlo. ¿Simplemente caminaba hacia él y decía: "¡Oye, olvidé devolverte tu corbata! Que tonta soy", o la dejaba en su casa la próxima vez que pasara por allí? Pero ¿y si le preguntaba a Nessie y ella decía que yo había sido la única que había ido ese día? Al final, decidí que se la enviaría por correo. No a través de la oficina postal, porque necesitaría una dirección de remitente, lo que anularía el propósito. Por lo que la doblé con esmero, recuperé un sobre acolchado de burbujas y deslicé el objeto robado dentro. Luego, con la letra más diferente de la mía imaginable, escribí su nombre en la parte superior.

Era un plan tan sencillo. Muy sencillo. ¿Qué podría salir mal?



8

La amiga de una amiga

Traducido por Isa 229 y Gigi D

Corregido por 》Mel

Mi plan era perfecto. Caminé con Nessie hasta detención, me despedí de ella y paseé muy casualmente hacia mi casillero donde agarré mi mochila que contenía lo que llamé astutamente *El Paquete*. Luego tomé el autobús y fui directamente a su casa que casi siempre estaba vacía, según lo que constantemente me decía. Sus padres trabajaban a tiempo completo o viajaban por todas partes por conferencias y Adam siempre estaba ocupado con los deportes, o fuese lo que fuera que él hacía. Así que caminé con mucha confianza en la entrada. Saqué la carta de mi bolsa, alcancé la tapa del buzón de correo y la puerta principal se abrió. Lo admitiré, chillé como una niña pequeña en un laberinto de espejos.

—¿Kia?

—¡Adam! —Luego, en la misma frenética respiración—: ¡Estás desnudo!

Técnicamente eso no era totalmente cierto. Es decir, no era *tan* afortunada. No. Él estaba usando una toalla, y millas de millas de tensa piel dorada. Su cabello colgaba en húmedos rizos en su frente y había gotas de agua en las marcadas pendientes de sus hombros. Claramente había llegado en mal momento... ¿en un buen momento?

—¡Lo siento! Yo estaba... y luego... no... —solté abruptamente, retrocediendo—. Yo solo...

—Van no está aquí —interrumpió mis divagaciones—. Ella está en detención.

—¡Oh! —Recé a Dios para que mi rostro luciera sorprendido y no culpable—. Cierto. Creo que lo olvidé.



—¿Eso es para mí?

Había olvidado el paquete hasta que él lo señaló.

—¡Uh... no! —Lo abracé en mi pecho—. Es mío.

—Tiene mi nombre en él.

Parpadeé otra vez, esperando nuevamente lucir sorprendida y no como si quisiera morirme.

—¿En serio? No. Estoy segura que no.

—Estoy seguro...

Puse el paquete en mi mochila, la cerré y rápidamente la colgué sobre mi hombro.

—Debería...

—Entra.

—No, eso no es...

Pero ya había desaparecido dentro, dejando la puerta abierta. Podría haber corrido. Debería haberlo hecho, pero mis pies estaban pisando el umbral y mi mano estaba cerrando la puerta detrás de mí, sellándome con la última persona con quien debería estar a solas.

—Voy a vestirme —dijo sobre su hombro mientras subía las escaleras, dándome una preciosa vista de su espalda moviéndose debajo de la toalla y sus músculos acordonándose a lo largo de su espalda. El tipo tenía una hermosa espalda, hombros anchos, cintura estrecha, músculos firmes. Podría felizmente haberlo mirado para siempre y probablemente lo estaba haciendo, porque salté ante el sonido de mi nombre. Parpadeé y me enfoqué, casi me estremecí al darme cuenta de que él me había atrapado estudiando su progresión por las escaleras con, probablemente, una sonrisa muy tonta en mi cara.

—Si quieres, podría dejar caer accidentalmente la toalla. —Sabía que él estaba bromeando, pero no pude evitar ruborizarme y apartar los ojos. No miré hacia arriba otra vez hasta que él estuvo fuera de la vista. Su risa profunda lo siguió hasta que desapareció por el corredor.

¡Así se hace, genia!, me regañé.



Me olvidé las reglas de etiqueta mientras me quedaba arraigada a ese pedazo del piso de madera. No sabía si sería grosero que me pusiera cómoda. Así que me mantuve en el recibidor, meciéndome levemente de atrás hacia adelante sobre mis talones. Por suerte, el tiempo de espera solo duró unos cinco minutos, luego él bajó trotando por las escaleras.

—Podrías haberte sentado —dijo.

—Podría haberlo hecho —concordé.

Él me miró con diversión.

—¿Tienes hambre?

—Uh... —¿Por qué me molestaba en tratar de hablar?

—Haré sándwiches. —Se dirigió hacia la cocina sin esperarme.

Arrastré los pies tras él.

Estaba enterrado hasta la cintura en el refrigerador cuando entré en la habitación. Sus brazos estaban cargados con surtidos artículos para hacer sándwiches que volteó y dejó en la isla de la cocina. Me moví discretamente al otro extremo de la habitación, lo más lejos posible que podía estar de él sin salir de la casa.

—No voy a atacarte —dijo mientras se limpiaba las manos—. Puedes acercarte más.

¡Deja de actuar como una idiota, Valentines!

Casualmente, como si no estuviera completamente indecisa, coloqué mi mochila sobre la mesa y caminé hasta donde estaba. Él no dijo nada, pero había una pequeña sonrisa curvando la comisura de su boca mientras esparcía mayonesa en una rebanada de pan.

—¿Cómo estuvo la escuela? —preguntó después de un momento.

—Bien. —Dudé antes de preguntar—: ¿Cómo estuvo la tuya?

Usó la punta de su lengua rosada para limpiar un poco de mayonesa de su pulgar. Dolorosamente recordé a esa misma lengua entrando en mi boca y moviéndose sobre la mía. Algo caliente se deslizó a través de mí y apretó los



músculos de mi estómago. Me tomó una gran cantidad de control no saltar sobre él.

Inconsciente de la tortura que me causaba, se encogió de hombros, agregó lechuga y finas láminas de carne al pan.

—Nada que informar. Tuve un examen de química.

—¿Cómo crees que te fue?

Soltó una risa.

—Horrible. Debía estudiar el fin de semana.

—¿Se te olvidó?

Negó con la cabeza.

—Me distraje. —Deslizó el plato con el sándwich por la mesa directo hacia mí—. Fui a una fiesta el viernes.

Me llevó mucho esfuerzo no reaccionar, no alzar la vista del sándwich delante de mí.

—¿Sí? —Recé para que mi voz hubiera sonado indiferente.

—Una chica de tu escuela me invitó, Claudia algo.

—DeLorenzo —dije sin pensar.

—Sí, ella. —Él se rio entre dientes, frotando la parte posterior de su cuello—. Fue tan persistente. Ella me arrinconó en la tienda e insistió en que fuera a su fiesta o ya vería.

Mi risa era débil y fue desapareciendo poco a poco.

—Sí, Claudia es así. —Agarré los bordes del pan, pelándolo—. ¿Te... te divertiste?

Él suspiró, el sonido fue nostálgico.

—Sí, lo hice. Más de lo que pensé que haría. ¿No te gustan los bordes?

—No lo odio. Solo no... —Me reí, sacudiendo la cabeza—. No, no me gustan.

Me estaba mirando fijamente cuando me atreví a verlo.



Me moví nerviosamente.

—¿Qué?

Movió la cabeza, desviando la atención hacia su sándwich.

—Nada. Lo siento. Tu risa... me recordó a alguien. —Dio una sonrisa incierta—. Parece una locura. —Agarró su plato—. ¿Quieres ver la tele?

Atragantada con la saliva que intentaba forzar a bajar por mi garganta, solo pude asentir.

Me hizo una seña con su cabeza para que lo siguiera y abrió el camino hacia la sala de estar. Tomé el lugar del otro lado del sofá y me senté rígidamente mientras él agarraba el control remoto de la mesita de cristal.

—¿Alguna petición en especial?

Miré fijamente la televisión.

—No suelo mirar la tele así que no tengo idea.

Pasó a través de algunos canales, se detuvo y me dio el control remoto.

—¿Por qué no buscas algo?

Me quedé mirando el dispositivo entre nosotros, mis cejas estaban levantadas.

—¿Estás dándome el control voluntariamente?

Mordió su sándwich y me miró.

—Sí. —Masticó y tragó—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No creí que los chicos sabían cómo hacerlo. Me refiero a compartir el control remoto.

Él bufó.

—Bueno, no lo hacemos, pero normalmente no estoy en casa a esta hora y mis programas no comienzan hasta dentro de mucho más tarde.

—Ah, ya veo. ¿Así que tengo el control remoto por defecto?



Pareció pensarlo un momento, mordisqueando distraídamente su sándwich.

—Sí, creo que por eso.

Lo golpeé con un pedazo del borde de mi pan.

—Eso es lindo.

Él se rio entre dientes y sacudió el borde de pan de su regazo hacia el suelo.

—Así que, ¿qué hiciste este fin de semana?

—Uh... —Desvié la mirada—. Nada. Solo... holgazaneé por ahí.

No tenía que mirarlo para saber que me estaba observando.

—¿Holgazaneaste por ahí?

—Sí, ¿algún problema? —Le arrebaté el control y comencé a pasar los diferentes canales.

—De acueerdo. —Volvió su atención al sándwich, finalmente dándome espacio para respirar.

Vimos la mitad de un episodio de alguna comedia antes que me diera cuenta de que, Dios mío, no podía soportar la programación diurna. La gente me hizo querer lanzar mi plato a través del cuarto. Las oleadas de inexplicable violencia me asustaban bastante como para cambiar de canal.

—Pensé que a todas las chicas le gustaban esos programas —observó Adam con calma mientras despachaba su segundo sándwich.

—Sí, bueno, creo que hay algo seriamente mal con todas las chicas —murmuré, todavía molesta de que Hank quién-sabe-qué no le dijese a su hija que él era su padre y que luego haya sido atropellado por un auto y terminara misteriosamente con amnesia. ¿Qué diablos era eso?

Adam se rio, un rugido profundo salido de su vientre que casi me hizo sonreír.

—Creo que podría aprender a quererte, Kia.

Fruncí el ceño, insegura.

—Gracias... creo.



—Ese es un buen programa. —Él apuntó con su sándwich, exponiendo su brazo desnudo hacia la tele mientras yo pasaba por un drama policíaco.

—Pensé que tus programas no pasaban a esta hora —le recordé, colocando el control abajo.

—No lo hacen, pero he visto algunos episodios de este.

Me gustó. Hubo momentos de confusión donde me perdí de algo de un episodio anterior, pero Adam me puso al tanto.

—Ciertamente pareces saber mucho para ser un chico que rara vez ve este programa —me burlé.

—Tengo memoria fotográfica.

Lo miré, empujando mis lentes un poco más arriba en mi cara.

—¿De verdad?

Empezó a asentir, pero gradualmente se convirtió en una negación.

—No, pero he visto unos cuantos episodios antes de este. —Él limpió su mano y colocó el plato vacío en la mesita de café junto al mío—. Así que, ¿cómo son amigas tú y Van?

Sorprendida por su abrupto cambio de tema, parpadeé.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros, lanzando un brazo sobre el respaldo del sofá. Las puntas de sus dedos casi rozaron mi hombro. Me alejé del borde, no confiando en mi moderación para no atacarlo si me tocara. Él no se dio cuenta.

—Bueno, no te pareces a mi hermana.

Miré abajo hacia mis jeans y suéter y mordí mi labio. Cierto. Estaba lejos de ser tan bonita como Nessie o tan salidera y divertida, pero tenerlo señalándolo fue un golpe.

—No lo sé —murmuré.

—No me malinterpretes, es algo bueno, pero nunca me imaginé a Van con una amiga que fuera realmente inteligente.



—¿Cómo sabes que soy inteligente? —pregunté—. ¿Por los anteojos?

Asintió lentamente.

—Sí, por eso... —Sonrió cuando bufé—. Pero he visto las notas que le dejaste a Van para copiar.

Alejé la mirada.

—Son solo notas. Copio casi todo de la pizarra.

—Ves, ahora simplemente te estás menospreciando. Creo que es genial que tengas por lo menos dos neuronas en la cabeza para usar.

No estaba segura, pero podría haber jurado que era un cumplido.

—¿Supongo que no conoces a muchas chicas con neuronas en el cerebro?

Bufó.

—Ciertamente no las suficientes. La mayoría de las chicas que conozco son vanas, más interesadas en su aspecto que en los libros. —Su mirada se levantó para encontrarse con la mía—. Soy partidario de las chicas listas, más si también son increíblemente divertidas.

Algo en la forma en que lo dijo me hizo querer hacer algo severamente estúpido, como admitirle que yo era la chica de la fiesta de Halloween.

Volví a encerrar esa idea en mi mente antes de responder:

—¿Inteligente y divertida? ¿No estás subiendo mucho tus expectativas? Ya no las hacen así.

Él miró la tele en silencio.

—Oh, no lo sé. —Los dedos al lado de mi cabeza tamborilearon en el respaldo—. Eres inteligente y divertida.

—Sí, pero yo soy una especie rara —dije—. No puedes pretender que toda esta genialidad sea duplicada.

Esos ojos azules hipnotizate me penetraron.

—Oh, qué bueno que siempre voy por el original.



La conversación había dado un giro peligroso y no tenía idea de qué se suponía que hiciera, aunque sabía exactamente qué quería hacer. Qué pena que no tuviera las agallas para realmente hacerlo.

—Veo que estás pensando demasiado nuevamente —bromeó, girando su cuerpo, por lo que yo tenía su completa atención.

Me lamí los labios nerviosamente.

—Es una maldición.

—¿Y en qué estás pensando ahora?

En que debería irme. Que debería pararme e irme antes de... ¿De qué? No podía pensar. De repente él estaba tan cerca. ¿No había un sofá entero entre los dos? Pero todo el espacio libre estaba del otro lado de él. Su rodilla tocaba la mía.

—En que la fantasía siempre es mejor que la realidad —respondí sin aliento.

Algo pasó por sus ojos. Se entrecerraron. Su cabeza se movió muy lentamente al costado y me observó cautelosamente.

—No siempre —murmuró.

Asentí, cayendo en picada en su mirada.

—Siempre.

Siguió estudiándome, al parecer buscando algo.

—¿Qué hiciste el viernes, Kia?

Algo en mi pecho se agitó.

—¿Qué?

¿Dios, podía oír mi corazón? Su latir era ensordecedor.

—El viernes, *nena*. —Levantó la mano, dirigiéndola a mi rostro. Mis ojos se abrieron como platos detrás de los anteojos. Sentí mi respiración detenerse y mi corazón subir a niveles que no eran seguros—. ¿Dónde estuviste?

Me lamí los labios, intentando darle tiempo a mi cerebro para que encontrara una excusa. Luego, su dedo agarró la patilla de mis anteojos y lo sentí sacármelos. Me tensé. El pánico me invadió.



—¡Basta! —Salté del sofá.

—Kia. —Adam se puso de pie lentamente.

Me di la vuelta, preparada para marchar a la cocina a buscar mis cosas.

—Tengo que irme.

En un movimiento que no vi venir, él estaba repentinamente frente a mí, bloqueándome.

—Mírame.

¡No! Quería gritar. No quería. No podía. Estaba acercándose mucho, acercándose a la verdad y no lo podía manejar.

—Kia. —Sus dedos acariciaron mi brazo—. Por favor.

Sacudí la cabeza.

—Adam... no...

De repente se alejó. Podía oír su respiración tan agitada como la mía.

—Lo siento —dijo después de un largo y agonizante silencio—. No quise asustarte.

—Agarró los platos vacíos—. Necesito una bebida. ¿Quieres algo?

Me dejó sola en la sala sin esperar una respuesta. Podía oírlo moviéndose en la cocina y me maldije por dejar allí mi mochila. No que importara. No podía quedarme. Tenía que irme.

Estaba camino al vestíbulo cuando la puerta se abrió de golpe, seguida por un fuerte:

—¡Cariño, estoy en casa! —La voz familiar hizo que se me congelaran las venas. Me tensé mientras Nessie aparecía. Ella también se congeló y me miró.

—¡Hola! —dije a falta de algo mejor.

Sus cejas se fruncieron levemente.

—Hola. —Dejó caer su bolso—. ¿Qué haces aquí?

—Yo, eh, creí que habíamos quedado en juntarnos a estudiar —mentí.

El ceño de Nessie se frunció más.



—¿Lo hicimos?

Me apoyé en su mala memoria.

—Sí, lo habíamos hablado hoy temprano.

Podía verla partiéndose la cabeza.

—Oh —dijo finalmente, encogiéndose de hombros—. Es tarea. Tiendo a olvidarlo a propósito.

La culpa se asentó en mí y estaba a punto de confesar cuando Adam volvió a aparecer con dos vasos con gaseosa. Parecía más en control mientras miraba a su hermana. No había señales de que hubiéramos hecho algo más que mirar la televisión. No tenía idea de cómo lo lograba, porque yo apenas podía controlarme.

—¿Cómo estuvo detención?

—Normal —dijo Nessie—. Creo que podría recibir el premio a más detenciones en un año.

Adam dejó los vasos en la mesita de café.

—Mamá y papá estarán orgullosos. —Se enderezó, secándose las manos en sus pantalones—. ¿Qué van a hacer hoy?

Nessie se encogió de hombros.

—Kia dice que tarea, pero tengo una cita con Gary. Vamos a ir al cine. Lo convencí de acompañarme a ver la nueva romántica de *Channing Tatum*.

No había considerado la posibilidad de que Nessie tuviera planes. Pero bueno, tampoco había ido a hacer tarea. De todas formas, ahí de pie, me sentí una idiota.

—Oh, no te preocupes. —Comencé a moverme hacia la cocina—. Podemos estudiar otra noche.

—¡No! —Nessie agarró mi brazo—. Ven con nosotros.

Reí tensamente.

—No, gracias. Preferiría no ser la tercera en discordia.



—¡Y no lo serás! —Nessie se giró hacia su hermano con una mirada de ruego—. Porque Adam irá contigo.

—¿Qué? —Tardé un segundo en notar que el cuarto no hacía eco, sino que Adam y yo lo habíamos gritado al mismo tiempo.

—¡Oh, vamos! Kia necesita una cita. —Como si yo fuera un perro de la calle que necesitaba asilo.

—¡No es verdad! —Podría haber sido invisible.

—Tengo cosas que hacer —murmuró Adam con el rostro serio.

—¡Sí, yo también! —Realmente no tenía nada que hacer, pero de ninguna manera pensaba admitirlo.

—¿Cómo qué? —desafió Nessie mirándonos a ambos, molesta—. ¿Estudiar? —Miró a Adam—. ¿Mirar la televisión? —Bufó—. Ambos son tan patéticos. No es como si tuvieran que sostenerse las manos. Solo vengan al cine.

—A diferencia de ti —comenzó Adam, caminando a la puerta—. Realmente debo terminar mi tarea.

—Perdedor —murmuró Nessie, volviéndose hacia mí—. Lo que sea. Le pediré a Gary que lleve a uno de sus amigos para que esté contigo. Jason, su mejor amigo, es súper caliente y le he contado todo sobre ti. Realmente quiere conocerte.

Por el rabillo del ojo capté a Adam cruzándose de brazos y cambiando el peso de un pie a otro. Me mantuve enfocada en Nessie.

—Eso suena genial, pero...

—No, no entiendes. Jason es hermoso a la enésima potencia. Si no estuviera con Gary, me lanzaría sobre él. Vas a babearte. Confía en mí. Y además va a *amarte*.

Fruncí el ceño. No conocía a Jason, pero realmente dudaba que quisiera pasar el rato con la amiga nerd de la novia de su *mejor amigo*. Una mirada en mi dirección y se iría.

—No, gracias. —Me liberé de su agarre—. Está bien. ¿Nos pondremos al día otra noche, sí?



Corrí a la cocina por mi mochila antes de que pudiera detenerme de nuevo. Podía sentir el calor de mi humillación irradiando debajo de mi suéter, haciendo que tuviera mucho calor. Pero también sentía alivio. Después de ese altercado, me alegraba mucho no haberme revelado a Adam en la fiesta. Su reacción ante la idea de ver una simple película conmigo había sido prueba suficiente de que mi única noche mágica se habría convertido en un infierno de vergüenza si hubiera sabido quién estaba detrás de la máscara.

—¿Kia?

Levantando mi mochila de la mesa, me la puse y me volví hacia la voz en el pasillo. Adam me miraba.

—¿Sí? —Esperaba que mi tono de voz sonara casual.

—Realmente tengo tarea que hacer —dijo.

Hice tiempo, ajustando mejor la correa sobre mi hombro.

—De acuerdo.

Suspiró, pasando una mano por su cabello.

—No quiero que pienses que no quiero ir contigo.

Tenía un bulto del tamaño de un puño en mi garganta. Ahogarlo con una sonrisa parecía imposible.

—Oye, está bien. Yo también tengo cosas que hacer, así que...

Me dirigí a la puerta, deseando que entendiera la indirecta y se fuera, así no tendría que cruzarlo. Pero se quedó allí, bloqueando mi camino. Me detuve a unos pasos de él y miré nuestros pies.

Lo oí suspirar.

—Si realmente quieres ir, iré.

—No quiero ir —mentí horriblemente.

—Sé que sí. Lo veo en tu rostro. Así que ven conmigo.

Levanté la cabeza, enojada y mortificada.



—¿Por qué? ¿Tú también crees que necesito una cita de lástima como Nessie?
¡Dios Adam! —Lo golpeé con mi hombro al pasar.

Llegué a la puerta de entrada antes de que me alcanzara.

—Eso no es lo que....

—¿Qué sucede? —Nessie apareció corriendo.

Abrí bruscamente la puerta de entrada, mordiéndome la mejilla para no llorar.

—Te veo mañana en la escuela.

—Kia, espera...

Pero el golpe de la puerta detrás de mí acalló lo que fuera que Adam quisiera decir. Bajé los escalones y prácticamente corrí hasta la parada de autobús.



9

Un paso gigante para el cambio

Traducido por MaEx, e Isa 229

Corregido por flochi

Dejé la corbata en el sobre en mi mochila. Parecía el lugar más seguro, o eso me dije a mí misma. No tenía nada que ver con mi locura o el deseo inexplicable de querer un pedazo de él cerca. El chico estaba tan fuera de mi liga que ni siquiera estaba jugando en el mismo campo. Chicas como yo necesitaban fijar su mirada en oportunidades más realistas como los chicos del Club de Matemáticas o el Equipo de Ajedrez. Muchachos que entendían nuestra intelectual... oh, ¿a quién demonios estaba engañando? Quería a Adam Chaves en la forma en que un adicto al crack quería su crack. Estaba avergonzada de admitirlo, incluso a mí misma. Era humillante estar tan completamente obsesionada con una persona que ni siquiera se atrevía a ver una película contigo. Todo el asunto se reducía a la forma en que me percibía en mi reflejo cada mañana, lo cual me molestaba mucho más que mi adicción a Adam.

Antes de él, pasaba días sin mirarme en el espejo. Me ponía dos cosas cualesquiera que encontraba en mi cómoda, me pasaba un cepillo por el cabello y consideraba que el trabajo era un éxito. Ahora estaba allí, observando detalles que nunca habían estado allí antes. Mi cara era demasiado pálida. Mis ojos eran demasiado marrones. Mis gafas eran demasiado feas. Era demasiado alta. Mi cara era demasiado cuadrada. Tenía los dientes extraños. Cada imperfección era otro punto en la muy alta escala de razones por las que nunca podría captar la atención de Adam.

—Hola. —Joanne asomó la cabeza por la puerta abierta—. ¿Qué estás haciendo?

Lancé a un lado el suéter que había estado sujetando, dejándolo caer en la gran pila de suéteres en constante crecimiento a mí alrededor.



—Nada.

Joanne entró en la habitación, una delgada línea formándose entre sus preocupados ojos.

—¿Qué está mal?

—¡Nada! —dije de nuevo, esta vez más nerviosa.

—Bueno, algo claramente te está molestando.

—¡No es nada! Yo solo... ¡ugh! —Le di una patada enojada a la pila—. Odio todo acerca de mí misma.

—¡Whoa! —De repente estaba justo en frente de mí, sus pequeñas manos sujetando mis brazos con fuerza—. Ahora siéntate un momento y explícate.

Me senté, no porque ella lo dijo, sino porque no quería estar más de pie. Dejé caer mi cabeza en mis manos. Sentí la cama hundirse a mi lado. Su esbelto brazo se deslizó alrededor de mi espalda.

—Ahora dime lo que está pasando.

Le dije. Empecé desde el momento en que salvé la vida de Claudia, a la fiesta, a Adam. No dejé nada afuera.

—Nunca te preocupaste por cómo te veías antes —dijo Joanne cuando terminé.

—Porque nunca antes hubo un chico que quería que me notara.

Frunció los labios.

—Bueno, ¿sabes qué? Tienes dos opciones aquí. Puedes cambiar todo con lo que te sientas cómoda, todo lo que te hace la persona que eres, por algún chico que no puede ver tu verdadero valor en primer lugar. O, le haces ver la persona increíble y maravillosa que eres.

Fruncí el ceño.

—No me gusta ninguna de esas opciones.

Joanne se rio entre dientes.

—Esos son las dos únicas que tengo. Lo siento.



—Ves, ese es mi problema. —Me levanté y comencé a caminar a lo largo de mi habitación—. No me gusta esta persona en la que me he convertido. Adam nunca me ha pedido que cambie. En la fiesta, me miró como si fuera la cosa más hermosa que había visto en su vida, lo que es estúpido porque ni siquiera podía verme. Pero yo sabía que si pudiera hacerlo, ver mi verdadero yo, se volvería loco y no me equivoqué. El segundo en que Nessie mencionó que fuéramos al cine juntos, él... Dios, Jo, deberías haber visto su cara. Uno pensaría que se le pidió procrear con una babosa o algo así. Fue horrible. Nunca me he sentido tan... poco.

—Pero de todo lo que me has dicho acerca de este tipo, pareces realmente gustarle. Tal vez fue otra cosa lo que lo disgustó. Tal vez realmente tenía tarea. La Academia Vina es brutal en el mantenimiento de un cierto promedio de calificaciones.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Solo quiero que esto termine. Quiero volver a ser como era. Me gustaba mi yo, mi vieja yo, no esta persona idiota en la que me he convertido.

—A mí también me gustas tú —dijo Joanne cuando dejé de despotricar—. Al igual que a tu madre y tu padre y Dallas. Hay un montón de personas a quienes les gustas y creo que si lo dejas, también le gustarás a Adam.

Me tumbé junto a ella.

—No, eso no pasará.

—¿Por qué?

—Porque el hermoso y caliente protagonista no se dará cuenta de sus errores y se enamorará de la torpe nerd. Esto no es una película. Hombres como Adam no quieren a chicas como yo.



—¡Kia! —Nessie se me unió en la clase de biología al día siguiente con un rubor en su cara y dos cosas cuadradas en su mano. Los ondeaba fuertemente sobre



su cabeza mientras corría alrededor de las mesas hacia donde me estaba sentando—. ¡Mira lo que tengo!

Tuve que saltar hacia atrás mientras ella estiraba su brazo, casi restaurando la alineación de mi nariz. Las cosas cuadradas eran boletos e incluso con mis gafas puestas, estaban metidos tan cerca de mi cara que las palabras eran borrosas.

—¡Dos boletos para el carnaval del muelle para este fin de semana! —Se mordió el labio, apenas reprimiendo su atolondrada emoción mientras me miraba a los ojos—. ¡Feliz cumpleaños! —chilló ruidosamente, lanzando sus brazos al aire como si hubiera sido lanzada de un pastel—. Es la última noche antes de que cierren, así que tenemos que ir.

Me reí, quitándole los boletos para verlos por mí misma.

—¡Oh, Dios mío, Nessie! ¿Dónde los conseguiste?

—Tengo mis fuentes. —Ella lanzó un mechón de cabello sobre su hombro—. ¿Te apuntas?

—¡Sí, me apunto! —Le di un abrazo—. Gracias.

—¿Qué? —Su sonrisa se desvaneció casi al mismo tiempo que la mía—. ¿No te gustan? ¿No quieres ir?

—¡No! No, definitivamente quiero ir. Me encanta. Yo solo... —Me aclaré la garganta—. Esperaba que pudiéramos hacer otra cosa para mi cumpleaños este fin de semana.

Había un mohín en sus brillantes labios, pero sus ojos estaban curiosos.

—¿Cómo qué?

Tenía un completo discurso preparado en la cabeza para cuando le preguntara a Nessie, pero cuando me senté allí, tratando de encontrar las palabras, mi mente estaba en blanco.

—Yo, uh, esperaba que fueras de compras conmigo.

El ceño fruncido de Nessie se acentuó aún más.

—¿De acuerdo...?

No había una manera fácil de hacer esto así que simplemente lo solté:



—Quiero un cambio de imagen.

Solo había visto esa cantidad de niveles de reacción facial en la televisión, pero literalmente fue como ver una película en cámara lenta. Su rostro pasó de curioso a confundido, sorprendido y finalmente, el momento que estaba esperando, ella chilló, saltó de su banco y chocó contra mí.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —gritó en mi oído mientras saltaba de arriba a abajo y me aplastaba contra ella—. ¡Nunca pensé que lo pedirías!

—¡Srta. Chaves! —ladró la señora Pang, pisando fuerte en la habitación—. Tome asiento, por favor.

Nessie me dio una fuerte sacudida antes de tomar su asiento. Ella todavía estaba sonriendo demasiado ampliamente para ser considerado seguro sin daños irreparables a su cara. Sus ojos bailaban con emoción que solo estaba presente cuando había una venta de zapatos. Podía decir que le estaba costando mucho no gritar otra vez, lo cual me hacía reír.

—Saldremos de compras el sábado por la mañana y luego iremos al muelle con tu nuevo estilo caliente —me dijo, apenas capaz de mantener la voz baja.

El sábado no podía llegar suficientemente rápido, en mi opinión. Mi decisión de convertirme en una nueva Kia era un poco repentina, una decisión momentánea, pero pensé “¿por qué no?” ¿Qué daño podría hacer? No iba a cambiar cómo era por dentro. ¿Dolería si cambiara lo que era en el exterior? Esa era la parte que la gente veía más, ¿no? Realmente a nadie le importaba qué clase de persona eras por dentro si no le gustaba cómo eras en el exterior primero, lo cual me hacía preguntarme, ¿quiero que la gente empiece a notarme? Me gustaba mi burbuja de aislamiento. Siempre había sido una cosa de elección. Pero entonces, esto también lo era. Tal vez era tiempo de que diera un paso fuera y viera lo que el resto del mundo había estado haciendo en mi ausencia.



10

Nueva piel con una nueva cara

Traducido por Helen1, Fanny y Otravaga

Corregido por flochi

Desarrollé un muy fuerte odio por el pasillo de los perfumes. Surgió profundamente de ser rociada y acosada por las entusiastas vendedoras blandiendo el arma más peligrosa de la historia: la botella de perfume. Entendía el asunto de que *están trabajando por comisión*, pero nadie estaba forzándolas. Nadie tenía una pistola en sus cabezas, diciéndoles que rocíen a cada transeúnte que se cruzara en su camino. ¿No era eso una especie de acoso?

—Huelo como una prostituta —decidí mientras seguía a Nessie por la amenazadora selva de olores hacia el departamento de maquillaje.

—Bueno, pronto te verás como una prostituta cara —respondió ella y se rio cuando la fulminé con la mirada.

—¿A dónde vamos? —le pregunté.

—¡A ver al dios de todas las cosas bellas!

—¿Escuché a alguien decir mi nombre?

El tipo me recordaba a un genio. Todo, desde su elegante cabello echado a un lado a su perilla rizada, gritaba extravagante. Apareció desde atrás de un mostrador de maquillaje con los brazos abiertos y una sonrisa deslumbrante. Él caminó como un modelo haría por la pasarela y abrazó a Nessie como si hubieran sido amigas que no se habían visto por un largo tiempo. Oro brillaba en sus dedos y desde las cuerdas alrededor de su cuello. Llevaba pantalones sueltos con una camisa blanca que complementaba su piel color moca y ojos de color



oscuro. Se apartó de Nessie, manteniendo las manos en sus hombros mientras la miraba.

—¡Chica, eres un regalo para la vista! ¿Dónde has estado? —La última parte sonó como una acusación.

Nessie puso los ojos en blanco.

—Me echaron de la Academia Aburrida. Mamá y papá recortaron mis privilegios de gastos.

El hombre puso una cara larga y enfurruñada casi cómica.

—Bueno, fuiste muy echada de menos por aquí.

Sonriendo, Nessie se dio la vuelta para mirarme.

—Deron, esta es mi amiga Kia. Estamos aquí por tu toque mágico.

Ojos curiosos pasaron de la hermosa cabeza morena hacia mí y parpadearon. El choque de verme junto a Nessie tenía ese efecto en la gente. Era como que estaban esperando que una supermodelo tenga una amiga supermodelo... y luego me tenían a mí.

—Hola —le dije, rompiendo el silencio cada vez más incómodo.

Deron salió de su sorpresa con la misma actitud llamativa que un pavo real cuando despliega sus alas.

—¡Querida! —Juro que pronunció cada letra de la palabra. Me recordó a *Cruella de Vil* justo antes de secuestrar a los cachorros—. ¿Dónde has estado?

Supuse que era una pregunta retórica, así que me abstuve de responder. Afortunadamente, él no esperó una respuesta, mientras tomaba mi codo y me arrastraba por la fuerza alrededor del mostrador de cristal al banco en el otro lado.

—¡Siéntate, siéntate! —Me empujó en la silla—. Déjame echar un vistazo.

Nunca me sentí como un insecto, pero sentada allí con el chico mirándome, juzgándome tranquilamente en su cabeza, me sentí como tal.



—Tienes una piel hermosa —decidió al fin—. Lo que es un lienzo perfecto para trabajar. Tus ojos. —Me quitó los anteojos y los colocó en el mostrador—. ¿Tienes lentes de contacto?

Asentí.

—¿Tienes algo en contra de usarlos?

Negué con la cabeza.

—Bien. Comienza a hacerlo.

Sí, señor. Me detuve en seco de decirlo.

Él continuó, señalando todos los defectos que ya había notado en el espejo, además de añadir algunos nuevos por los que preocuparme a la vez que me ofrecía cumplidos sobre mis pestañas, la plenitud de mis labios y los elegantes arcos de mis cejas. Era confuso lo encantada y deprimida que podía hacerme sentir a la vez. Las emociones en conflicto de ninguna manera parecían extenderse a Nessie. Se quedó parada al otro lado del mostrador, moviendo la cabeza reverente como si cada palabra de Deron fuera sacada directamente de la Biblia.

Llevó varias horas, y lo sabía porque mi trasero ya se había quedado dormido, hasta que finalmente cesó su asalto. Se echó hacia atrás con un pincel entre los dientes, un conjunto de pinzas en una mano y un par de tijeras en la otra. Hubiera sido impresionante si no estuviera medio dormida.

—¡Oh, Kia! —Nessie se quedó atónita, palmeando sus manos sobre su boca.

El pánico me recorrió

—¿Qué? ¿Es horrible? —¿Había sido demasiado esperar que un profesional me pudiera arreglar?

—Querida, *nada* de lo que hago es horrible. —Deron empujó un espejo dorado en mi mano y dio un paso atrás.

Me temblaba la mano mientras acercaba el espejo. Mi imagen estaba borrosa y me tomó un momento recordar que no llevaba mis anteojos. Busqué por ellos, sin apartar los ojos de la mancha negra en el espejo. Nessie me ayudó a ponerlos en mi nariz y parpadeé para enfocar mi visión.



No tenía ni idea de quién era la chica en el espejo, pero tenía mi cabello y mi estructura ósea y eso era todo. Sus ojos eran de un cálido chocolate oscuro, abanicados por gruesas capas de pestañas que revoloteaban para rozar las cejas perfectamente depiladas. Tonos marrones suaves iluminaban sus párpados, haciendo que sus ojos parecieran ahumados y misteriosos. Su piel era impecable y con el toque justo de rubor. Sus labios estaban desnudos, pero brillantes. Apenas se veía como si ella... Yo estuviera usando maquillaje en absoluto, pero sabía que lo estaba haciendo, porque no me veía de esa forma regularmente.

—Vaya —murmuré, asombrada.

—¡Te ves preciosa! —dijo Nessie en voz baja, luciendo un poco impresionada.

—¡Por supuesto que se ve preciosa! —resopló Deron, bajando en picada y sacando pequeñas cajas de la vitrina—. Ahora, estos son todos los productos que usé en ti hoy. Voy a poner un conjunto de instrucciones para ayudarte a mantener esta fabulosidad todo el tiempo.

Había casi diez cajas sobre el mostrador y ni siquiera tenía que ver el precio para saber que *tal vez* solo iba a ser capaz de comprar uno.

—Uh...

—¡Yo lo compro! —Nessie sacó su brazo, empuñando una elegante tarjeta dorada.

—¡No!

Esquivó la mano que saqué para agarrarla.

—Yo invito. Después de todo, es tu cumpleaños.

Ágilmente arrebatando la tarjeta de Nessie, Deron jadeó.

—Bueno, ¡feliz cumpleaños!

Lo ignoré.

—Ness, esto es demasiado.

—Bueno, puedes pagarme comprándome el almuerzo. Muero por comida griega.



—Pero...

—¡Aquí tienen! —Deron tenía el recibo de Nessie y mis artículos recientemente comprados en una bolsa—. Disfruten el resto de la tarde, chicas.

—¡Vamos! —Nessie tenía la bolsa en una mano y me hacía señas con la otra mientras comenzaba a salir del departamento de maquillaje.

Me deslicé vacilantemente del taburete, agujas invisibles me pinchaban a través de las plantas de mis pies.

—Gracias —le dije a Deron—. En verdad aprecio tu ayuda.

Deron llevaba una mirada que había llegado a reconocer como una de profunda contemplación.

—De nada. Disfruta a la nueva tú. —Me ofreció una ligera sonrisa—. Pero no olvides a la vieja tú. Ella también es importante.

Agradeciéndole de nuevo, me apuré detrás de Nessie.

—Entonces, ¿quieres ir al salón o tomar un descanso y buscar zapatos?

—Quiero hablar sobre pagarte por todas esas cosas —respondí.

Nessie suspiró, exasperada.

—No puedes pagarme por un regalo. Eso frustra la ley de dar regalos. Además, ¡he esperado por siempre para transformarte! Así que cállate —Tiró la bolsa hacia mí—, y disfruta.

Agarré la bolsa, sintiendo una bola de emoción estancarse en mi garganta.

—Gracias.

Sonrió.

—De nada. Ahora, ¿cabello o zapatos?

Reí.

—Cabello. No tardaré tanto como tú mirando zapatos.

—Es cierto. —Nessie enredó su brazo con el mío y me llevó en la dirección correcta—. Conozco el estilo perfecto que completará tu nueva apariencia.



No había mucho que alguien pudiera hacer con cabello corto, o eso pensaba. Pero en el momento en el que Rosa, mi estilista, me empujó en la silla, estuvo *inspirada*. Con la dirección de Nessie, Rosa comenzó a cortar mi cabello. En un punto, en verdad comencé a alterarme. ¿Iban a dejarme calva?

—¡Relájate! —continuaba diciéndome Nessie.

Así que cerré mis ojos y recé para que terminara pronto.

—¡Terminado! —gorgojó Rosa, quitándome la capa de los hombros con una floritura. La sacudió y giró mi silla hacia el espejo.

—Santo cielo...

Me veía graciosa y atrevida y ¿me atrevía a decirlo? ¡Sexy! Lucía sexy. El cabello estaba estilizado en atrevidas capas que caían alrededor de mi rostro. El largo era el mismo, pero había vida en los mechones.

—¿Te gusta? —preguntó Rosa.

—Maldición, ¡me encanta! —declaré, atreviéndome a tocar el flequillo sobre mi ojo derecho.

Nessie gritó, saltando de arriba a abajo y aplaudiendo.

—¡Luces tan caliente!

Reí.

—Vamos. —Agarró mi brazo y me sacó del salón.

—¡Oye! Espera. No he pagado. —Clavé los tacones en el suelo.

—Es un regalo de mi mamá —dijo Nessie—. Me dijo que te consiguiera algo de su parte.

Me sobresalté.

—Nunca he conocido a tu madre. No puede pagarme un corte de cabello.

—Rosa conoce a mi mamá. Le dije que lo pusiera en su cuenta. No es gran cosa.

Gentilmente me alejé de sus garras y di un paso atrás.



—Como que lo es. —Suspiré—. Mira, gracias por el... —Sostuve la bolsa de maquillaje en alto y la agité—... maquille y dile a tu mamá que gracias por ofrecerse, pero creo que me gustaría pagar por esto.

Nessie se encogió de hombros.

—Está bien.

Me apresuré a regresar, saqué un poco más de tres meses de mesada y se lo entregué a Rosa junto con una generosa propina. Le agradecí y me apuré para alcanzar a Nessie.

—¿Estás enojada? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—¿Enojada? No. ¿Confundida? Sí. Pero supe cuando me hice tu amiga que eras completamente rara, así que no, no hay problema. —Su brazo serpenteó alrededor del mío—. ¿Hora de los zapatos?

Me eché a reír.

—Hora de los zapatos.

Nunca conseguimos llegar a la sección de zapatos. A mitad del camino, Nessie quedó atrapada en una tienda de ropa donde fui bombardeada con una brazada de vestimenta que combinaba con mi nuevo cambio de imagen atrevido y sexy. Me gustaría agregar que no había ni un solo suéter entre el lote, lo cual era triste y desconcertante. Siempre me compraba al menos un suéter cuando iba de compras. En el mostrador de enfrente, saqué mi monedero e hice una mueca de dolor ante los pocos billetes arrugados en el fondo. Ni de cerca lo suficiente para cubrir el costo de la montaña frente a mí.

Con un suspiro que esperaba que nadie más hubiera escuchado, hurgué en la parte posterior del monedero en busca de la tarjeta de débito me mantenía escondida allí. Estaba vinculada a una cuenta separada que me abrió papá cuando empecé el secundario. Solo para que la usara en caso de emergencia o para artículos de la escuela, incluyendo ropa. Nunca la había usado, no en los cinco años transcurridos desde que la había tenido. Consideraba esto como recuperar el tiempo perdido.



No debería haber estado sorprendida cuando pasó. Papá depositaba dinero en la cuenta cada semana y después de cinco años, probablemente tenía suficiente para pagar la universidad, pero aun así me sorprendió cuando la chica me pasó el recibo y me deseó un buen día.

Utilicé la tarjeta una vez más para tres pares de zapatos y un nuevo juego de libretas y luego la guardé para dentro de otros cinco años.

—Estoy agotada —gemí mientras hacíamos la caminata hacia la parada de autobús.

Todavía con un irritante salto en su paso, Nessie se rio tontamente.

—Esperemos que no estés demasiado agotada. Todavía tenemos una noche llena de diversión por delante.

Casi me había olvidado del carnaval. Una oleada de adrenalina pulsó a través de mí ante la idea. Subí al autobús con un rebote en mi paso.



—¡Kia! —Mamá me abordó en el momento en que entré por la puerta—. ¡Mírate! Me sonrojé, mordiéndome el labio inferior.

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? Cariño, ¡me encanta! —Me arrastró por el brazo hacia el área de descanso—. ¡Joanne, mira!

Sentada en el sofá, rodeada de una torre de libros de derecho y papeles sueltos, Joanne levantó la vista. Empujó sus gafas de lectura más arriba por su nariz y me miró de soslayo.

—¿Kia? —Parpadeó—. ¡Oh, Dios mío! —Saltó del sofá, arrojando hojas de papel y bolígrafos por todas partes. Reemplazó las manos de mamá en mis brazos y me sacudió—. ¡Te ves increíble! —Su mirada cayó a la veintena de bolsas en mi mano—. ¿Te divertiste?

Hice una mueca, girándome hacia mi madre.



—Utilicé la tarjeta de papá.

Las cejas de mamá se elevaron a toda prisa en su frente, dándole a su rostro una expresión de horror.

—¿Compraste crack?

Parpadeé.

—¿Qué? ¡No!

—¿Condomes? ¿Marihuana? ¿Heroína? ¿Un stripper sexy?

Me quedé mirándola fijamente como si hubiera perdido la cabeza.

Se encogió de hombros.

—Bueno, solo estoy asegurándome de que cuando tu padre venga a irrumpir aquí, exigiendo saber en qué te gastaste el dinero, tengamos todas las bases cubiertas. —Se rio de mi ceño fruncido—. El dinero está ahí para que lo utilices, Kia. Me sorprende sinceramente que no lo hubieses usado antes.

—Sí, lo sé. —Arrugué la nariz—. Es solo que... No lo sé.

Mamá me frotó el brazo.

—Lleva tus cosas arriba. Está bien.

—Yo te ayudaré. —Joanne rebotó detrás de mí—. Quiero ver lo que compraste.

En mi habitación, vacié las bolsas en mi cama y le mostré todos las nuevas camisas, jeans y vestidos que había comprado. Ella jadeaba y se maravillaba ante todo. Era emocionante ver sus reacciones, lo que hacía menos aterradora de manejar mi decisión de cambiar mi estilo.

—¿Por qué no podíamos ser de la misma talla? —se quejó, sujetando una de las botas que había comprado—. Mataría por estas.

Me reí desde mi lugar en el piso de mi habitación, arrancando las etiquetas de precio de las prendas.

—Creo que voy a donar algunas de mis cosas viejas —decidí, echándole un vistazo a mi armario—. Para hacer espacio para lo nuevo.

Joanne asintió, poniendo las botas a un lado.



—Esa es una buena idea. Déjeme saber si necesitas ayuda. —Levantó uno de las camisas nuevas y la dobló cuidadosamente—. ¿Kia?

Miré hacia arriba.

—¿Sí?

Encontró mi mirada de frente.

—No estás haciendo esto debido a ese chico, ¿verdad?

Dejé caer mi mirada, no por culpa, sino por vergüenza.

—Tal vez un poco, pero no del todo —confesé—. Creo que lo único a lo que Adam ayudó fue a hacer que me diera cuenta de que tal vez era hora de un cambio. No quiero ser invisible por el resto de mi vida. Tengo diecisiete años y tuve mi primer beso de verdad hace una semana. La única vez que un chico me da una segunda mirada es cuando estoy corriendo en la clase de gimnasia y eso es solo por las chicas. Tengo una sola amiga, y sé que no debería ser amiga de personas que solo me notan por mi aspecto, pero es lo primero que la gente ve antes de hablarte. —Agarré una etiqueta en un par de pantalones—. Creo que quiero que la gente me note un poco. Quiero decir, me estoy haciendo mayor y no puedo salir al mundo luciendo de la misma manera que lo hacía cuando tenía cinco años, ¿sabes? —Miré hacia ella—. Creo que esto podría ser bueno para mí.

Joanne asintió despacio.

—Bueno, está bien entonces. Sabes que tu madre y yo te apoyamos en lo que sea que decidas hacer.

Le sonreí.

—Gracias.

Con una sonrisa, se puso de pie y se acercó a mí. Agachándose, me dio un beso en la parte superior de la cabeza y se fue.

Me senté mirando el desorden a mi alrededor y suspiré. *La ropa no cambia a una persona*, me dije. Todavía podía ser yo en diferentes tipos de ropa. Pero, ¿quién demonios era yo?



11

La bruja nunca muere

Traducido por flochi y MaEx

Corregido por Ɔ Ɔel

Esperé a Nessie en la entrada del carnaval. La noche era cálida a pesar de la aproximación del invierno. El viento estaba rociado con el aroma marino y soplaba a ritmo con las olas estrellándose contra la arena. Arriba, el arco del carnaval brillaba como la sonrisa de un anciano. La mayor parte de los bombillos estaban quemados y aquellos que funcionaban, titilaban. Una música tintineante llegaba por encima de las risas desenfrenadas y los gritos de emoción. Se arremolinaba alrededor del aroma a algodón de azúcar, perritos calientes y la grasa de las máquinas. Lo respiré todo, mi propia emoción burbujeando en la boca de mi estómago. Tiraba ansiosamente del dobladillo de mi camisa recién comprada.

Todo el conjunto se sentía extraño en mi cuerpo. Los jeans eran demasiado ajustados y se subía en lugares que estaban empezando a raspar y la camisa era linda con su cuello en forma de "U" y mangas cortas, pero no entendía el sentido del cinturón. Había venido con ella y Nessie me había advertido que no lo usara en mis jeans, que en realidad iban sobre la camisa, algo que parecía no tener sentido ahora debajo de mi chaqueta. Lo único que sentía cómodo de usar eran las botas que se amarraban por encima del pantalón. Debo haber utilizado todo apropiadamente porque había recibido más de una segunda mirada de la población masculina desde que llegué. Incluso una chica me había preguntado dónde había conseguido mi chaqueta, algo que nunca antes me había sucedido. Se sintió realmente bien. Hizo que todo el asunto del cambio de imagen pareciera emocionante y que valía la pena. Consciente de mi apariencia, me toqué el cabello, esperando que este y mi maquillaje se encontraran perfectamente intactos como lo habían estado más temprano. Pero no sería por mucho tiempo si Nessie no se daba prisa.



Miré al teléfono de Joanne. Estaba diez minutos atrasada. Cerré el teléfono y lo metí en mi bolsillo trasero, maldiciendo por no haber pensado en traer un libro.

—¡Kia!

Me separé del poste y giré la cara hacia el propietario de la voz.

—¿Adam? —Miré atrás de él—. ¿Dónde está Nessie?

—No pudo venir. —Se detuvo a pocos pasos de mí, su cabello desordenado por el viento y la cara ruborizada. Se veía impresionante en sus jeans y la chaqueta del equipo de Vina.

—¿Se encuentra bien?

Asintió.

—Mamá encontró el examen de historia que Van desaprobó el viernes. Está castigada.

La decepción se apoderó de mí.

—¿Así que no va a venir?

Negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Oh. —Intenté ocultar el dolor que pesaba en mi pecho—. Está bien. Gracias por avisarme.

—Kia, espera. —Sus dedos largos y cálidos se envolvieron alrededor de la piel desnuda de mi muñeca, deteniendo mi retirada.

Bajé la mirada a su mano, luego la alcé hacia él.

Pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y me liberó lentamente.

—Lo siento. No quise seguir sujetándote... —Se llevó los dedos a su cabello—. He esperando verte desde el otro día en casa. Quería... quiero disculparte.

Negué con la cabeza.

—No tienes nada de que disculparte.



—Sí, tengo. No quise sonar como que me estaba compadeciendo de ti. No fue así. En serio tenía que estudiar para un examen esa noche.

—¿Y estudiaste? —pregunté, esperando aligerar la tensión.

Casi funcionó. Se rio entre dientes, pero fue débil.

—En realidad, no. Me sentí horrible por todo lo que pasó. Yo... —No continuó. Se humedeció los labios—. Esperaba que me dejaras compensártelo.

Sin esperar mi respuesta, metió la mano en su bolsillo trasero y sacó algo que me entregó.

Agarré las delgadas piezas de cartón.

—Los boletos. —Lo miré—. ¿Por qué los tienes?

La comisura de su boca se alzó.

—¿Quién crees que se los dio a Van?

Lo miré.

—No entiendo.

Pareció dudar por un segundo antes de hablar:

—Yo, uh. —Se aclaró la garganta—. Alguien recientemente me dijo que era un idiota por nunca haber ido al carnaval. Entonces compré los boletos esperando que ella fuera conmigo, pero... —Me quitó los boletos y los miró con nostalgia—. Muy probablemente nunca vuelva a verla, así que se los di a Van.

—Oh. —Tragué con fuerza el nudo en mi garganta.

Sus hermosos ojos se elevaron y encontraron los míos.

—No quiero ir solo y realmente no quiero perdérmelo. —Me ofreció una sonrisa juvenil que hizo a mi corazón revolotear—. ¿Vienes conmigo?

Había comprado los boletos para mí. Bueno, él no sabía que era yo, pero no pude evitar sentirme profundamente conmovida por el gesto inconsciente.

—Me encantaría.



Con una sonrisa que debilitó mis rodillas, me llevó a la entrada de la boletería. Le ofreció a la mujer sonriente que se encontraba allí nuestros boletos a cambio de pulseras.

Se volvió hacia mí mientras ajustaba la manga de su chaqueta sobre la banda de papel.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó, sus ojos viajando por las luces parpadeando y las máquinas girando.

Esperé hasta que esos ojos finalmente se posaron sobre mí antes de responder.

—Cada año. Adoro el carnaval. Nunca me lo pierdo.

Contuve la respiración, esperando ver si haría la conexión, si eso desataría... algo.

Pero simplemente sonrió.

—Genial. Guíame.

O no.

Lo llevé alrededor del muelle, señalándole todas mis atracciones y juegos preferidos. Le conté todas mis historias embarazosas e incluso un cesto de basura con el que tuve una relación cercana y personal más de una vez. Me sorprendió lo sencillo que fue hablar con Adam una vez que pasaron mis nervios y el temor a tropezarme con mis propios pies. Quizás fue la nueva apariencia, algo sobre lo que Adam no había comentado todavía, pero me sentí más confiada y sexy y quería que él lo notara.

—Entonces, si viviste en Mayferd por ocho años, ¿cómo es que nunca antes has visitado el muelle? —le pregunté, no creyéndome por completo la historia.

Adam se encogió de hombros.

—Nunca tuve una razón. Siempre sentí que era un lugar al que traerías a alguien especial.

—¿Y nunca has tenido a alguien especial a quien traer? —La duda debió haberse mostrado en mi pregunta porque me miró con absoluta seriedad.

—No.



Aparté la mirada primero.

—Entonces, ¿qué quieres hacer para empezar?

Miró las gigantes máquinas con sus luces parpadeantes y ruido ensordecedor.

—Algo seguro —contestó tranquilamente.

No estaba segura de haberlo escuchado correctamente.

—¿Seguro?

Asintió, volviendo su atención de regreso a mí.

—Bueno, contigo siendo una chica y todo eso, no quiero que te asustes.

Mi mandíbula se desencajó.

—¿Disculpa? Amigo, ¡crecí en esas atracciones! —Vi el brillo de diversión en sus ojos antes de terminar mi despotrique—. Está bien. Apostemos. Vayamos a cualquier atracción y apuesto a que gritarás antes de que yo lo haga.

Su ceja se levantó.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

Se frotó la mandíbula pensativamente, ojos almendrados perforando los míos.

—Supongo que tendremos que esperar y ver.

Empezamos en el *Zipper*, una de mis atracciones preferidas, y continuamos a través de carnaval, riéndonos hasta que había lágrimas bajando por nuestros rostros y nos dolían los estómagos. Estaba mareada y mis piernas se tambalearon al salir de la montaña rusa. Adam me agarró cuando mi zapato quedó atrapado en la rampa de metal en la plataforma.

—Cuidado —dijo en voz baja.

Me ruboricé.

—Lo siento.

Sus labios se curvaron.



—No hay por qué. Me estoy acostumbrando a que te lances sobre mí.

Nerviosa, le di un manotazo, haciéndolo reír. Me ayudó a ponerme de pie, pero mantuvo un brazo alrededor de mi cintura mientras ascendimos la plataforma.

—¿Qué sigue?

Revisé mi reloj.

—El parque cerrará pronto, así que te diría que vayamos a unos cuantos juegos ahora. —Lo miré—. ¿Qué opinas?

—Los juegos suenan estupendo.

Su brazo nunca se deslizó de alrededor mío. Fui dolorosamente consciente de ello, de estar metida en su costado, de su calor, de su aroma. Tomó una enorme cantidad de esfuerzo controlar los escalofríos. Pero uno se deslizó sin mi consentimiento.

—¿Frío? —Sus palabras soplaron el cabello de mi sien.

—No. —Pero su brazo se apretó y mi corazón dio un vuelco.

—¿Ves una cabina que quieras probar?

No había estado mirando, pero me obligué a hacerlo.

—¿Qué tal esa? —Señalé a una cabina cualquiera de pistolitas de agua.

Adam nos llevó y depositó un billete doblado antes de tomar asiento junto a mí.

—¿Necesitas ayuda o crees que lo entiendes?

Lo pateé en la pierna suavemente.

—¡Voy a derrotarte!

Sus cejas se levantaron, su mirada se volvió intensa. Se inclinó más cerca y cada terminación nerviosa en los dedos de mis pies y manos se entumeció. El azul de sus ojos destelló, caliente y peligroso. Bajaron a mis labios, ya separados y esperando.

—¿Cómo sabías que me gusta rudo?



Disparada por un millón de dagas de deseo, no fui lo suficientemente rápida para apuntar mi arma cuando los chorros se encendieron. Adam ya estaba delante de mí, riéndose mientras disparaba sin esfuerzo en la boca del payaso.

—¡No es justo! —protesté, luchando para alinear mi arma con la boca ya que no tenía sensación en los dedos.

—Deberías haber estado prestando atención.

Apreté los dientes, mi cara caliente. No fue una sorpresa cuando me venció.

—¡Eres una mierda! —murmuré mientras me bajaba de mi banquillo—. Tú deliberadamente... —Me interrumpí, mi cara calentándose.

—¿Qué? —desafió, poniéndose de pie.

Me enfurruñé. De ninguna manera admitiría lo caliente que me había hecho en esos pocos segundos.

Se echó a reír.

—Eres linda cuando estás nerviosa. —Entonces se puso frente a mí, atrapándome entre él y el mostrador. Apoyó sus manos a cada lado de mis caderas, bloqueándome la salida—. Te ves diferente —reflexionó, su rostro a centímetros del mío, su aliento oliendo a menta.

—Yo... yo no estoy usando anteojos —grazné, casi sin respirar.

Sus ojos se estrecharon. Levantó su mano. Sus dedos se deslizaron a través de las hebras cayendo sobre mis ojos, barriéndolas a un lado—. Tu pelo está diferente.

—¿Solo eso?

Su mirada cayó sobre mi cara, deteniéndose en mis labios.

—No lo sé. Siempre has sido hermo...

—¿Ustedes quieren elegir un premio? —Al chico de la cabina no parecía importarle de una manera u otra, pero parpadeó hacia nosotros con ojos soñolientos.

Adam se apartó, no muy lejos, pero no tan cerca como lo había estado hace un momento, y se volvió hacia la variedad de osos de peluche recubriendo la pared.



—Escoge —me dijo.

Le miré.

—¿Yo?

Me dirigió una sonrisa desde la esquina de su ojo.

—Tú eres la que reclama que hice trampa. Considéralo una ofrenda de paz.

Solté un bufido y me giré hacia el estrado.

—Yo no he dicho que hiciste trampa. Te dije que eras una mierda. Manipulaste la situación. —Me centré en el arcoíris de colores, mi mente se debatía entre un esponjoso oso rosa y uno amarillo. Entonces lo vi, escondido detrás de un oso morado—. Ese —dije, señalando.

El muchacho se empujó y arrastró los pies en la dirección de mi dedo. Descolgó el oso elegido y me lo trajo.

Lo agarré, incapaz de detener la amplia sonrisa que se extendió en mi cara mientras miraba sus brillantes ojos marrones.

—¿Por qué ese? —preguntó Adam, llegando a mi lado.

Sin dejar de sonreír, se lo mostré a Adam para que viera.

—Verde bosque. —Me reí, no sabía por qué, pero de alguna manera encontraba toda la situación hilarante—. Se ve como oso libre de dramas, ¿no lo crees?

Sacudiendo la cabeza, empecé a caminar. Me tomó tres pasos darme cuenta de que Adam no me estaba siguiendo. Me volví y mi corazón prácticamente se detuvo.

Envuelto en las sombras con la cabeza inclinada, era imposible juzgar lo que estaba pensando, pero su postura estaba forzada y recta, como si hubiera sido inyectado con concreto.

—¿Adam?

Su cabeza se levantó con creciente lentitud. Luces de la cabina astillaron sobre la superficie de sus ojos, haciéndolos brillar. La grava crujía bajo sus pies mientras cerraba el espacio entre nosotros. Mi corazón tamborileaba en mi pecho, a ritmo con cada paso que él tomaba más cerca de mí.



—Si te preguntara algo no me mentirías, ¿verdad, nena?

A pesar del lío enmarañado de nudos y temblores, muy rígidamente negué con la cabeza. Mis manos temblaban y apreté mi sudoroso agarre en el oso.

Se detuvo a centímetros de mí. Mi cuello fue forzado hacia atrás, era un extraño ángulo para mí. Muy rara vez levanté la vista hacia un hombre. Pero esa era la menor de mis preocupaciones en ese momento.

Su mano se levantó y tocó ligeramente las puntas de mi cabello. Empujó las hebras de mi mejilla, dejando que el dorso de sus dedos rozara mi piel. Jadeé. Me estremecí. Sus ojos se oscurecieron.

—¿Eras tú...?

—¿Adam? —La voz fue como un látigo, haciendo añicos el momento en mil pedazos.

Nos dimos la vuelta hacia el pequeño grupo de personas que se dirigían hacia nosotros con una muy hermosa y peligrosa líder a la cabeza.

Automáticamente me encogí ante la vista de Claudia y compañía. Me pregunté si ya era demasiado tarde para agacharse detrás de la cabina. El muchacho operando la estación parecía lo suficiente aburrido que probablemente no le habría importado. Pero Claudia me había visto. Esos cortantes ojos fríos se hundieron en mí como anzuelos, anclándome al lugar.

Cuando estaban lo suficientemente cerca para que correr fuera imposible, Claudia finalmente miró hacia otro lado, centrándose en Adam en su lugar.

Ella sonrió maravillosamente.

—Es curioso encontrarme contigo aquí.

Adam asintió.

—Mundo pequeño.

—Una miniatura —concordó. Su mirada revoloteó hacia mí—. Es bueno ver que estás haciendo un esfuerzo para estar presentable, Kyra. Esos suéteres eran tan anticuados.

No dije nada, no dándole la satisfacción de verme perder los estribos y darle un puñetazo en la cara.



Claudia volvió su atención de nuevo a Adam.

—¿Y qué están haciendo ustedes dos aquí?

Adam respondió por los dos:

—Simplemente disfrutando de la última noche del carnaval.

Claudia asintió como si tuviera mucho sentido.

—Deberías habérmelo dicho. Podríamos haber venido juntos. —Cerró la distancia entre ellos y encajó su perfecto cuerpo con el suyo—. Te habría hecho pasar un tiempo increíble.

Adam apoyó ligeramente las manos sobre sus brazos y la empujó hacia atrás. La mirada atónita en el rostro de Claudia... no tenía precio.

—Gracias.

Sin inmutarse, Claudia pasó la punta de una puntiaguda uña de color rosa por el centro del pecho de Adam

—¿Qué te parece si hacemos algo mañana? Mis padres están fuera de la ciudad y podríamos pasar el rato en mi casa. —Por la forma en que jugueteaba con su pecho, no había duda de la clase de *pasar el rato* que quería hacer—. Te mandaré un mensaje más tarde esta noche y podemos arreglar la hora.

—Gracias por la oferta, pero ya estoy interesado en alguien más —dijo Adam, separando a Claudia de él y tomando un paso atrás.

Podría haber anunciado que era mitad caniche por la forma en que Claudia se quedó boquiabierta durante un minuto completo. Era como si no pudiera entender lo que le estaba diciendo o no supiera si él seguía hablando inglés.

Entonces esos penetrantes ojos apuntaron hacia mí y se estrecharon, desatándose como un cable con corriente.

—Yo tendría cuidado con esta, Adam. Ella nunca es quien crees que es. —Con una fría sonrisa hacia mí, Claudia guio a su pandilla lejos, dejándome a solas con Adam.

—¿Qué fue todo eso?

Negué con la cabeza, empezando a caminar en la dirección opuesta a Claudia.



—No lo sé —mentí—. Pero tengo que volver a casa.

—Kia. —Adam agarró mi mano—. Háblame.

—No hay nada sobre lo que hablar —dije.

Me arrastró de nuevo hacia él, ignorando mi protesta.

—Si realmente quieres ir, entonces te llevaré, pero al menos dime lo que ella quiso decir.

Retorcí mi mano para dejarla libre, sorprendida cuando automáticamente la dejó ir.

—Claudia y yo no somos precisamente amigas, ¿de acuerdo? ¿Podemos dejarlo así?

Parecía como si quisiera presionar, pero pareció pensarlo mejor y asintió.

—Claro. Te llevaré a casa.

Y así lo hizo. Me llevó a casa y me acompañó hasta la puerta.

—Te veré de nuevo —murmuró.

Asentí con la cabeza, mirando el oso en mis manos.

—Lo siento por lo que pasó.

Negó con la cabeza.

—No es tu culpa.

Levanté la vista y me encontré con su mirada.

—La pasé genial —dije con sinceridad—. Increíble, en realidad.

Él sonrió lentamente.

—Yo también. Tal vez podríamos hacerlo de nuevo.

—El carnaval está cerrado —le recordé, odiando la idea de tener que esperar todo un año para estar con él de nuevo.

—Quiero decir que tal vez podríamos hacer otra cosa.

Intrigada, incliné mi cabeza hacia un lado.



—¿Cómo qué?

Él se rio entre dientes.

—Nos las arreglaremos. —Se mordisqueó el labio inferior, mirándome a través de sus pestañas—. Feliz cumpleaños, *nena*.

Mi corazón revoloteó en mi pecho.

—Gracias.

Su aliento inundó mi cara y me sorprendió lo cerca que había llegado sin que lo notara.

—Buenas noches.

Tragué saliva, la capacidad de hablar me abandonó mientras sus labios se acercaron peligrosamente a los míos. Pero en vez de hacer contacto donde más los quería, rozó un beso en mi mejilla y dio un paso atrás. Estaba demasiado estupefacta para procesar lo que había pasado cuando me dejó allí de pie con el estómago lleno de mariposas y una marca quemando en mi mejilla.

12

Escapa de la chica en el espejo

Traducido por Shilo y Rivery

Corregido por veroonoel

La tira carmesí parecía más brillante contra la palidez de mi piel. La seda se deslizó a través de mis dedos mientras trazaba las líneas horizontales que estropeaba el que de otra manera era un color sólido. La corbata de Adam debería haberle sido devuelta el día que fui a su casa. Debería haber estado colgando en su armario o donde sea que mantuviera sus corbatas. En lugar de eso, estaba con ella en medio de la cafetería, deseando con todas mis fuerzas que hubiera, no tanto no salvado la vida de Claudia, pero algo parecido. O mejor aún, que no hubiera ido. Nunca debería haber ido a su estúpida fiesta. Así nunca hubiera tenido esa noche increíble con Adam y no estaría sentada aquí ahora, dividida entre dos imposibilidades que ni siquiera quería considerar.

Una pequeña parte de mí quería acercarse a él y decirle que era yo. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Al menos podría respirar finalmente. Luego, al mismo tiempo, continuaba imaginando su rostro teniendo esa extraña e incómoda mirada que tienen los chicos cuando se disgustaban secretamente, pero tratan de no mostrarlo. No podría soportar que Adam me mirara así. Podría haber jurado que era más fuerte que eso, pero claramente no lo era. Tal vez si él no hubiera significado tanto para mí como lo hacía, podría simplemente tirar la corbata en su regazo y alejarme.

En todo este enredo, había otra cosa en la que no había pensado antes... Nessie. Si Adam se daba cuenta que era yo y rechazaba esa idea, ¿en dónde dejaría eso mi relación con mi única amiga? ¿Cómo se sentiría sabiendo que me había lanzado a su hermano? ¿No había algún tipo de código de chicas en el que se suponía que no debería atraerte el hermano de tu mejor amiga? Nessie estaría tan molesta. Simplemente lo sabía.



—Haré otra fiesta y vas a estar ahí.

En el proceso de meter todas mis cosas de gimnasio en el bolso, miré hacia arriba, extrañamente no sorprendida de encontrar a Claudia ahí, pero de encontrarla sola.

—¿Y por qué haría eso? —Tiré de los cordones de mi bolso para cerrarlo y me puse de pie en toda mi estatura, que era básicamente la estatura de Claudia gracias a las plataformas de diseñador en sus pies.

—Porque Adam va a estar ahí. —Sonrió predadoramente—. ¿No quieres verlo de nuevo?

Balanceé mi bolso sobre mi hombro y la fulminé con la mirada.

—Puedo verlo cuando quiera.

Su pulcra ceja delineada con lápiz se levantó.

—¿Entonces ustedes dos se hablan?

—Por supuesto.

Cruzó sus brazos delgados y levantó la cadera. La postura gritaba su desafío hacia mí.

—Entonces obviamente le has dicho todo acerca de tu identidad secreta, ¿no?

Titubeé.

—Eso no te importa.

Su sonrisa me recordó a un gato grande moviéndose para matar.

—Oh, pero sí me importa, Kyra. Hiciste que me importara. Te advertí acerca de lo que pasaría si te ponías en mi lado malo.

Traté de imitar su postura, sus brazos cruzados con esa cosa de levantar la cadera, pero no era tan coordinada, por lo que parecía como si tuviera que orinar.



—Bueno, ¿sabes qué? Ya me cansé de jugar este juego contigo. Déjame en paz.
—La empujé con el hombro cuando pasé a su lado.

—¡Lo haría! —me gritó—. Pero estoy disfrutando demasiado este juego nuestro como para detenernos ahora. ¿Quién sabe lo que haré después? Tal vez les diga a todos la verdad, Adam incluido.

Mis dedos se curvaron en puños a mis lados. Me di la vuelta.

—¿Qué quieres?

Se paseó casualmente hacia mí.

—Quiero que vayas a mi fiesta.

Exasperada, alcé mis brazos y los dejé caer a mis costados.

—¿Por qué es eso tan importante?

—Porque ahí es donde le vas a decir a Adam que deje de buscarte, que deje de enviarme mensajes para que le dé información de ti. Se está volviendo cansador. Quiero que le digas que se olvide de ti y que en su lugar se concentre en alguien más.

—Déjame adivinar, ¿Gena?

Echó un mechón de cabello fuera de su delgado hombro.

—Yo.

Me hubiera reído si no se hubiera visto tan seria.

—¿Tú? Pensé que lo habías escogido para Gena.

Se encogió de hombros.

—Lo hice... originalmente. Pero lo has hecho bastante tentador y me di cuenta que lo quiero. Gena encontrará a alguien más.

Bufé.

—Qué amiga eres.

—La amistad no tiene nada que ver con esto. —Dio un paso hacia mí—. Es acerca de ganar. Tengo un fuerte odio hacia perder, especialmente contra



alguien como tú. Entonces, ¿tenemos un acuerdo? ¿Vendrás a mi fiesta y hablarás con Adam para que abandone la ridícula idea de encontrar a su Cenicienta?

La ira tenía a mis dedos retorciéndose alrededor de mi bolso hasta que empezaron a doler.

—¿Y por qué haría eso?

Con sus ojos felinos perforando los míos, Claudia alcanzó su bolsillo trasero y sacó un dispositivo delgado. Abrió la tapa y lo giró para que pudiera ver la pantalla. Había una fotografía de mí en la cafetería sosteniendo la corbata de Adam. Mi corazón cayó a mi estómago.

—¿Dónde conseguiste eso? —Sabía con una certeza del cien por ciento que ella no había estado en la cafetería ese día, o nunca habría sacado la corbata de mi bolso.

Ágilmente, cerró el teléfono y lo guardó en el bolsillo una vez más.

—Eso no importa. Lo que importa es que tengo pruebas en caso de que decidas hacerte la tonta o hacer cualquier otra cosa estúpida. Con solo el toque de un botón, Adam y el resto de la escuela recibirán un agradable y largo mensaje de texto acerca de...

El miedo y la rabia se apoderaron de mi voz. Se me revolvió el estómago, pero me mantuve firme.

—Tal vez no me importa, ¿alguna vez pensaste en eso?

Claudia se rio.

—Si no te importara, no te verías medio enferma ahora mismo. Sí te importa. Sabes que Adam nunca querrá a alguien como tú. Confía en mí. Los tipos sexis como Adam nunca van por perdedoras como tú. La única razón por la que es tan persistente en encontrarte ahora es porque estabas en *mi* fiesta y yo solo invito a lo deseable, lo cual no eres. Él piensa que si le quita la máscara a su amor misterioso, encontrará a alguien como yo. Imagina lo horrorizado que estaría al descubrir que la chica a la que está tratando de encontrar desesperadamente es el bicho raro de cuatro ojos amiga de su hermana pequeña. Estaría asqueado.



Las palabras fueron una dura y fría bofetada de verdad en la cara.

—Bueno, tal vez ya no lo quiero.

Mis puños se crisparon cuando ella resopló.

—Por favor. No insultes mi inteligencia o mi capacidad de ver. A diferencia de él, no estoy cegada por una fantasía estúpida. Podrías cambiar cada cosa de ti misma, pero siempre serás un bicho raro y Adam nunca se dejaría ver con alguien de tu calaña. ¿Te imaginas lo que pensarían sus amigos? Todos se reirían de él. Sería humillado. ¿De verdad quieres eso?

De su cartera, sacó rápidamente una tarjeta y me la ofreció.

Me quedé mirándola fijamente, sin parpadear, demasiado asustada de que si tan solo respiraba mal, las lágrimas que estaba tratando de contener desesperadamente se derramarían.

—Vamos —me persuadió, balanceando la tarjeta hacia adelante y atrás como un péndulo frente a mi cara—. Si haces esto, te prometo que nunca te molestaré de nuevo.

Solo tenía que renunciar a Adam. Esa era la trampa. Ese era el sacrificio que tenía que hacer para mantener mi secreto.

Levanté la cabeza, bastante segura de que mi odio por ella supuraba detrás de mis ojos.

—Eso es si no me niego a hacerlo.

Su sonrisa volvió.

—Pero no lo harás. Las dos sabemos que no lo harás, así que vamos a dejar este juego tonto y centramos en lo que es importante.

—Si le haces daño...

—¿Hacerle daño? —Se echó a reír—. ¡No soy la mafia!

—¿No?

Siguió sonriendo.



—Adam va a estar bien. De hecho, puedo prometer que va a estar más que bien. —Su sonrisa de superioridad era repugnante—. Soy muy buena en mantener a mis chicos contentos.

¿Pero quería que Adam estuviera bien y contento sin mí? ¿Quería que me olvidara?

Estaba sosteniendo la tarjeta de nuevo.

—No seas egoísta, Kia. Haz esto por Adam. Haz esto por tu pequeña amiga... Vanessa.

Ignoré su enfermiza y dulce persuasión.

—¿Qué pasa con Nessie?

Ojos marrones parpadearon muy lentamente, con mucha deliberación, pero había un destello de suficiencia en ellos que me dieron ganas de romper algo.

—¿Sabe que estás enamorada de su hermano? ¿Cómo crees que se sentirá cuando la noticia llegue a toda la escuela? Imagina el dolor y la traición que le causarás, por no mencionar el escándalo social. Creo que es mejor si simplemente me dejas tenerlo. Somos perfectos juntos. Además, a diferencia de ti, estar conmigo ayudará a su reputación y a la de Vanessa, no las arruinará. No seré una novia de la que estará demasiado avergonzado de presentar a sus amigos. Yo lo halago mientras que tú... eres como el bolso feo que nadie quiere. Ahora. —Sostuvo la tarjeta de nuevo entre dos dedos—. ¿Lo harás, o debería pulsar enviar?

Sus ojos brillaron con malicia.

Me dije a mí misma que no era un gran problema. Que podía manejar cualquier cosa que Claudia hiciera. Sería humillante y degradante, pero eventualmente me marcharía de la escuela y nunca volvería a ver a ninguna de esas personas. Luego pensé en Nessie y en lo traicionada que se sentiría. No podía hacerle eso. No podía dañarla de esa manera.

Mi mirada cayó sobre la tarjeta a centímetros de mi nariz. Mis dedos se levantaron y la agarraron. Sentí su peso en mi mano tan pesado como el que descansaba en mi pecho.

Claudia sonrió.



—Sabía que lo verías a mi manera.

Con una inclinación de barbilla, se giró sobre sus tacones de aguja y se movió de manera ostentosa hacia la puerta.

—Claudia.

Se me escapó su nombre antes incluso de darme cuenta de lo que estaba haciendo. En un movimiento fluido de la muñeca, le tiré la tarjeta de vuelta. Golpeó su hombro y cayó al suelo. Su expresión de horror casi valía la tumba que me estaba cavando mientras cruzaba hacia ella. Me detuve cuando mis zapatillas deportivas de corte alto aplastaron los extremos puntiagudos de sus botas, haciéndola aullar y tropezar. Pero no le di espacio. Me incliné directo sobre su cara perfectamente formada.

—Amenázame de nuevo y te prometo que nadie encontrará tu cuerpo jamás.

Con sus grandes ojos marrones mirándome, pasé junto a ella golpeándola con el hombro y salí del vestuario.

13

Saludando al conejo blanco

Traducido por Selene

Corregido por veroonoel

Les iba a contar todo a Nessie y a Adam. Ese era mi plan por la estúpida decisión que había tomado en el vestuario con Claudia. Era lo único en lo que podía pensar para proteger a la única amiga que tenía. No hacía ninguna diferencia lo que pensarán los demás de mí, pero no quería que Nessie me odiara. No quería hacerle daño.

Solo me quedaba una clase por el día. Tenía que terminar eso antes de que pudiera ver a Nessie de nuevo. Ya había formulado un plan en mi cabeza sobre cómo se lo diría.

Le diría de ir a su casa, luego esperaría hasta que Adam llegara y les diría a ambos al mismo tiempo, como si arrancara una curita. O tal vez les diría por separado. Ya sería bastante duro ver el rostro disgustado de Adam sin tener que ver la traición en el de Nessie. Lo que sea. Les diría. Me gustaría acabar con esto de una vez. No más secretos. No me escondería más. No estaba hecha para esto.

Mi última clase del día, francés, pasó con una lentitud asombrosa. Por supuesto, francés nunca había pasado rápido, pero nunca había sido tan agotador. Agarré mis cosas y corrí en busca de Nessie.

Fue la primera en salir, prácticamente chocando contra mí mientras salía de su clase de literatura Inglesa. Sus ojos azules se abrieron con sorpresa.

—¡Oye! —Me sonrió—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

Respirando con dificultad por mi maratón por los pasillos, tragué saliva.

—Te estaba buscando. Necesito hablar contigo.



Las cejas de Nessie se alzaron.

—Está bien, pero ¿podemos salir de este edificio? Creo que me está saliendo un sarpullido. ¿Necesitas pasar por tu casillero?

Negué con la cabeza, ajustándome a su ritmo mientras nos dirigíamos hacia el frente de la escuela.

—Bueno. Yo tampoco. ¡Eso significa que nos podemos ir! Oh, estoy bajo arresto domiciliario así que Adam me recogerá hoy. ¿Quieres un aventón?

—¡Sí! —solté un poco demasiado alto—. Eso sería genial.

—Maravilloso, pero te advierto que ha estado en un estado de ánimo de mierda las últimas semanas. Quiero decir, más de lo normal.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Nessie se encogió de hombros.

—Está enojado por una chica que conoció en una fiesta a la que fue y, bueno, no sé toda la historia, pero básicamente lo abandonó y ha estado tratando de encontrarla como un loco. Dice que es la chica más hermosa que había visto en su vida y que está completamente enamorado de ella. Creo que es divertido.

Dividida entre la euforia y la molestia, la miré:

—¿Por qué es gracioso?

Se echó a reír.

—Porque Adam es un imán de mujeres. Cualquiera chica que quiere, la consigue. Así que una finalmente hundió sus garras en él. Bien por ella. Se lo merece.

—Pero es tu hermano.

—¿Y? Creo que le está haciendo un favor. Tal vez pueda reducir un poco su ego.

Algo parecido a la esperanza iluminó un poco el miedo en mi pecho.

—¿Así que no te molestaría si se entera quién es esa chica?

Nessie resopló.



—No, ¿por qué habría de hacerlo? No es como si fuera alguien que conozco.
El peso volvió, sofocando los frágiles rayos de luz.

—¿Pero y si la conocieras?

—¡Me molestaría! —Nessie se detuvo y se volvió hacia mí con una chispa de ira detrás de sus ojos—. ¿Tienes idea de lo insultante que es saber que alguien es tu amiga y luego darte cuenta que la única razón de serlo es porque quiere estar con tu hermano? Está mal. Adam puede tener cualquier chica que quiera, pero no a mis amigas. Nunca se los perdonaría.

Devastador. No había modo de explicar los sofocantes dedos que se envolvían alrededor de mi garganta, ahogándome. Había sabido que Nessie lo tomaría mal, que se molestaría, pero ¿quería perderla? ¿Y para qué? Adam quería a la chica de Halloween. Quería a la belleza que bailó en sus brazos y lo besó bajo luces de colores. No me quería a mí. No a la simple y fea Kia que usaba suéteres. ¿En qué había estado pensando?

Nos detuvimos en las escaleras de entrada de la escuela, mirando hacia el estacionamiento y al patio. Todavía estaba tan envuelta en mi aplastante miseria que salté cuando Nessie me dio un codazo.

—Ahí esta Adam. ¡Adam! —Se puso de puntillas y agitó su brazo.

Mi corazón se disparó en mi pecho y no tenía nada que ver con lo increíble que se veía en su uniforme escolar. Oh, no. Mi cuerpo entero estalló en sudor frío porque no estaba solo. Con él, prácticamente aplastada en su pecho, estaba Claudia.

—¿Qué está haciendo ella? —No había tenido intención de expresar la pregunta en voz alta, pero salió antes de que pudiera detenerla.

—No sé, pero por Dios, ¿podría estar más cerca? —dijo Nessie, torciendo sus labios con disgusto—. Es asqueroso. No quiero ver a mi hermano siendo toqueteado frente a mí.

No estaba escuchando. No podía oír nada por encima del tamborileo fuerte en mis oídos. Mi estómago me dolía como si acabara de comer una de las quesadillas de Joanne. Estaba bastante segura de que estaba a punto de vomitar.



Entonces se puso peor.

Claudia sacó algo largo de su bolsillo y lo sostuvo en alto como una serpiente carmesí. Me tomó dos segundos darme cuenta de lo que era.

—No... no, no, no...

Los ojos de Adam se abrieron cuando agarró la corbata. Le dijo algo, pero ella solo lo miraba con una gran sonrisa.

—Oye, ¿estás bien? —La mano de Nessie se cerró sobre mi codo cuando me di cuenta de que estaba encorvada, jadeando—. ¡Adam!

—No... —Pero era demasiado tarde. La había escuchado esta vez. Su cabeza se había girado en nuestra dirección. Sus ojos estaban fijos en nosotras y la corbata ondeaba en su mano. Me sentí físicamente enferma. No podía ser posible. Tenía la corbata en mi bolso. Lo sabía. Pero incluso mientras lo arrancaba de mi hombro y lo abría, sabía que no estaría ahí.

—¿Kia?

Girándome, corrí hacia la escuela, haciendo caso omiso a los gritos de Nessie. Mis zapatos sonaban mientras me dirigía a mi casillero. El sudor humedecía mis dedos mientras buscaba a tientas la cerradura. Los números se mezclaban en mi cabeza mientras luchaba por concentrarme. Mi corazón martilleaba mientras abría la puerta y miraba dentro, olvidándome momentáneamente de lo que estaba buscando.

Sabía que no estaba allí. No podía ser. La tenía en mi bolso. Nunca la saqué. No había manera de que la hubiera dejado en mi casillero. Sin embargo, la busqué desesperadamente entre mis libros.

No estaba. No podía creer que Claudia la hubiera sacado de mi bolso y la hubiera robado. ¿Pero cómo? ¿Cuándo? No tenía ningún sentido. Entonces caí en cuenta. El único momento en que dejé mi bolso abandonado fue en la clase de gimnasia. Ninguna otra cosa tenía sentido.

—¿Perdiste algo, bicho raro? —La dulce voz enfermiza pasó por mi espalda como clavos.

Temblorosamente, me puse de pie y me volví hacia la expresión petulante de Claudia.



—La agarraste.

Claudia batió sus grandes pestañas marrones.

—¿Agarré qué?

—¡La corbata! —susurré a través de mis dientes—. La robaste de mi bolso.

Sus dientes brillaron en una sonrisa burlona.

—Pruébalo.

La furia rasgó a través de mí mientras cerraba el espacio entre nosotras.

—¿Qué diablos es lo que quieres? ¿Qué estás tratando de probar, Claudia?

Sin inmutarse, se encogió de hombros.

—Quiero a Adam. —Miró de reojo como un gato a punto de atacar—. Y yo siempre consigo lo que quiero.

Una violencia desconocida se acumulaba en la boca de mi estómago y me dieron ganas de golpear su cabeza contra la pared.

—¿Qué le dijiste?

Distraídamente, pulió sus uñas en la parte delantera de su chaqueta de gamuza y estudió la perfecta manicura con cariño.

—Solo que su misterioso amor se fue y me dio la corbata para que se la regresara. Que lo sentía, pero no podría quedarse y quería que él fuera feliz.

—Eso es mentira —le susurré, sintiendo como mis uñas cortaban mis palmas.

—Pero me creyó. —Sonrió—. Vamos a salir este fin de semana. Supongo que no robaste su corazón tan bien como pensabas.

Las lágrimas ardían en mis ojos, pero apreté los dientes y mis puños y traté de controlarlas de no caer mientras fulminaba con la mirada a la hermosa serpiente delante de mí.

—¿Por qué haces esto? No lo amas.

Claudia se encogió de hombros con delicadeza.



—No. —Las comisuras de sus labios se movieron hacia arriba, recordándome al Grinch después de haber tenido la brillante idea de robar la navidad—. Pero tú sí y eso es suficientemente bueno para mí.

Solamente el orgullo me impedía vomitar sobre sus zapatos.

—Se lo diré —la amenacé—. Le diré todo.

—¿Qué está sucediendo?

Ambas nos pusimos rígidas cuando una tercera voz penetró nuestra conversación. No necesitaba mirar para saber quién estaba allí observándonos, pero no tenía elección.

Adam miró de Claudia hacia mí. Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Kia?

Claudia ladeó la cabeza como un *Cocker Spaniel* en mi dirección.

—Sí, Kyra, ¿qué está sucediendo?

El desafío en sus ojos alimentó mi ira. Su expresión decía muy claramente que no creía que tuviera las agallas para decirle a Adam. Que me echaría para atrás, y quería hacerlo. Cada fibra de mi ser ansiaba simplemente escabullirme de nuevo en el agujero negro en el que estaba acostumbrada a estar. Entonces miré a Adam a los ojos y no pude hacerlo. Incluso si me odiaba, incluso si estaba disgustado, no podía dejar que Claudia hundiera sus garras en él.

—Yo...

Una figura se movió a la vista detrás de Adam y mis palabras se hicieron añicos como un cristal en mi garganta. La presencia de Nessie era un cubo de agua helada que se inyectaba en mis venas. En ese momento, no me importaba que quisiera aplastar la cara de suficiencia de Claudia. Tenía otra razón por la que tendría que tragarme mi orgullo y mi corazón.

—¿Kia? —Adam dio un paso adelante, en sus ojos vi que me pedía hacer algo que de repente no podía.

Negué con la cabeza con mi mirada fija en Nessie, la única persona que me había dado una oportunidad, la única persona que había sido mi amiga cuando no tenía a nadie. Por mucho que quisiera a Adam, por mucho que me



preocupara por él, era solo un chico en el esquema de las cosas. Solo tenía una amiga. Una amiga *real*. No iba a perder eso por un muchacho.

—Nada —dije en voz baja y casi sentí la satisfacción flotando fuera de Claudia en olas sedosas.

Estaba admitiendo derrota y ambas lo sabíamos.

El ceño de Adam se profundizó. Dio otro paso hacia mí.

—Espera... Kia...

—Lo siento, Adam. —Me mordí el labio cuando este tembló—. No puedo.

Me gire rápidamente y me alejé cuando la primera lágrima se deslizó por mi mejilla.

Hice todo el camino hasta los escalones de la entrada y la abundancia necesaria de aire y espacio, hasta que una mano se cerró alrededor de la mía, incitándome a detenerme. Sentí el contacto como si hubiera tocado un cable de electricidad. La corriente recorrió mi brazo y se disipó como chispas a través de mi cuerpo. Me quedé sin aliento y me giré, aunque ya sabía quien estaba allí.

Adam me miró con una expresión muy seria.

—Eras tú. Sabía que eras tú.

Mi cabeza se estaba balanceado de lado a lado antes de que pudiera detenerla.

—No. —Me liberé de él—. Estás equivocado.

—¡No lo estoy! —La ira ardía detrás de sus ojos mientras quemaban en los míos—. ¡Mírame, Kia! Mírame a los ojos y dime que no eres ella.

Dios me ayude, pero no podía. Era una cobarde. Era patética.

—¡Kia! —Su gruñido fue rápidamente seguido por sus manos envolviendo mis brazos. Me sentía sobresaltada.

A lo lejos, otra voz gritó mi nombre. La reconocí incluso antes de ver a Nessie correr por el pasillo hacia nosotros, con mi mochila en sus manos.



Me separé de Adam, mi determinación clavada al suelo. Me tomó cada gramo de coraje que poseía para hacerme encontrar su mirada.

—No sé de qué estás hablando —le dije tan uniformemente como era humanamente posible—. Déjame en paz, Adam.

Sus ojos se estrecharon. Un músculo se contrajo a lo largo de su mandíbula.

—Eso no va a suceder. Puedes ocultarte todo lo que quieras, Kia. Pero te encontraré.

Lo decía en serio. No había ni un ápice de duda en mi mente.

Negué con la cabeza.

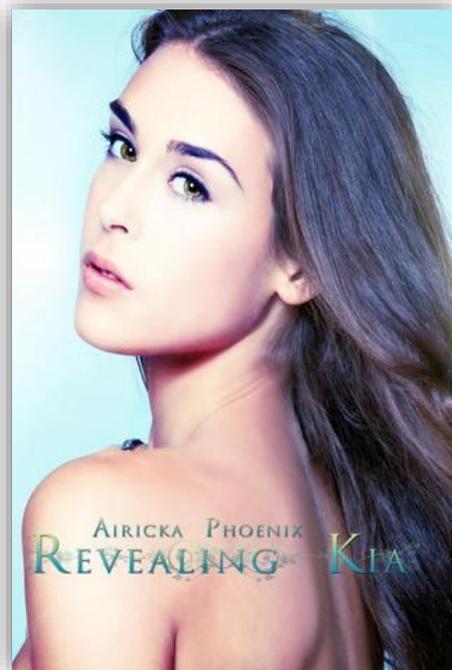
—Si te importa Nessie, no lo harás.

Con eso, me alejé de él.

Continuará...



Revealing Kia



Los eventos en la fiesta de Claudia eran nada más que un recuerdo lejano en lo que concernía a Kia. Estaba lista para reanudar su vida como si esa noche nunca hubiera pasado. Pero guardar un secreto es una situación sin salida y Kia está a punto de descubrir lo difícil que es cuando se enfrenta con la verdad y las consecuencias de su decisión.

Adam Chaves no era ajeno a que las chicas lo quisieran. No era ajeno a romper corazones, aunque nunca intencionadamente. Lo que no entendía es cómo Kia podía desvestirlo, tocarlo, hacerlo arder con los ojos y mantenerse apartada cuando era evidente cuánto le costaba hacerlo. Pero lo que Kia no se daba cuenta era que él nunca se rindió por nada en su vida y no iba a empezar ahora. Tendría a su chica incluso si significaba tener que secuestrarla.

The Lost Girl #2

Sobre el Autor



La autora de best-sellers Airicka Phoenix vive en un mundo donde los unicornios, hadas y sirenas se pasean por su casa a diario. Cuando no está persiguiendo duendes y diablillos, también conocidos como sus cuatro hijos, puede ser encontrada conjurando villanos malvados, heroínas poderosas y héroes merecedores de desmayos, para jugar.

Airicka es completamente responsable por sus colecciones enormemente anticipadas: *The Touch Saga*, *The Sons of Judgment Saga*, *The Lost Girl Duology*, *Games of Fire* y *Betraying Innocence*. También escribe fantasía paranormal adulta y romance contemporáneo bajo el seudónimo oscuro de Morgana Phoenix.

Para más de la autora, visita su página web:

<http://www.AirickaPhoenix.com>



Créditos

Moderadora:

Flochi

Staff de Traducción:

flochi

MaEx

Fanny

Isa 229

Selene

Otravaga

Gigi D

Shilo

Rivery

Helen 1

Staff de Corrección:

Nony_mo

beatrux85

» m,eI

Lexie'

flochi

veroonoel

Recopilación y Revisión:

» m,eI

Diseño

Francatemartu



Visítanos!!

